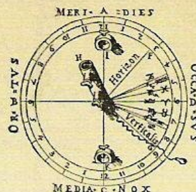


Ranahit Guha

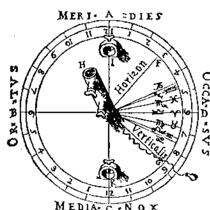
LAS VOCES DE LA HISTORIA

Y OTROS ESTUDIOS SUBALTERNOS



Crítica

LAS VOCES DE LA HISTORIA



CRÍTICA/HISTORIA Y TEORÍA

Director: JOSEP FONTANA

RANAHIT GUHA

LAS VOCES DE LA HISTORIA

Y OTROS ESTUDIOS SUBALTERNOS

Prólogo de
Josep Fontana

CRÍTICA
BARCELONA

Cubierta: Joan Batallé
Ilustración de la cubierta: Reginald Marsh, «Misión del Santo Nombre»; cuadro inspirado en La Misión, refugio de pordioseros en el barrio de Bovery durante los años 30.
Fotocomposición: punt groc & associats, s.a.

Traducción castellana de Gloria Cano

e-mail: editorial@ed-critica.es
http://www.ed-critica.es
ISBN: 84-8432-0332-3
Depósito legal: B. 13.141-2002
Impreso en España
2002.—DOMINGRAF, S.L., Mollet del Vallès (Barcelona)

RANAHIT GUHA
Y LOS «SUBALTERN STUDIES»

Ranahit Guha nació en 1922 en un poblado de Bengala occidental, en una familia de propietarios medios. Su abuelo le enseñó bengalí, sánscrito e inglés, y su familia le envió a estudiar a Calcuta. Durante estos años se hizo marxista, ingresó en el Partido comunista de la India y se entregó a un activismo que perjudicó su rendimiento en los estudios. De hecho, las actividades políticas marcaron su vida desde 1942 a 1956: viajó por Europa, por África del norte y por el Oriente próximo, pasó por China después de la revolución y, de retorno a la India, en 1953, actuó en los medios obreros, a la vez que empezaba a trabajar en el campo de la enseñanza. En 1956, a consecuencia de los acontecimientos de Hungría, abandonó el partido comunista.

Marchó a Gran Bretaña en 1959, donde permanecería veintiún años, trabajando en las universidades de Manchester y de Sussex. En Manchester escribió su primera obra histórica importante, A rule of property for Bengal. An essay on the idea of Permanent Settlement *(Una regla de propiedad para Bengala), publicada por Mouton en 1963.*

En 1970-1971 volvió a la India, con motivo de disfrutar de un año sabático en su trabajo. Había firmado un contrato con una editorial para escribir un libro sobre Gandhi, pero su contacto con estudiantes maoístas le hizo cambiar de idea y decidió dedicarse a investigar a fondo las revueltas campesinas. El primer resultado de esta línea de trabajo fue un artículo que apareció en la India en 1972 y, en una versión ampliada, en el Journal of peasant studies *en 1974: «Neel Darpan: La imagen de una revuelta campesina en un espejo*

liberal».[1] *Esta investigación culminaría en su segundo libro,* Elementary aspects of peasant insurgency in colonial India *(Aspectos elementales de la insurgencia campesina en la India colonial) (1983), que escribió mientras enseñaba en la Universidad de Sussex, sin ningún tipo de beca ni ayuda.*

Al propio tiempo mantenía reuniones y debates con un grupo de jóvenes historiadores indios que vivían en Gran Bretaña, de los cuales surgió el proyecto de editar una serie de volúmenes que responderían al título de Subaltern studies. Writings on South Asian history and society. *Su idea era publicar un total de tres volúmenes, el primero de los cuales apareció en la India en 1982 y el tercero en 1984. El éxito alcanzado —de cada uno de estos volúmenes se hicieron unas cinco reediciones— les llevó a continuar la serie con nuevos volúmenes, que Guha dirigió hasta el sexto, publicado en 1989, y que ha seguido después con equipos de dirección diversos.*[2] *A fines de 1980 Guha se incorporó como investigador a la Research School of Pacific Studies de la Australian National University, de Canberra, donde llegó a profesor emérito del departamento de Antropología.*

Lo que me interesa, más que seguir su vida, es referirme a las líneas principales de su pensamiento, comenzando por su primer libro sobre el «Permanent Settlement» en Bengala.[3]

De este libro dirá Guha en el prólogo a su segunda edición que fue «concebido en un clima académico hostil en su suelo nativo y declarado indeseable antes de su nacimiento», puesto que rompía con ideas establecidas en la historiografía india: ideas demasiado simplistas de enfrentamiento entre dominadores ingleses movidos tan sólo por el interés, contra indios explotados. Guha mostraba que los administradores ingleses de la compañía de las Indias, guiados por el pensamiento fisiocrático, quisieron transportar a la India las normas que en Inglaterra habían servido para combatir el feudalis-

1. «Neel-Darpan: The image of a peasant revolt in a liberal mirror», *Journal of peasant studies*, 2, nº 1 (octubre de 1974), pp. 1-46.

2. Todos han sido publicados en Delhi por Oxford University Press.

3. *A rule of property for Bengal. An essay on the idea of Permanent Settlement*, París, Mouton, 1963; segunda edición, Nueva Delhi, Longman Orient, 1982; tercera, Durham, Duke University Press, 1996, con una introducción de Amartya Sen. Esta tercera edición es la que he usado.

mo y promover el crecimiento económico. Tras muchos proyectos, tanteos y discusiones, el proceso culminó en Bengala con la imposición del Permanent Settlement de 1793, que fijaba permanentemente los impuestos sobre la tierra y, en contrapartida, aseguraba su propiedad a los que en aquel momento la controlaban. Los administradores coloniales se basaron en su «veneración por la propiedad privada» y en la idea de que estas reglas, que en Inglaterra habían ayudado a liquidar el feudalismo y a promover crecimiento, tendrían los mismos efectos en una sociedad que interpretaban que era como la suya, pero con un atraso considerable en la vía del progreso.

Pero, irónicamente, al transplantarse a la India por la potencia capitalista más avanzada de aquel tiempo, este proyecto fisiocrático fue responsable de la construcción de una organización neo-feudal de la propiedad de la tierra y de la absorción y reproducción de elementos precapitalistas en un régimen colonial.

La ley creó una clase media de propietarios absentistas, como la familia del propio Ranahit Guha, quien nos dice que los medios de vida de los suyos dependían «de fincas remotas que nunca había visitado» y que su educación «estaba orientada por las necesidades de la burocracia colonial, que reclutaba la mayor parte de sus miembros entre los descendientes de quienes habían sido beneficiarios de aquella ley». Así se creó una clase media al servicio del imperio británico, que fue la que más tarde nutrió el nacionalismo indio, y que necesitó entonces reinterpretar la historia de la colonia para presentarla como un relato de los abusos del imperialismo que esta misma clase media habría acabado derribando. El enfoque de Guha mostraba la actuación de los británicos en este terreno como determinada primeramente, no por sus intereses inmediatos, sino por unas ideas que les habían llevado a una decisión equivocada, que tuvo efectos contrarios a los que se habían propuesto en el terreno económico, si bien tuvo para ellos el efecto positivo de asegurarles el apoyo de los beneficiarios de la nueva situación. Este análisis desmitificaba los esquemas de la historia nacionalista y resultaba lógico que su primeras formulaciones, publicadas en la India antes de su marcha a Inglaterra, fuesen mal recibidas, y que el libro acabase escribiéndose y publicándose en Europa.

Su obra posterior llevó esta desmitificación de la historia nacionalista india en otra dirección más amplia y más interesante para nosotros. En el primer volumen de los Subaltern studies *apareció una especie de manifiesto, «On some aspects of the historiography of colonial India» (Sobre algunos aspectos de la historiografía de la India colonial), que es el primero de sus trabajos que se ha escogido para integrar este volumen, en que denuncia el carácter elitista —«elitismo colonial y elitismo nacionalista burgués»— que dominaba en una historia nacionalista india que heredó todos los prejuicios de la colonial, con la única diferencia de que en la colonial los protagonistas eran los administradores británicos y en la nacionalista lo eran unos sectores determinados de la sociedad india. Esta clase de historia era, sin embargo, incapaz de mostrar «la contribución hecha por el pueblo* por sí mismo, *esto es,* independientemente de la élite», *y de explicar el campo autónomo de la política india en los tiempos coloniales, en que los protagonistas no eran ni las autoridades coloniales ni los grupos dominantes de la sociedad indígena, «sino las clases y grupos subalternos que constituían la masa de la población trabajadora, y los estratos intermedios en la ciudad y el campo: esto es, el pueblo». La política de estos grupos difería de la de las élites por el hecho de que, si ésta promovía una movilización vertical, la de los subalternos se basaba en una movilización horizontal y se expresaba sobre todo en las revoluciones campesinas, con un modelo que seguirían en algunos momentos otros movimientos de masas de los trabajadores y de la pequeña burguesía en áreas urbanas.*

La ideología de estos movimientos reflejaba, considerada globalmente, la diversidad de su composición social, pero tenía como componente permanente una noción de resistencia a la dominación de la élite, que procedía de la subalternidad común a todos los integrantes sociales de este campo y la distinguía netamente de la política de las élites, por más que en algunas ocasiones el énfasis en algunos intereses sectoriales desequilibrase los movimientos, crease escisiones sectarias y debilitase las alianzas horizontales de los subalternos. Por otra parte, una de las características esenciales de esta política era el hecho de que reflejaba las condiciones de explotación a que estaban sometidos campesinos y trabajadores, pero también los pobres urbanos y las capas inferiores de la pequeña

burguesía. Unas condiciones que daban a esta política unas normas y valores que la separaban netamente de la de las élites. Aunque esto no signifique que en determinadas acciones, en especial las dirigidas contra el imperialismo, los dos sectores no pudiesen coincidir.

Las iniciativas surgidas de los sectores subalternos no tuvieron la fuerza necesaria para transformar el movimiento nacionalista en una lucha de liberación nacional y no pudieron protagonizar una misión en que también la burguesía había fracasado. «El resultado sería que las numerosas revueltas campesinas del período, algunas de un alcance masivo y ricas de conciencia anticolonial, aguardaron en vano una dirección que las elevase por encima del localismo y las transformase en una campaña nacional antimperialista». Es precisamente «el estudio de este fracaso el que constituye la problemática central de la historiografía de la India colonial».[4]

El análisis de los sesgos e insuficiencias de la historiografía india lo desarrollaría Guha en un trabajo fundamental publicado en el tomo segundo, «La prosa de la contrainsurgencia» —que es el tercero y el más extenso de los que se han incluido en este volumen—, a la vez que en su segundo libro, Aspectos elementales de la insurgencia campesina en la India, *cuya introducción cierra esta selección de textos, estudiaba los movimientos mismos.*[5]

El problema del sesgo de las fuentes le llevaba a plantearse la dificultad de llegar a la historia propia de los subalternos. Las fuentes primarias dan pie al mito de que las insurrecciones campesinas «son puramente espontáneas e impremeditadas. La verdad es casi lo contrario. Sería difícil citar un levantamiento de escala significativa que no estuviese precedido de hecho por formas de movilización menos militantes» y por intentos previos de negociación. Cuando se les busca explicación se hace con una «enumeración de causas —de, por ejemplo, factores de privación económica y política que no tienen nada que ver con la conciencia del campesino o que lo hacen negativamente— que desencadenan la rebelión como una especie de

4. «On some aspects of the historiography of colonial India», en *Subaltern studies*, I, Delhi, Oxford University Press, 1982, pp. 1-8.

5. «The prose of counter-insurgency», en *Subaltern studies*, II, Delhi, Oxford University Press, 1983, pp. 1-42; y *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Delhi, Oxford University Press, 1983, pp. 1-17.

acción refleja». La culpa de ello es en buena medida de la naturaleza de las fuentes que nos hablan de estos movimientos, que son, en primer lugar, las coetáneas de la autoridad, que nos pintan los rebeldes como fanáticos y bárbaros. De éstas depende un discurso secundario oficial que se pretende neutral pero que parte de la aceptación del orden establecido colonial y otro más liberal, que simpatiza con los campesinos y con sus sufrimientos, pero que acaba poniéndose del lado de la ley y el orden, porque deriva de las ideas que la burguesía ascendente usó como un elemento de progreso, pero que se convirtieron en un instrumento de opresión con la expansión del imperialismo. Hay aun un discurso terciario que no sólo incluye historiadores de orden, sino también a los de izquierda, que, si condenan el imperialismo, lo hacen para situar estos acontecimientos en otro eje externo como es el de la lucha por la libertad y el socialismo. Con ello practican «un acto de apropiación que excluye al rebelde como sujeto consciente de su propia historia y lo incorpora como un elemento contingente en otra historia con otro protagonista».

El análisis de los sesgos de estas fuentes de tipo diverso, y la denuncia de las deformaciones que introduce en la investigación de los movimientos populares precapitalistas una historia lineal que, lejos de esforzarse en comprenderlos, los instrumentaliza, tiene un interés que desborda con mucho el escenario de la India, lo cual ha llevado a incluir este extenso texto como parte central de este volumen.

En el libro, publicado casi simultáneamente, Guha analizaba los movimientos de insurgencia campesina con una perspectiva muy influida por Gramsci y reivindicaba la existencia de una conciencia política en unos movimientos a los que habitualmente se les niega, por el vicio de identificar lo que es consciente con lo que está organizado y responde a un programa, generalmente a alguna forma más o menos explícita del tipo de programa que coincide con las ideas de quien analiza estos movimientos y los descalifica como prepolíticos al no encontrar en ellos los elementos que busca. Se ha incluido la introducción de este libro en nuestra selección, como complemento del texto más extenso dedicado a «la prosa de la contrainsurgencia», por el interés que tiene ver cómo se dispone el autor a aplicar sus propios planteamientos metodológicos a una investigación concreta.

En un trabajo que publicaría en el volumen VI, en el momento de su retirada de la dirección de Subaltern studies, *Guha estudiaba la «Dominación sin hegemonía y su historiografía».*[6] *Seguía de nuevo la construcción de una historiografía colonial británica que se apropió el pasado de la India, corriendo el riesgo de que esta construcción se la apropiase más tarde un proyecto nacionalista nativo. Dos burguesías, la colonial británica y la 'independentista' india, usarían los mismos modelos para fines distintos. Las dos compartirían la falacia de la neutralidad científica, cuando está claro que «no es posible escribir o hablar sobre el pasado sin usar conceptos o presuposiciones derivadas de la propia existencia y comprensión del presente». La historiografía liberal no sólo comparte sino que propaga las ideas fundamentales con que la burguesía representa y explica el mundo. «La función de esta complicidad es, dicho brevemente,* hacer que la historiografía liberal hable desde dentro mismo de la conciencia burguesa», *lo cual incapacita a quienes la practican para criticarla. Ningún discurso puede plantear una crítica a una cultura dominante mientras sus parámetros sean los mismos que los de esa cultura. En el caso de la India la historiografía colonial, al transportar a un medio distinto los análisis válidos para la Gran Bretaña de la revolución industrial, se equivocó y confundió lo que sólo era dominación con hegemonía. Porque el papel del capital no era todavía dominante en la India y las relaciones de poder se basaban aquí en el complejo dominación-subordinación. La burguesía que había conseguido establecer su dominio hegemónico en Europa, fracasó en Asia, donde tuvo que confiar más en la fuerza que en el consenso. Para disimular este fracaso recurrió una vez más a la trampa de la universalización, con la historiografía colonial contribuyendo, más que ninguna otra disciplina, a fabricar una hegemonía espuria.*

Pero tal vez sea en un trabajo más breve y más maduro «Las voces de la historia»,[7] *con el que hemos querido iniciar esta compilación, donde la potencia generalizadora de las ideas de Guha resulta más evidente.*

6. «Dominance without hegemony and its historiography», en *Subaltern studies*, VI, Delhi, Oxford University Press, 1989, pp. 210-309.

7. «The small voice of history», en *Subaltern studies*, IX, Delhi, Oxford University Press, 1996, pp. 1-12.

Su análisis deja ahora de tomar la relación colonial como punto de partida para plantearse el problema más general de una ideología «para la cual la vida del estado es central para la historia». Una ideología que Guha denomina 'estatismo' y que es la que asume la función de escoger por nosotros, y para nosotros, determinados acontecimientos como 'históricos', como dignos de ocupar un lugar central en el trabajo de investigación de los historiadores.

Un 'estatismo' que en la mayoría de los casos implica aceptación y defensa del orden establecido: que convierte el curso entero de la historia en una genealogía del sistema político y social, los valores y la cultura del entorno del propio historiador. Pero que también aparece entre quienes se oponen al sistema y pugnan por reemplazarlo por otro en su opinión mejor y más justo, aunque en este caso el objetivo a legitimar no sea un estado real y existente, sino un sueño de poder, el proyecto de un estado a establecer que, una vez superada la contradicción dominante, transformará la visión de poder en su sustancia.

Aceptar esta elección que otros hacen por nosotros implica quedarnos sin opción de establecer nuestra propia relación con el pasado. La voz dominante del estatismo ahoga el sonido de una miríada de protagonistas que hablan en voz baja y nos incapacita para escuchar estas voces que tienen otras historias que explicarnos, que por su complejidad resultan incompatibles con los modos simplificadores del discurso 'estatista'. Guha lo ilustra con la historia de la revuelta de Telangana, dirigida por el partido comunista entre 1946 y 1951. Su principal dirigente escribió años después una historia de estas luchas en que el objetivo central resultaba ser el poder anticipado de su propio proyecto de estado. «Pero ¿era esto, esta historia estatista dominante, todo lo que había en el movimiento?». Algunas de las mujeres que participaron en la revuelta hablan hoy de cómo sus esperanzas de liberación, fundamentadas en las promesas de los dirigentes, se vieron frustradas. Para éstos, que pertenecían en su totalidad al sexo masculino, se trataba de promesas de reforma que quedaban para más adelante, cuando «la contradicción principal» hubiese sido superada con la toma del poder. La historia oficial de la insurrección no toma en cuenta este problema, porque lo que la ocupa es una perspectiva estatista. Y con toda la simpatía que muestra por el valor y el esfuerzo de las

mujeres, lo que no hace es escuchar lo que decían. Y es que una narración que hubiese hecho caso de estas voces pondría en discusión la preponderancia directiva del partido, de los dirigentes y, en conjunto, de los hombres, que relegan todos los demás elementos activos a la instrumentalidad.

Eso sólo puede remediarse con un nuevo tipo de historia que rompa con la lógica del relato estatista, comenzando por abandonar las convenciones de una estructura narrativa que marca un cierto orden de coherencia y linealidad que es el que dicta lo que ha de incluirse en la historia y lo que hay que dejar fuera de ella y la forma en que la trama debe desarrollarse, con su final eventual. Sólo superando este modo tradicional de narrar podrán ponerse las bases para un nuevo estilo de historia capaz de escuchar las voces bajas de todos aquellos y aquellas a quienes el discurso estatista ha marginado.

Quienes continuaron la tarea de Subaltern studies *han derivado posteriormente por el camino de un postcolonialismo encandilado en su propia verborrea, que carece de la hondura y la riqueza de matices del pensamiento de Ranahit Guha. Los trabajos reunidos en este volumen tienen poco que ver con esa moda confinada hoy sobre todo al campo de los llamados «estudios culturales». En las reflexiones de Guha hay muchas sugerencias útiles para aquellos historiadores que deseen superar la crisis de una práctica que ha acabado absorbida por la cultura dominante y ha perdido su capacidad de servir como una herramienta crítica.*

Es por su interés teórico y metodológico que se han reunido y traducido, no por lo que signifiquen como aportaciones a una historia de «Oriente». Por esta razón nos hemos limitado a incluir al final del volumen un breve glosario de los términos que Guha cita en las lenguas nativas, sin caer en la tentación de cargar el texto con una anotación que ilustrase los aspectos concretos de la historia de la India a que se refiere. Ello hubiese conducido a hacer engorrosa la lectura y podría inducir a la equivocación de pensar que estos textos tienen interés como una aportación a la historia de la India, o a la del imperialismo europeo, cuando su alcance es mucho más amplio. Lo que en estas páginas se dice nos ayudará, por ejemplo, a enfocar de otro modo los estudios sobre los movimientos campesinos europeos o americanos. Y debería servirnos, más allá de esta aplica-

ción directa, para repensar las bases mismas de nuestro trabajo, con el fin de contribuir a elaborar un día esta historia que no habrá de ser una mera genealogía del poder, real o soñado, sino que se esforzará en hacernos escuchar polifónicamente todas las voces de la historia.

JOSEP FONTANA
Barcelona, febrero de 2002

LAS VOCES DE LA HISTORIA[1]

Hay expresiones en muchos idiomas, no sólo en los de la India, que hablan de acontecimientos y hechos históricos. Estas expresiones se consideran de sentido común y se da por supuesto que los miembros de las respectivas comunidades lingüísticas las comprenden. Sin embargo la corteza del sentido común comienza a resquebrajarse en cuanto se pregunta qué significa el adjetivo «histórico» en estas expresiones. Su función es, evidentemente, la de consignar determinados acontecimientos y determinados hechos a la historia. Pero, en primer lugar, ¿quién los elige para integrarlos en la historia? Porque está claro que se hace una cierta discriminación —un cierto uso de valores no especificados y de criterios implícitos— para decidir por qué un acontecimiento o un acto determinados deben considerarse históricos y no otros. ¿Quién lo decide, y de acuerdo con qué valores y criterios? Si se insiste lo suficiente en estas preguntas resulta obvio que en la mayoría de los casos la autoridad que hace la designación no es otra que una ideología para la cual la vida del estado es central para la historia. Es esta ideología, a la que llamaré «estatismo», la que autoriza que los valores dominantes del estado determinen el criterio de lo que es histórico.

Por esta razón puede decirse que, en general, el sentido común de la historia se guía por una especie de estatismo que le define y evalúa el pasado. Ésta es una tradición que arranca de los orígenes del pensamiento histórico moderno en el Renacimiento italiano. Para los grupos dirigentes de las ciudades-estado del siglo XV, el es-

1. Texto de una conferencia pronunciada en Hyderabad el 11 de enero de 1993.

tudio de la historia servía para la educación en materia de política y gobierno, indispensables para desempeñar su papel como ciudadanos y como monarcas. Es lógico, por ello, que para Maquiavelo, el intelectual más representativo de aquellos grupos, «el estudio de la historia y el estudio del arte de gobernar debieran ser esencialmente lo mismo».[2]

El ascenso de la burguesía en Europa durante los trescientos años siguientes hizo poco por debilitar este vínculo entre estatismo e historiografía. Por el contrario, tanto el absolutismo como el republicanismo tendieron a reforzarlo, de modo que, como todo estudiante sabe gracias a Lord Acton, en el siglo XIX la política se había convertido en el fundamento de la erudición histórica. No es menos importante el hecho de que por entonces el estudio de la historia se hubiese institucionalizado plenamente en la Europa occidental, y tal vez en mayor grado en Inglaterra que en otros lugares a causa de la mayor madurez de la burguesía inglesa.

La institucionalización significaba en estas condiciones, primero, que el estudio de la historia se desarrollaba como una especie de «ciencia normal» en el sentido que le da al término Kuhn. Se integró en el sistema académico como un cuerpo de conocimientos laico, con sus propios programas de estudio y sus cursos así como con una profesión dedicada por entero a su propagación mediante la enseñanza y la publicación. En segundo lugar, adquirió ahora su propio lugar en el cada vez más amplio espacio público en que el proceso hegemónico apelaba a menudo a la historia para materializarse en la interacción entre los ciudadanos y el estado. Fue aquí, de nuevo, donde el estudio de la historia encontró su público —un público de lectores creado por la tecnología de la imprenta, consumidores ávidos de productos adaptados al gusto burgués por cualquier género de literatura histórica. En tercer lugar, fue esta literatura, desde los manuales escolares hasta las novelas históricas, la que ayudó a institucionalizar la investigación histórica al constituirla en una serie de géneros literarios imaginativos y discursivos equipados con sus propios cánones y narratologías. En conjunto, la institucionalización del estudio de la historia tuvo el efecto de ase-

2. Lauro Martines, *Power and Imagination: City-states in Renaissance Italy,* Penguin Books, Harmondsworth, 1983, pp. 268-269.

gurar una base estable al estatismo dentro de las disciplinas académicas y de promover hegemonía.

Fue, pues, como un conocimiento muy institucionalizado y estatista que los británicos introdujeron la historia en la India del siglo XIX. Sin embargo, en un contexto colonial, ni la institucionalización ni el estatismo podían representar lo mismo que en la Gran Bretaña metropolitana. Las relaciones de dominio y subordinación creaban diferencias sustanciales en ambos aspectos. La educación, el instrumento principal utilizado por el Raj[3] para «normalizar» el estudio de la historia en la India, se limitaba a una pequeña minoría de la población, y en consecuencia, el público lector era de escasa entidad, igual que la producción de libros y revistas. La institucionalización fue, por tanto, de poca ayuda para los gobernantes en su intento por conseguir la hegemonía. Significó, por el contrario, una simple medida para limitar este conocimiento a los miembros de la élite colonizada, que fueron los primeros en beneficiarse de la educación occidental en nuestro subcontinente.

El estatismo en la historiografía india fue una herencia de esta educación. La intelectualidad, sus proveedores dentro del campo académico y más allá de él, había sido educada en una visión de la historia del mundo, y especialmente de la Europa moderna, como una historia de sistemas de estados. En su propio trabajo dentro de las profesiones liberales encontraron fácil acomodarse a la interpretación oficial de la historia india contemporánea como, simplemente, la de un estado colonial. Pero había una falacia en esta interpretación. El consenso que facultó a la burguesía para hablar en nombre de todos los ciudadanos en los estados hegemónicos de Europa era el pretexto usado por estos últimos para asimilarse a las respectivas sociedades civiles. Pero tal asimilación no era factible en las condiciones coloniales en que un poder extranjero gobierna un estado sin ciudadanos, donde es el derecho de conquista más que el consenso de los súbditos lo que representa su constitución, y donde, por lo tanto, el dominio nunca podrá ganar la hegemonía tan codiciada. En consecuencia no tenía sentido alguno equiparar el estado colonial con la India tal y como estaba consti-

3. El autor utiliza el término «Raj» para referirse globalmente al sistema de gobierno en la India *(N. del T.)*.

tuida por su propia sociedad civil. La historia de esta última sobrepasaría siempre a la del Raj, y por consiguiente, a una historiografía india de la India le sería de escasa utilidad el estatismo.

La falta de adecuación del estatismo para una historiografía propiamente india deriva de su tendencia a impedir cualquier interlocución entre nosotros y nuestro pasado. Nos habla con la voz de mando del estado que, con la pretensión de escoger para nosotros lo que debe ser histórico, no nos deja elegir nuestra propia relación con el pasado. Pero las narraciones que constituyen el discurso de la historia dependen precisamente de tal elección. Escoger significa, en este contexto, investigar y relacionarnos con el pasado escuchando la miríada de voces de la sociedad civil y conversando con ellas. Estas son voces bajas que quedan sumergidas por el ruido de los mandatos estatistas. Por esta razón no las oímos. Y es también por esta razón que debemos realizar un esfuerzo adicional, desarrollar las habilidades necesarias y, sobre todo, cultivar la disposición para oír estas voces e interactuar con ellas. Porque tienen muchas historias que contarnos —historias que por su complejidad tienen poco que ver con el discurso estatista y que son por completo opuestas a sus modos abstractos y simplificadores.

Permítaseme considerar cuatro de estas historias.[4] Nuestra fuente es una serie de peticiones dirigidas a las comunidades locales de sacerdotes brahmanes en algunos pueblos del oeste de Bengala pidiendo la absolución del pecado de tribulación. El pecado, que se suponía demostrado por la propia enfermedad, exigía en cada caso unos rituales de purificación que sólo los brahmanes podían prescribir y realizar. La ofensa, tanto espiritual como patológica, se identificaba por el nombre o por el síntoma, o por una combinación de ambos. Había dos casos de lepra, uno de asma y otro de tuberculosis —todos ellos diagnosticados según parece sin la ayuda y consejo de un especialista, que en aquellos momentos, en la primera mitad del siglo XIX, no debía estar fácilmente al alcance de los pobres rurales.

Los afligidos eran todos agricultores de casta, en la medida en

4. Panchanan Mandal (ed.), *Chitthipatre Samajchitra,* II Viswabbharati, Calcuta & Santiniketan, 1953, 249 (pp. 181-182), 257 (pp. 185-186), 258 (p. 186).

que podemos deducirlo a partir de sus apellidos. En el caso de uno de ellos la propia enfermedad indica la ocupación, ya que relacionaba los estragos de la lepra en su mano con el hecho de haber sido mordido por una rata mientras trabajaba en su arrozal. Nada podría parecer más secular, más a ras de tierra, aunque no fuese del todo convincente como explicación de la enfermedad y, no obstante, la propia víctima lo interpretaba como un sufrimiento causado por alguna ofensa espiritual indefinida. ¿Qué es, se pregunta uno, lo que hace necesario que una enfermedad del cuerpo sea entendida como una disfunción del alma? Para contestar, debe tenerse en cuenta, en primer lugar, que una pregunta semejante difícilmente hubiera podido hacerse en la Bengala rural de aquella época. Con todo lo que había sucedido geopolíticamente hasta entonces para consolidar la supremacía británica, su órgano, el estado colonial, resultaba aún limitado en su penetración de la sociedad india, incluso en esta región en que el proceso de colonización había ido más lejos. En tanto que tal penetración era una medida de las pretensiones hegemónicas del Raj, estaba claro que en algunos aspectos importantes no se había realizado.

La primera de estas pretensiones se refiere a cuestiones de salud y medicina. Se suele decir que los gobernantes coloniales conquistaron en todas partes la mente de los nativos al ayudarles a sanar sus cuerpos. Éste es un lugar común del discurso imperialista destinado a elevar la expansión europea a una categoría de altruismo global. El control de la enfermedad a través de la medicina y la conservación de la salud mediante la higiene fueron, de acuerdo con esto, los dos grandes logros de una campaña moral iniciada por los colonizadores en beneficio exclusivo de los colonizados. Como la moral era también una medida de la superioridad del benefactor, estos éxitos eran exhibidos como la victoria de la ciencia y la cultura. Significaban el triunfo de la civilización occidental, adecuadamente simbolizado para los inocentes pueblos de Asia, África y Australasia por el jabón.

El jabón y la Biblia fueron los dos motores gemelos de la conquista cultural europea. Por razones históricas específicas del Raj, el jabón prevaleció sobre la Biblia en nuestro subcontinente, y la medicina y la sanidad pública figuraban de forma cada vez más prominente en el registro de la Obra de Inglaterra en la India du-

rante las décadas finales del siglo XIX. Era un registro en que la declaración de buenas acciones servía a la vez como un anuncio de intenciones hegemónicas. Su objetivo, entre otros propósitos, era el de hacer el gobierno extranjero tolerable para la población sometida, y la ciencia tenía un papel a desempeñar en esta estrategia. La ciencia —la ciencia de la guerra y la ciencia de la exploración— había ganado para Europa sus primeros imperios de ultramar durante la era mercantil. Ahora, en el siglo XIX, sería otra vez la ciencia la que estableciese un imperio de segundo orden al sujetar los cuerpos de los colonizados a las disciplinas de la medicina y de la higiene.

Las voces bajas de los enfermos en la India rural hablan de un cierto grado de resistencia al proyecto imperial. Demuestran cuán difícil resultaba aún para la medicina confiar en la objetivación del cuerpo, tan esencial para su éxito en la diagnosis y en la curación. Aunque ya se había institucionalizado durante este período mediante el establecimiento de un colegio de médicos y de un cierto número de hospitales en Calcuta, la mirada clínica no había penetrado todavía en los distritos vecinos. La sintomatología continuaría durante algún tiempo conformando la patología y ninguna interpretación laica de la enfermedad, aunque fuese necesaria, bastaría, a menos que estuviese respaldada por una explicación trascendental.

Es en este contexto en el que la ciencia tropezó con la tradición en una controversia cultural. El resultado fue que quedó sin resolver mientras los pacientes recurrían a la ayuda de los preceptos de la fe, más que a los de la razón, con la convicción que el cuerpo era, simplemente, un registro en el que los dioses inscribían sus veredictos contra los pecadores. Lo que los peticionarios buscaban, por tanto, eran las prescripciones morales para su absolución más que las médicas para su curación, y la autoridad a la que recurrían no eran los médicos sino los clérigos. Lo que les persuadía a hacerlo no era tanto su opinión individual como el consejo de sus respectivas comunidades. Las peticiones estaban avaladas por firmantes procedentes del mismo pueblo o de pueblos vecinos, y en tres de cada cuatro casos por los que pertenecían a la misma casta. De hecho, los peticionarios no eran necesariamente los enfermos mismos, sino que en un caso se trataba de un pariente y en otro de un

cierto número de vecinos del mismo pueblo.[5] La absolución era para ellos tan importante como la curación. De aquí su sentido de urgencia acerca de la expiación ritual (*prayaschitta*). Ésta era doblemente eficaz. Su función no era sólo la de absolver a un pecador del efecto contaminante de su pecado, sino también a otros que habían incurrido en impureza por asociación (*samsarga*). Como algunos tipos de enfermedades, tales como la lepra, se consideraban extremadamente contaminantes, la necesidad de purificación ritual era una preocupación comunitaria.

Esta preocupación tiene mucho que decirnos sobre la historia del poder. En un primer nivel, sirve de evidencia de las limitaciones del colonialismo —es decir, de la resistencia que su ciencia, su medicina, sus instituciones civilizadoras y su política administrativa, en resumen, su razón, encontraron en la India rural, incluso tan tarde como en la década de 1850. Éste es un nivel accesible al discurso estatista, que se siente feliz cuando a su tendencia globalizadora y unificadora se le permite tratar la cuestión del poder a grandes rasgos. Es un nivel de abstracción en que las diversas historias que nos explican estas peticiones son asimiladas a la historia del Raj. El efecto de esta asimilación es el de simplificar en exceso las contradicciones del poder al reducirlas a una singularidad arbitraria —la llamada contradicción principal, la que existe entre colonizador y colonizado.

Pero ¿qué sucede con la contradicción entre los sacerdotes y los campesinos en la sociedad rural, con la contradicción entre los dispensadores de prohibiciones para quienes es inapropiado tocar un arado y sus víctimas, para quienes trabajar los arrozales se considera adecuado, con la contradicción entre una asociación de casta encabezada a menudo por su élite y aquellos enfermos de entre sus miembros que son sometidos a la autoridad sacerdotal como gesto de subordinación complaciente al brahmanismo y a los terratenientes? Cuando Abhoy Mandal de Momrejpur, que se consideraba contaminado por los ataques de asma que sufría su suegra, se somete a expiar ante el consejo local de sacerdotes y dice: «Me

5. Los cinco peticionarios, en el ejemplo de la tuberculosis, proceden del propio pueblo del enfermo, Singapur (*Chitthipatre Samajchitra*, 255), mientras el solicitante del otro caso describe a la paciente como su suegra (257).

encuentro absolutamente desvalido; ¿querrían los venerables señores tener la bondad de fijar una prescripción que sea acorde con mi miseria?»[6] O cuando Panchanan Manna de Chhotobainan, con su cuerpo atormentado por un cáncer anal, ruega ante una autoridad similar en su pueblo: «Soy muy pobre; me someteré a los ritos de purificación; pero por favor prescribidme algo al alcance de un pobre».[7] ¿Permitiremos que estas voces de queja sean apagadas por el estrépito de la historiografía estatista? ¿Qué clase de historia de nuestro pueblo se construiría, si se hiciese oídos sordos a estas historias que representan, para este período, la densidad de las relaciones de poder en una sociedad civil donde la autoridad del colonizador estaba todavía lejos de hallarse establecida?

No obstante, ¿quién de entre nosotros como historiadores de la India puede afirmar que no se ha visto comprometido por este elitismo particular que es el estatismo? Éste impregna de forma tan evidente la obra de quienes siguen el modelo colonialista que prefiero no perder el tiempo con ello: en todo caso, ya he discutido esa cuestión con detalle en otras partes.[8] Lo único que debe decirse aquí es que el punto de vista estatista que informa el modelo colonialista es idéntico al propio del colonizador: el estado al que se refiere no es otro que el propio Raj. Sin embargo hay un estatismo que se manifiesta en los discursos nacionalista y marxista. El referente en ambos casos es un estado que difiere en un aspecto significativo del de la literatura colonialista. La diferencia es la que existe entre un poder ya realizado en un régimen formado y estable, arraigado desde hace muchos años, y un poder que aún no se ha realizado; un sueño de poder. Un sueño que anticipa una nación-estado y que pone el énfasis, principalmente, en una autodeterminación definida en la literatura nacionalista-liberal tan sólo por los rasgos democrático-liberales más generales; y en la literatura nacionalista de izquierdas y en la marxista por rasgos de estado socialista. En cada caso, la historiografía está dominada por la hipótesis de una contradicción principal que, una vez resuelta,

6. *Chitthipatre Samajchitra*, 257.

7. *Chitthipatre Samajchitra*, 258.

8. «Dominance without hegemony and its historiography», en *Subaltern studies*, VI, Oxford University Press, Delhi, 1989, pp. 210-309.

transformaría la visión de poder en su sustancia. Entre las dos, es la segunda la que resulta considerablemente más compleja en su articulación del estatismo y me concentraré en ella en el resto de mi intervención, aunque no sea más que porque el reto intelectual para el crítico es mucho más complejo, y por ello más difícil, que el del discurso nacionalista.

Es bien sabido que, para muchos académicos y activistas preocupados por el problema del cambio social en el subcontinente, la experiencia histórica de la insurgencia campesina ha sido el ejemplo paradigmático de una anticipación del poder. Este hecho aparece ampliamente documentado en la monumental historia de la insurrección de Telangana de P. Sundarayya.[9] Éste fue un levantamiento de las masas de campesinos y de trabajadores agrícolas en la región del sudeste de la península india, llamada Telangana, que forma parte actualmente de Andhra Pradesh. La insurrección, encabezada por el partido comunista, tomó la forma de una lucha armada dirigida primero contra el estado principesco del Nizam de Hyderabad, y después contra el gobierno de la India, cuando éste anexionó el reino a la nueva república. La rebelión se desarrolló de 1946 a 1951 y logró algunas victorias importantes para los pobres rurales antes de ser liquidada por el ejército indio. P. Sundarayya, el jefe principal de la insurrección, publicó veinte años más tarde una descripción autorizada del acontecimiento en su libro *Telangana People´s Struggle and its Lessons.*

El elemento unificador en la descripción de Sundarayya es el poder —una visión del poder en que la lucha por la tierra y por unos sueldos equitativos aparece significativamente determinada por ciertas funciones administrativas, judiciales y militares. Éstas eran, hablando con propiedad, funciones cuasi-estatales, pero estaban reducidas en este caso al nivel de la autoridad local como consecuencia del carácter y del alcance de la lucha. Pero ésta, con todas sus limitaciones, se dirigía a una confrontación por el poder del estado, tal como lo reconocían sus adversarios —el estado terrateniente del Nizam y el estado burgués de la India independiente. Los órganos de su autoridad y la naturaleza de los programas pre-

9. P. Sundarayya, *Telengana People's Struggle and Its Lessons*, Communist Party of India-Marxist, Calcuta, 1972.

vistos para las áreas bajo su control dan también testimonio de esta orientación. El poder así anticipado había de ganarse en la forma de un estado embrionario por la solución de esa «contradicción principal» que, aparentemente, no era la misma bajo el régimen del Nizam que bajo el de Nehru. Sea como fuere —y los teóricos del Partido se enzarzaron en interminables disputas sobre el tema— su solución de modo favorable al pueblo sólo podía alcanzarse, según ellos, por medio de la resistencia armada. De ello resultaba, en consecuencia, que los valores más apreciados en esta lucha —valores tales como heroísmo, sacrificio, martirio, etc.— fuesen los que informaban esta resistencia. En una historia escrita para defender el carácter ejemplar de esta lucha uno esperaría que fuesen estos valores, y los hechos y sentimientos correspondientes, los que dominasen.

Estos tres aspectos del movimiento de Telangana —una anticipación de poder estatal, las estrategias y programas diseñados para su consecución, y los valores correspondientes— se integran netamente en la narrativa de Sundarayya. Resulta significativo, sin embargo, que la condición para esta coherencia sea una singularidad de objetivos que se ha dado por supuesta en la narración de la lucha y que le proporciona unidad y enfoque discursivo. ¿Qué les sucedería a la coherencia y al enfoque si se cuestionase esta singularidad y se preguntase si fue esta única lucha todo lo que le dio al movimiento de Telangana su contenido?

Esta perturbadora cuestión ha sido, en efecto, formulada. Lo ha sido por algunas de las mujeres que participaron activamente en el alzamiento. Escuchadas en una serie de entrevistas, éstas se han registrado como material para una lectura feminista de esta historia por otras mujeres de una generación más joven. Dos de ellas, Vasantha Kannabiran y K. Lalita, han ilustrado para nosotros algunas de las implicaciones de esta cuestión en su ensayo «That Magic Time».[10] La cuestión, nos dicen, tiene algo común en todas las variantes que aparecen en las entrevistas: se trata de «una sensación contenida de acoso» y «una nota de dolor» que las voces de

10. Vasantha Kannabiran y K. Lalita, «That Magic Time», en Kumkum Sangari y Suresh Vaid (eds.), *Recasting Women*, Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey, 1990, pp. 190-223.

las mujeres mayores comunican a las más jóvenes para que las escuchen.[11] «Escuchar», como sabemos, «es una parte constitutiva del discurso».[12] Escuchar significa estar abierto a algo y existencialmente predispuesto: uno se inclina ligeramente a un lado para escuchar. Es por esta razón que el hecho de hablar y escuchar entre generaciones de mujeres resulta una condición de la solidaridad que sirve, a su vez, como una base para la crítica. Mientras la solidaridad corresponde al escuchar e inclinarse, la crítica de Kannabiran y Lalita se dirige a algunos de los problemas que surgen de determinados modos de no-escuchar, de hacer oídos sordos y volverse a otro lado. La voz que habla en un tono bajo, como dolorida, se enfrenta, en este caso, contra el modo peculiar del discurso estatista, un ruido de mando característicamente machista en su «incapacidad de *escuchar* lo que las mujeres estaban diciendo».[13]

¿Qué era lo que decían las mujeres con ese tono contenido de acoso y dolor? Hablaban, sin duda, de su desilusión por el hecho de que el movimiento no hubiese conseguido plenamente sus objetivos de mejorar las condiciones materiales de vida proporcionando tierra y salarios justos a los trabajadores de Telangana. Ésta era una desilusión que compartían con los hombres. Pero la desilusión que era específica de ellas, como mujeres, se refería al fracaso de los dirigentes de hacer honor a las perspectivas de liberación de la mujer que habían inscrito en el programa del movimiento y de la lucha. Eran estas perspectivas las que las habían llevado a movilizarse en masa. Habían visto en ellas la promesa de la emancipación de una servidumbre ancestral que, con toda la diversidad de sus instrumentos y códigos de sujeción, estaba unificada por un único ejercicio de autoridad —esto es, el predominio masculino. Este predominio era, por descontado, un parámetro de la política parlamentaria india. Que también lo fuese de la política de la insurrección fue lo que las mujeres de Telangana descubrieron a partir de su experiencia como partícipes en la lucha.

No es difícil entender, por tanto, por qué la fuerza que las muje-

11. «That Magic Time», pp. 194-196.

12. Martin Heidegger, *Beings and Time,* Basil Blackwell, Oxford, 1987, p. 206. [Hay trad., cast.: *El ser y el tiempo,* Fondo de Cultura Económica, México, 1962].

13. «That Magic Time», p. 199.

res aportaron al movimiento, por su número, entusiasmo y esperanzas, había de producir cierta tensión en él. No era una tensión que pudiese solucionarse sin alterar en un sentido fundamental la perspectiva de la lucha tal y como sus líderes la habían concebido. La emancipación de las mujeres era para ellos, simplemente, una materia de igualdad de derechos —algo que se lograría mediante medidas reformistas—. Esta promesa de emancipación a través de las reformas había atraído inicialmente a las mujeres al movimiento. Pero a medida que empezaron a participar más activamente en él, la misma impetuosidad de su actuación, con sus golpes, esfuerzos y excesos, hizo imposible que su idea de emancipación se mantuviese en lo que los dirigentes habían establecido. La propia turbulencia sirvió de molde para un nuevo concepto de emancipación. No bastaba ya con imaginarla como un conjunto de beneficios ganados para las mujeres por el designio y la iniciativa de los hombres. En adelante la idea de igualdad de derechos tendería a ir más allá del legalismo para exigir que consistiera en nada menos que la autodeterminación de las mujeres. La emancipación había de ser un proceso y no un fin, y las mujeres debían ser sus autoras, más que sus beneficiarias.

No hay ningún reconocimiento en la obra de Sundarayya del papel activo de las mujeres, ni como concepto ni como realidad. Véase el siguiente fragmento que da el tono del enfoque de esta importante cuestión en un capítulo que se refiere por entero al papel de las mujeres en el movimiento de Telangana. En él habla con genuina admiración de «aquel gran espíritu y energía revolucionaria que está latente en nuestras mujeres, oprimidas económica y socialmente» y sigue para observar en el siguiente párrafo:

> «Si *nosotros* nos tomásemos alguna molestia para *ayudar* a que saliera del *caparazón de las costumbres tradicionales* y procurásemos *canalizarlo* en *la adecuada dirección revolucionaria*, qué poderoso movimiento podría producirse.[14]

La primera persona del plural representa obviamente a unos dirigentes predominantemente masculinos, que o no advierten o

14. Sundarayya, *Telengana People's Struggle and Its Lessons*, pp. 328-329. *La cursiva es mía.*

son indiferentes al hecho de que ellos mismos están atrapados en el "caparazón de las costumbres tradicionales" en su actitud hacia las mujeres. Lo que no impide que asuman el triple papel del fuerte que se digna "ayudar" a los que se presume que son más débiles, del ilustrado que se propone liberar a quienes están todavía sujetos por la tradición y, por supuesto, de la vanguardia que se apresta a "canalizar" las energías de una masa femenina atrasada en "la adecuada dirección revolucionaria". El elitismo de esta posición difícilmente podría exagerarse.

No ha de extrañar, pues, que la dirección no permitiese que los gestos programáticos acerca de la emancipación fuesen más allá de los límites del reformismo y que la visión oficial de la participación de las mujeres no pasase de la de una mera instrumentalidad. En consecuencia, cuando en algún momento del movimiento se produjo una crisis y hubo que tomar alguna decisión para resolver algún problema referente al predominio masculino que pudiera minarlo, la solución fue diferida, evitada o simplemente descartada dentro del partido en nombre de la disciplina organizativa —una cuestión acerca de la cual Kannabiran y Lalita tienen mucho que decir— y en la comunidad en general, en nombre del respeto por la «opinión de la mayoría».[15] La autoridad para esta decisión era en ambos casos el patriarcado. La «opinión de la mayoría» era su coartada para justificar su autoridad, y la disciplina organizativa su pretexto para tratar las cuestiones sobre sexualidad con un código que denunciaba el propio hecho de plantearlas como subversivo.

Las reglas de la escritura de la historia, lamento decirlo, se adaptan plenamente al patriarcado en la narrativa de Sundarayya. Los principios de selección y evaluación comunes a toda historiografía están de acuerdo aquí con una perspectiva estatista prefabricada en que una visión jerarquizada de la contradicción sostiene una visión jerarquizada de las relaciones de género, sin ningún reconocimiento del papel activo de las mujeres en el movimiento. Con toda su benevolencia hacia las mujeres y las abun-

15. «No se debía tomar ninguna decision que pusiese la opinión de la mayoría en nuestra contra», dice Sundarayya sobre cuestiones de matrimonio y sexualidad. *Telengana People's Struggle and Its Lessons*, p. 351.

dantes alabanzas de su valor, sacrificio, ingenio, etc., esta escritura permanece sorda a «lo que decían las mujeres».

Pero supongamos que hubiese una historiografía que considerase «lo que decían las mujeres» como parte integral de su proyecto, ¿qué clase de historia escribiría? La cuestión es, para mí, tan compleja y de tanta trascendencia que en este momento no puedo hacer más que algunas observaciones generales sobre ella. Y digo en este momento, porque nuestra crítica del discurso estatista no puede por sí misma producir una historiografía alternativa. Para que esto suceda, la crítica debe ir más allá de la conceptualización, hasta el estadio siguiente —esto es, hasta la práctica de re-escribir esa historia.

Para re-escribir una historia del movimiento de Telangana que ponga atención en la «sensación contenida de acoso» y en la «nota de dolor» de las voces de las mujeres se deberá, en primer lugar, desafiar la univocidad del discurso estatista. Una de las más importantes consecuencias del debate consiguiente será la de destruir la jerarquización que privilegia un conjunto particular de contradicciones como principales, dominantes o centrales y considera la necesidad de resolverlas como prioritaria o más urgente que la de todas las demás.

En segundo lugar, una re-escritura que escuche las voces bajas de la historia reintegrará a la narración la cuestión del protagonismo activo y de la instrumentalidad. La anterior, en su versión autorizada, no tiene lugar para ello. La historia de la insurrección se nos cuenta con su protagonismo activo asumido exclusivamente por el partido, la dirección y los hombres, mientras que todos los demás elementos que intervinieron son relegados a una situación de instrumentalidad que no experimenta ningún cambio bajo el impacto del desarrollo del movimiento. En una nueva interpretación histórica esta visión metafísica chocará con la idea de que las mujeres fueron agentes más que instrumentos de un movimiento del que eran parte constitutiva. Esto destruirá inevitablemente la imagen de las mujeres como beneficiarias pasivas de una lucha por la «igualdad de derechos» que otros sostienen en favor suyo. El concepto de «igualdad de derechos» perderá, a su vez, sus connotaciones legalistas y recobrará su dignidad como un aspecto esencial de la autoemancipación de las mujeres.

En tercer lugar, siento que la voz de las mujeres, una vez sea escuchada, activará y hará audibles también las otras voces bajas. La de los adivasis —las poblaciones aborígenes de la región— por ejemplo. Ellos también han sido marginados e instrumentalizados en el discurso estatista. Aquí nuevamente, como en el caso de las mujeres, la guirnalda de alabanzas a su coraje y sacrificio no compensa la falta de reconocimiento de su protagonismo activo. Lo que tengo en mente no es tan sólo una revisión basada en los fundamentos empíricos. Quisiera que la historiografía insistiese en la lógica de su revisión hasta el punto de que la idea misma de instrumentalidad, el último refugio del elitismo, fuese interrogada y evaluada de nuevo, no únicamente en lo que respecta a las mujeres, sino a todos sus participantes.

Finalmente, una cuestión de narratología. Si las voces bajas de la historia han de ser escuchadas en algún relato revisado de la lucha de Telangana, ello sólo se logrará interrumpiendo el hilo de la versión dominante, rompiendo su argumento y enmarañando su trama. Porque la autoridad de esta versión es inherente a la estructura misma de la narrativa —una estructura que, tanto en la historiografía posterior a la Ilustración como en la novela, estaba constituida por un cierto orden de coherencia y linealidad. Es este orden el que dicta lo que debe incluirse en la historia y lo que hay que dejar fuera de ella, de qué forma el argumento debe desarrollarse coherentemente con su eventual desenlace, y cómo las diversidades de caracteres y acontecimientos deben controlarse de acuerdo con la lógica de la acción principal.

Por cuanto la univocidad del discurso estatista se basa en este orden, un cierto desorden —una desviación radical del modelo que ha predominado en la literatura histórica en los últimos trescientos años— será un requisito esencial para nuestra revisión. Es difícil predecir y precisar qué forma debe adoptar este desorden. Tal vez, en lugar de proporcionarnos una corriente fluida de palabras, obligará a la narrativa a balbucear en su articulación; tal vez la linealidad de su progreso se disolverá en nudos y enredos; tal vez la cronología misma, la vaca sagrada de la historiografía, será sacrificada en el altar de un tiempo caprichoso, casi-puránico, que no se avergüence de su carácter cíclico. Todo lo que se puede decir en este punto es que el derrocamiento del régimen de la narratología bur-

guesa será la condición de esta nueva historiografía sensibilizada ante la sensación contenida de desespero y determinación en la voz de las mujeres, la voz de una subalternidad desafiante comprometida a escribir su propia historia.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA HISTORIOGRAFÍA DE LA INDIA COLONIAL[1]

Durante mucho tiempo la historiografía del nacionalismo indio ha estado dominada por el elitismo —elitismo colonialista y elitismo nacionalista burgués.[2] Ambas tendencias surgieron como producto ideológico del dominio británico en la India, pero han sobrevivido a la transferencia del poder y han sido asimiladas a formas de discurso neocolonialista y neonacionalista en Gran Bretaña y en la India respectivamente. La historiografía elitista de carácter colonialista o neocolonialista cuenta con escritores e instituciones británicas entre sus principales protagonistas, pero tiene imitadores en la India así como en otros países. La historiografía elitista de tipo nacionalista o neonacionalista es, ante todo, una práctica india, pero no le faltan imitadores entre los historiadores liberales británicos y de otros países.

Estas dos variedades de elitismo comparten la presunción de que la formación de la nación india y el desarrollo de la conciencia —nacionalismo— que informó este proceso fueron obra, exclusiva o predominantemente, de la élite. En las historiografías colonialista y neocolonialista se atribuyen a los dirigentes, los administradores, la política, las instituciones y la cultura colonial británica;

1. El autor agradece a todos los colaboradores de este volumen así, como a Gautam Bhadra, Dipesh Chakrabarty y Raghabendra Chattopadhyay, sus comentarios sobre la primera versión de este texto.

2. Para una definición de los términos «élite», «pueblo», «subalterno», etc., tal y como se utilizan a lo largo de esta exposición, el lector puede consultar la nota final.

mientras que la literatura nacionalista y neonacionalista los atribuye a las personalidades, las instituciones, las actividades y las ideas de la élite india.

La primera de estas dos historiografías define ante todo el nacionalismo indio como una función de estimulo y respuesta. Basada en una limitada perspectiva conductista, representa el nacionalismo como la suma de las actividades e ideas con las que la élite india respondió a las instituciones, las oportunidades, los recursos, etc., generados por el colonialismo. Existen diferentes versiones de esta historiografía, pero su denominador común consiste en describir el nacionalismo indio como una especie de «proceso de aprendizaje» a través del cual la élite nativa llegó a implicarse en política al tratar de negociar el intrincado sistema institucional y el correspondiente complejo cultural introducidos por las autoridades coloniales para gobernar el país. Lo que llevó a la élite a pasar por este proceso no fue, de acuerdo con esta historiografía, un idealismo encaminado a conseguir el bien general de la nación, sino simplemente la expectativa de recompensas, en forma de una participación en la riqueza, el poder y el prestigio creados por el dominio colonial, y asociados a él; y fue el deseo de conseguir tales recompensas, con todo el juego concomitante de colaboración y competencia entre el poder dominante y la élite nativa así como entre diversos elementos de la élite misma, lo que, se nos dice, constituyó el nacionalismo indio.

La orientación general de la otra tendencia historiográfica elitista es la de representar el nacionalismo indio como una empresa esencialmente idealista en que la élite indígena condujo al pueblo de la sujeción a la libertad. Existen diferentes versiones de esta historiografía que difieren entre sí por el énfasis que se da al papel desempeñado por los líderes individuales o por las organizaciones e instituciones de la élite como fuerza principal o motivadora de esta empresa. Sin embargo, es común a todas la defensa del nacionalismo indio como una expresión fenoménica de la bondad de la élite nativa, con la contrapartida de mostrar, contra toda evidencia, su antagonismo en relación con el régimen colonial como mucho más importante que su colaboración con él, su papel como promotores de la causa del pueblo más que el de explotadores y opresores, su altruismo y abnegación más que su disputa por las migajas

de poder y privilegios concedidos por los gobernantes para asegurarse el apoyo al Raj. En consecuencia, la historia del nacionalismo indio está escrita como una especie de biografía espiritual de la élite india.

Esta historiografía elitista, a pesar de sus carencias, no deja de tener utilidad. Nos ayuda a conocer mejor la estructura del estado colonial, el funcionamiento de sus diversos órganos en determinadas circunstancias históricas, la naturaleza de la alianza de clases que lo sostenía; algunos aspectos de la ideología de la élite como ideología dominante del período; las contradicciones entre las dos élites y la complejidad de sus enfrentamientos mutuos y sus coaliciones; el papel que desempeñaron algunas de las más importantes personalidades y organizaciones de la élite británica e india. Y, sobre todo, nos ayuda a entender el carácter ideológico de la propia historiografía.

Lo que, sin embargo, no puede hacer este tipo de literatura histórica es explicarnos el nacionalismo indio. Puesto que no consigue dar cuenta, y mucho menos interpretar, la contribución hecha por el pueblo *por sí mismo*, esto es, *independientemente de la élite,* a la formación y el desarrollo de este nacionalismo. En este aspecto concreto, la miseria de esta historiografía se muestra más allá de toda duda por su fracaso en entender y valorar la articulación de masas de este nacionalismo excepto, de manera negativa, como un problema de orden público, y de forma positiva, a lo sumo, o bien como una respuesta al carisma de ciertos líderes de la élite o, por decirlo en los términos que están más de moda, de la movilización vertical por la manipulación de las facciones. La implicación en gran número del pueblo indio, a veces de cientos de miles o incluso de millones, en actividades e ideas nacionalistas se describe como una desviación de un proceso político supuestamente «real», esto es, de la actuación de los mecanismos del aparato del estado y de las instituciones de la élite conectadas a él, o se atribuye simplemente a un acto de apropiación ideológica por influencia e iniciativa de la propia élite. El fracaso de esta historiografía queda claramente expuesto cuando se le pide que explique fenómenos como el levantamiento anti-Rowlatt de 1919 y el movimiento «Marchad de la India»[3] de 1942 —por citar

3. Las Rowlatt Acts eran las medidas de reforma ofrecidas por los ingleses en 1919, que causaron un oleada de protestas en la India y dieron lugar a una

tan sólo dos de los muchos ejemplos de iniciativa popular que se manifiestan en el curso de campañas nacionalistas en desafío de la élite o en ausencia de su control. ¿Cómo puede ayudarnos esta historiografía miope y unilateral a entender los profundos desplazamientos, muy por debajo de la superficie de la política de la élite, que hicieron posible Chauri-Chaura o las manifestaciones combativas de solidaridad con los amotinados RIN?

Esta incapacidad de la historiografía elitista es una consecuencia directa de la estrecha y parcial visión de la política a que la compromete su perspectiva de clase. En toda la literatura de este tipo los parámetros de la política india se supone que son —o se enuncian como si fuesen— exclusiva o principalmente los de las instituciones introducidas por los británicos para el gobierno del país y el correspondiente conjunto de leyes, políticas, actitudes y otros elementos de la superestructura. Inevitablemente, por ello, una historiografía paralizada por una definición semejante no puede hacer más que equiparar la política con la suma de actividades e ideas de aquellos que estaban directamente implicados en la gestión de estas instituciones, es decir, de los gobernantes coloniales y sus alumnos —los grupos dominantes de la sociedad nativa— hasta el punto de que sus transacciones mutuas se suponía que eran todo lo que había en el nacionalismo indio y el ámbito de éste se consideraba como coincidente con el de la política.

Lo que se omite en este tipo de historiografía anti-histórica es *la política del pueblo.* Porque paralelamente al ámbito de la política de la élite, existió durante todo el período colonial otro ámbito de política india en que los actores principales no eran los grupos dominantes de la sociedad indígena ni las autoridades coloniales, sino las clases y grupos subalternos que constituían la masa de la población trabajadora, y los estratos intermedios en la ciudad y el campo, esto es, el pueblo. Éste era un ámbito autónomo, ya que ni procedía de la política de la élite, ni su existencia dependía de ésta. Era tradicional únicamente en la medida en que sus raíces arrancaban del período pre-colonial, pero de ninguna manera era

represión cuya manifestación más destacada fue la matanza de Amristar. El movimiento «Marchad de la India» (Quit India) se produjo en 1942, con los dirigentes del Partido del Congreso encarcelados, y tuvo un carácter muy violento. *(N. del T.)*

arcaica en el sentido de superada. Lejos de ser destruida o convertida en virtualmente ineficaz, como lo fue la política de la élite de tipo tradicional por la intrusión del colonialismo, continuó operando vigorosamente a pesar de éste, adaptándose a las condiciones que prevalecían bajo el Raj, y desarrollando en muchos aspectos tendencias nuevas tanto en forma como en contenido. Tan moderna como la política de la élite indígena, se distinguía por su profundidad relativamente mayor tanto en tiempo como en estructura.

Una de las características más importantes de esta política está relacionada precisamente con esos aspectos de movilización, escasamente explicados por la historiografía elitista. La movilización en el ámbito de la política de la élite se alcanzaba verticalmente, mientras que la de los subalternos se conseguía horizontalmente. La fundamentación de la primera se caracterizaba por una mayor dependencia de las adaptaciones coloniales de las instituciones parlamentarias británicas y de los restos de las instituciones políticas semifeudales del período pre-colonial; la de los segundos se basaba más en la organización tradicional de parentesco y territorialidad o en las asociaciones de clase, según fuese el nivel de conciencia de la gente implicada. La movilización de la élite tendía a ser más legalista y constitucionalista en su orientación, la de los subalternos era relativamente más violenta. La primera era, por lo general, más cauta y controlada, la segunda, más espontánea. La movilización popular durante el período colonial se llevó a cabo sobre todo en los levantamientos campesinos. Sin embargo, en muchos ejemplos históricos que implicaban grandes masas de trabajadores y de la pequeña burguesía en las áreas urbanas el tipo de movilización derivaba directamente del paradigma de la insurgencia campesina.

La ideología que operaba en este ámbito, tomada en su conjunto, reflejaba la diversidad de su composición social, con el punto de vista de sus elementos dirigentes dominando al de los otros en cualquier tiempo y en cualquier acontecimiento particular. Sin embargo, y a pesar de esta diversidad, uno de sus rasgos invariables era una idea de resistencia a la dominación de las élites. Esta resistencia nacía de la subalternidad común a todos los integrantes sociales de este ámbito y, como tal, la distinguía netamente de la

política de la élite. Desde luego, este elemento ideológico no se presentaba siempre con la misma calidad o densidad. En el mejor de los casos intensificaba la concreción, el enfoque y la tensión de la acción política subalterna. Sin embargo, había ocasiones en que el énfasis puesto en intereses sectoriales provocaba desequilibrios en los movimientos populares, de tal manera que generaba desviaciones de carácter económico y escisiones sectarias, que tendían en general a minar las alianzas horizontales.

No obstante, otro conjunto de aspectos distintivos de esta política derivaba de las condiciones de explotación a las que las clases subalternas estaban sometidas en diferente grado, así como de su relación con el trabajo productivo de la mayoría de sus protagonistas, esto es, obreros y campesinos, y del trabajo, manual e intelectual respectivamente, de los pobres urbanos no industriales y de los segmentos más bajos de la pequeña burguesía. La experiencia de la explotación y del trabajo dotaba esta política de muchas expresiones, normas y valores que la situaban en una categoría aparte de la política de la élite.

Éstos y otros rasgos distintivos (la lista no es ni mucho menos exhaustiva) de la política del pueblo no se manifestaban siempre, por supuesto, en el estado puro que se ha descrito en los tres últimos párrafos. El impacto de algunas contradicciones los modificaba en el transcurso de su realización en la historia. Sin embargo, y a pesar de las modificaciones, ayudaron a diferenciar el ámbito de la política de los subalternos del de la política de la élite. La coexistencia de los dos ámbitos o corrientes, que puede percibirse por intuición, pero también demostrarse, era el indicio de una importante verdad histórica, el *fracaso de la burguesía india para representar a la nación.* Había vastas áreas de la vida y de la conciencia del pueblo que nunca se integraron en su hegemonía. La *dicotomía estructural* que surgió de este hecho es un dato de la historia india del período colonial, que nadie que quiera interpretarlo puede ignorar sin caer en un error.

Tal dicotomía no significaba que los dos ámbitos estuvieran herméticamente separados el uno del otro y que no hubiese contactos entre ellos. Al contrario, había un considerable solapamiento que nacía precisamente del esfuerzo realizado de vez en cuando por los elementos más avanzados de la élite indígena, especial-

mente por la burguesía, para integrarlos. Cuando este esfuerzo se asoció a enfrentamientos que tenían objetivos más o menos claramente antiimperialistas y que eran dirigidos con firmeza, produjo resultados espléndidos. Vinculado, en otras ocasiones, a movimientos que o no tenían firmes objetivos antiimperialistas o que los habían perdido en el transcurso de su desarrollo, desviándose hacia un compromiso legalista, constitucionalista o de algún otro tipo con el gobierno colonial, produjeron retrocesos espectaculares y desagradables desvíos en forma de disensiones sectarias. En cualquier caso, el enlace de las dos corrientes de la política de la élite y la de los subalternos condujo, invariablemente, a situaciones explosivas que indicaban que las masas movilizadas por la élite para luchar por sus propios objetivos conseguían romper su control y marcar con la impronta característica de la política popular las campañas iniciadas por las clases altas.

Sin embargo, las iniciativas que surgieron del ámbito de la política de los subalternos no eran, por su parte, lo suficientemente poderosas como para transformar el movimiento nacionalista en una lucha total por la liberación nacional. La clase trabajadora no estaba todavía suficientemente madura en las condiciones objetivas de su ser social y en su propia conciencia de clase, ni estaba aún firmemente aliada al campesinado. Como consecuencia no pudo hacer nada para asumir y completar la misión que la burguesía no había podido llevar a cabo. El resultado sería que las numerosas revueltas campesinas del período, algunas de un alcance masivo y ricas de conciencia anticolonial, aguardaron en vano una dirección que las elevase por encima del localismo y las transformase en una campaña nacional antiimperialista. En todo caso, muchas de las luchas sectoriales de los trabajadores, los campesinos y la pequeña burguesía urbana, o quedaron limitadas a objetivos económicos o, cuando se politizaban, resultaron, por falta de un liderazgo revolucionario, demasiado fragmentadas como para integrar algo parecido a un movimiento de liberación nacional.

Es precisamente el estudio de este *fracaso histórico de la nación para constituirse*, un fracaso debido a la incapacidad tanto de la burguesía como de la clase trabajadora para conducirlo a una victoria decisiva sobre el colonialismo y a una revolución democrático-burguesa, bien fuese del tipo clásico del siglo XIX bajo la he-

gemonía de la burguesía, bien de carácter más moderno bajo la hegemonía de los trabajadores o campesinos, —es decir, una «nueva democracia»— *es el estudio de este fracaso el que constituye la problemática central de la historiografía de la India colonial.* No existe, sin embargo, un método de investigación establecido para el estudio de esta problemática. Dejad que florezcan cien flores y no os preocupéis ni siquiera por las malezas. Creemos que en la práctica de la historiografía, incluso los elitistas tienen que representar un papel, aunque sea el de enseñarnos con ejemplos negativos. Pero también estamos convencidos de que la historiografía elitista debiera ser combatida desarrollando un discurso alternativo basado en el rechazo del monismo espurio y anti-histórico característico de su visión del nacionalismo indio y en el reconocimiento de la coexistencia e interacción de los ámbitos de la política de la élite y la de los subalternos.

Estamos seguros de que no estamos solos en nuestra preocupación acerca del estado actual de la historiografía política de la India colonial y en el intento de encontrar una salida. El elitismo de la historiografía moderna india es un hecho opresivo del cual se resienten muchos, estudiantes, profesores y escritores como nosotros mismos. Quizás no todos subscriban lo que se ha dicho aquí sobre este tema en la forma exacta en que se ha dicho. Sin embargo, no nos cabe la menor duda de que muchos otros puntos de vista historiográficos, y otras prácticas, pueden acabar convergiendo no muy lejos de donde estamos. Nuestro propósito al dar a conocer estos puntos de vista es precisamente el de promover tal convergencia. No pretendemos más que plantear e indicar una orientación y esperamos demostrar que es factible en la práctica. Cualquiera que sea la discusión que resulte esperamos aprender mucho, no sólo del acuerdo de aquellos que piensan como nosotros, sino también de los que no lo hacen.

NOTA SOBRE LOS TÉRMINOS «ÉLITE», «PUEBLO», «SUBALTERNO», ETC., TAL Y COMO SE HAN UTILIZADO

El término «élite», tal y como ha sido utilizado en esta exposición, significa grupos *dominantes*, tanto extranjeros como indígenas. Los grupos *dominantes extranjeros* comprenden a todos los no indios, es decir, principalmente a los funcionarios británicos del estado colonial y a los industriales, los mercaderes, los financieros, los plantadores, los terratenientes y los misioneros extranjeros.

Los grupos *dominantes indígenas* comprenden a clases e intereses que operan en dos niveles. A escala del *conjunto de la India* incluye a los grandes magnates feudales, a los representantes más importantes de la burguesía industrial y mercantil y a los nativos integrados en los niveles más altos de la burocracia.

A escala regional y local, representaban a estas clases y a otros elementos, tanto si eran miembros de los grupos dominantes del conjunto de la India incluidos en la categoría anterior, como si, perteneciendo a estratos sociales jerárquicamente inferiores a los de los grupos dominantes del conjunto de la India, *actuaban en beneficio de aquéllos y no de conformidad a los intereses que verdaderamente correspondían a su ser social.*

Tomada en conjunto y en abstracto, esta última categoría de la élite era heterogénea en su composición y, gracias al carácter muy diverso del desarrollo económico y social regional, *difería de área en área.* La misma clase o elemento dominante en una zona, según la definición expuesta, podía figurar entre los dominados en otra. Esta circunstancia podía producir, y de hecho produjo, muchas ambigüedades y contradicciones en actitudes y alianzas, especialmente entre las capas más bajas de la aristocracia rural, los terratenientes empobrecidos, y los campesinos ricos y medianos, ya que todos pertenecían, *idealmente hablando*, a la categoría de «pueblo» o de «clases subalternas», tal y como se definen más abajo. Es tarea propia de la investigación indagar, identificar y medir la naturaleza *específica* y el grado en que estos elemento se *desviaban* del ideal, para situarlos históricamente.

Los términos «pueblo» y «clases subalternas» han sido utilizados como sinónimos a lo largo de este texto. Los grupos y elemen-

tos sociales incluidos en esta categoría representan *la diferencia demográfica entre la población total india y aquellos que se han descrito como élite.* Algunas de estas clases y grupos, como las capas más bajas de la aristocracia rural, los terratenientes empobrecidos y los campesinos ricos y medianos, que «naturalmente» figuraban en la categoría de «pueblo» y «subalternos» podían en ciertas circunstancias actuar a favor de la élite, como ya se ha explicado, y ser por tanto clasificados como tales en algunas situaciones locales o regionales —una ambigüedad que depende del historiador solucionar sobre la base de una lectura fiel y sensata de la evidencia.

LA PROSA DE LA CONTRAINSURGENCIA[1]

I

Cuando un campesino se sublevaba en la época del Raj, lo hacía necesaria y explícitamente violando una serie de códigos que definían su misma existencia como miembro de aquella sociedad colonial y, en gran medida, todavía semifeudal. Su subalternidad se materializaba por la estructura de la propiedad, se institucionalizaba por la ley, se santificaba mediante la religión y se hacía tolerable —e incluso deseable— por la tradición. Sublevarse, por tanto, significaba destruir muchos de los símbolos familiares que había aprendido a leer y a manipular, para poder extraer un significado del duro mundo que le rodeaba y vivir en él. El riesgo de «perturbar el orden» en estas condiciones era tan grande que no podía permitirse embarcarse inconscientemente en un proyecto semejante.

No hallamos en las fuentes primarias ninguna evidencia histórica que sugiera otra cosa. Éstas desmienten el mito, repetido tantas veces por una literatura descuidada e impresionista, que las insurrecciones campesinas son puramente espontáneas e impremeditadas. La verdad es casi lo contrario. Sería difícil citar un levantamiento de una escala significativa que no estuviese precedido

1. Agradezco a mis colegas del equipo editorial los comentarios al borrador inicial de este ensayo.

Nota: Para la lista de las abreviaturas utilizadas en las notas a pie de página de este capítulo, véase p. 90.

por formas de movilización menos militantes, cuando había sido imposible encontrar e intentar otros medios, o por conversaciones entre sus dirigentes para valorar seriamente los pros y los contras de cualquier recurso a las armas. En acontecimientos que difieren tanto en contexto, carácter y participación como el *dhing* de Rangpur contra Debi Sinha (1783), la *bidroha* de Barasat dirigida por Titu Mir (1831), el *hool* de Santal (1855) y el «motín azul» de 1860, los protagonistas intentaron en cada caso valerse de peticiones, entrevistas u otras formas de súplica antes de declarar la guerra a sus opresores.[2] También las revueltas de los Kol (1832), los Santal y los Munda (1899-1900) así como el *dhing* de Rangpur y las insurrecciones en los distritos de Allahabad y Ghazipur durante la rebelión de los cipayos de 1857-1858 (por citar tan sólo dos de los numerosos ejemplos de este tipo) se iniciaron con consultas previas, en algunos casos muy prolongadas entre los representantes de las masas de campesinos locales.[3] En efecto, apenas hay ningún caso en que los campesinos, ya sean éstos los cautos y prácticos habitantes de los llanos, ya los supuestamente inconstantes *adivasis* de las tierras altas, se dejen arrastrar o se precipiten en una rebelión. Tenían demasiado a perder y no se lanzarían a ella más que como un deliberado, aunque desesperado, medio para escapar de una condición de existencia intolerable. En otras palabras, la insurgencia era un empeño motivado y consciente de las masas rurales.

No obstante, esta conciencia parece haber recibido poca atención en la literatura que trata de este tema. La historiografía se ha contentado con ocuparse del rebelde campesino simplemente como un ente empírico o un miembro de una clase, pero no como una entidad cuya voluntad y razón constituían la praxis llamada rebelión. La omisión se encubre en la mayoría de los relatos con me-

2. Los ejemplos son demasiado numerosos como para citarlos todos. Para algunos de ellos véase *MDS*, pp. 46-49 sobre el *dhing* Rangpur; *BC* 54222: Metcalfe & Blunt to Court of Directors (10 de abril de 1832), pp. 14-15 sobre la insurrección Barasat; W.W. Hunter, *Annals of Rural Bengal,* 7ª edición, Londres, 1897, pp. 237-238 y JP, 4 de octubre de 1855: «The Thacoor's Perwannah» para la *hool* Santal C. E. Buckland, *Bengal Under the Lieutenant-Governors,* I, Calcuta, 1901, p. 192 para el «motín azul».

3. Ver, por ejemplo, *MDS,* pp. 579-580; *Freedom Struggle in Uttar Pradesh,* IV, Lucknow, 1959, pp. 284-285, 549.

táforas que asimilan las revueltas campesinas a fenómenos naturales: se manifiestan súbita y violentamente como una tempestad, lo remueven todo como terremotos, se propagan como fuegos en el bosque, infectan como epidemias. En otras palabras, cuando se da la vuelta a los terrones del campo, la cuestión se explica en términos de historia natural. Incluso cuando esta historiografía se ve obligada a presentar una explicación en términos más humanos lo hace asumiendo una identidad de naturaleza y cultura que es signo característico presumiblemente de un estado de civilización muy bajo, y que se ejemplifica en «aquellas explosiones periódicas de crimen y anarquía a las cuales todas las tribus salvajes están sometidas», tal y como dijo el primer historiador de la rebelión de los Chuar.[4]

Se buscará, alternativamente, una explicación a partir de una enumeración de causas —de, por ejemplo, factores de privación económica y política que no tienen nada que ver con la conciencia del campesino o que lo hacen negativamente— que desencadenan la rebelión como una especie de acción refleja, es decir, como una respuesta instintiva y casi inconsciente al sufrimiento físico de una clase u otra (por ejemplo hambre, tortura, trabajo coercitivo, etc.) o como una reacción pasiva a una iniciativa de su enemigo de condición social superior. En cualquiera de los casos, la insurgencia es considerada como algo *externo* a la conciencia campesina y la Causa se erige como sustituto fantasma de la Razón, la lógica de esta conciencia.

II

¿Cómo llegó la historiografía a esta punto ciego particular y por qué no encontró nunca una cura? Como respuesta se podría empezar mirando de cerca los elementos que constituyen esta historiografía y examinando los cortes, costuras y sesgos —los signos de remiendo— que nos hablan del material con que se ela-

4. J.C. Price, *The Chuar Rebellion of 1799*, p. CL. La edición que se ha utilizado en este ensayo es la edición de A. Mitra (ed.), *District Handbooks: Midnapur*, Alipore, 1953, Apéndice IV.

bora y de la forma en que éste se integra en la estructura literaria.

El corpus de la literatura histórica sobre la insurgencia campesina en la India colonial se compone de tres tipos de discursos. Éstos pueden describirse, según el orden de aparición en el tiempo y según su filiación, como *primario, secundario* y *terciario*. Cada uno de ellos se diferencia de los otros dos por el grado de identificación formal y/o reconocida (como opuesta a real y/o tácita) con un punto de vista oficial, por el tiempo trascurrido desde el acontecimiento al que se refiere, y por la proporción de componentes distributivos e integradores en su narrativa.

En primer lugar el discurso primario es casi sin excepción de carácter oficial —oficial en un amplio sentido del término. Es decir, proviene no sólo de burócratas, soldados, agentes y otros, directamente empleados por el gobierno, sino también de aquellos que no pertenecían al sector oficial pero estaban simbióticamente relacionados con el Raj, tales como plantadores, misioneros, comerciantes, técnicos, etc., entre los blancos, y terratenientes y prestamistas, entre los nativos. Era también oficial en tanto que su función estaba destinada principalmente al uso administrativo —a la información del gobierno, a su propia acción y a la determinación de su política. Incluso cuando incorporaba manifestaciones que procedían «del otro lado», de los insurgentes o de sus aliados por ejemplo, como hacía con frecuencia por medio de informes dentro del cuerpo de correspondencia oficial, o aun más característicamente, como «documentos adjuntos» a ésta, lo hacía sólo como parte de un argumento guiado por un interés administrativo. En suma, sea cual fuere su forma particular —y existía una sorprendente variedad que iba desde la carta introductoria, los telegramas, los despachos y los comunicados, a los sumarios, las memorias, los juicios y las proclamaciones— su producción y circulación dependían necesariamente de las razones de Estado.

No obstante, otro de los aspectos distintivos de este tipo de discurso es su inmediatez. Esto derivaba de dos condiciones: en primer lugar, las manifestaciones de este tipo se escribían simultánea o inmediatamente después de que tuviese lugar el acontecimiento, y en segundo lugar, lo hacían los mismos participantes, definiendo para este propósito «participante» en el amplio sentido de un con-

temporáneo implicado en el acontecimiento, ya sea como actor o, de forma indirecta, como observador. Esto excluye ese género de literatura retrospectiva en que, como en algunas memorias, un acontecimiento y su recuerdo están separados por un hiato considerable de tiempo, pero deja una gran cantidad de documentación —«fuentes primarias» tal y como se las conoce en la profesión— para que hablen al historiador con una especie de voz ancestral y le hagan sentirse cerca de su sujeto.

Los dos ejemplos que se citan a continuación son seguramente representativos de este tipo de fuentes. Uno de ellos narra la insurrección de Barasat de 1831, mientras que el otro se refiere a la rebelión Santal de 1855.

TEXTO 1[5]

Al Delegado Ayudante del General del Ejército

Señor,

Habiendo llegado al gobierno la información auténtica de que un contingente de *Insurgentes Fanáticos* están ahora cometiendo *las atrocidades más atrevidas y libertinas sobre los habitantes* de la región en los alrededores de Tippy en la Magistratura de Baraset y han desafiado y repelido la tropa que la Autoridad Civil local pudo reunir para su aprehensión, el Honorable Vicepresidente del Consejo me ha dado instrucciones para que os ruegue comuniquéis sin dilación al General al mando de la División de la Presidencia las órdenes del Gobierno de que un Batallón Entero de Infantería de Nativos de Barrackpore y dos Baterías equipadas con los complementos necesarios (sic) de Golundaze de Dum Dum, todo bajo el mando de un Oficial de Campo con criterio y decisión, sea inmediatamente dirigido para que se reúna en Baraset donde se les añadirán 1 Havildar y 12 soldados de caballería del 3r Regimiento de la Caballería Ligera que forman ahora la escolta del Honorable Vicepresidente.

5. *BC* 54222: *JC*, 22, noviembre de 1831: «Extracto de las Actas del Honorable Vicepresidente del Consejo del Departamento Militar fechado el 10 de noviembre de 1831». *La cursiva es mía.*

2º. El Magistrado se encontrará con el Oficial de Mando del Destacamento en Baraset y le proporcionará la información necesaria relativa a la posición de los Insurgentes; pero sin tener autoridad para interferir en las operaciones Militares que el Oficial al Mando del Destacamento juzgue oportunas, para derrotar o capturar o, en caso de resistencia, destruir a aquellos que perseveren en *desafiar la autoridad del Estado y perturbar la tranquilidad pública.*

3º. Se concluye que el servicio no será de naturaleza prolongada como para que se requiera un mayor suministro de munición más que aquel que se pueda cargar en la Cartuchera y en dos Carros de Artillería para las Armas, y que no habrá ninguna dificultad con respecto al transporte. En caso contrario todo aquello que se necesite se proporcionará.

4º. El Magistrado ofrecerá asistencia con respecto a los suministros y otros requisitos para las Tropas.

Cámara del Consejo. Quedo y etc.

10 de noviembre de 1831. (Fdo.) Wm. Casement Cor.

Sec. al Dept. Gob. Mil.

TEXTO 2[6]

De W.C. Taylor Esq.
A F.S. Mudge Esq.
Fechada el 7 de julio de 1855

Estimado Mudge,

Hay una gran reunión de 4 o 5.000 santals en un lugar a unas 8 millas de aquí y tengo entendido que están bien armados con Arcos y flechas, Sables, Lanzas, etc., y parece que *su intención es la de atacar a todos los europeos, robarlos y asesinarlos. Se supone que la causa es que uno de sus Dioses se ha encarnado y se ha aparecido en algún lugar cerca de aquí, y que su intención es reinar como Soberano de toda esta parte de la India, y ha ordenado a los santal que capturen y den muerte a todos los europeos y Nativos influyentes.*

6. *JP,* 19 de julio de 1855: Documento adjunto a la carta del Magistrado de Murshidabad, fechado el 11 de julio de 1855. *La cursiva es mía.*

Como este es el punto más cercano a la reunión, presumo que será el primero atacado y pienso que sería mejor que lo notifiquéis a las autoridades de Berhampore y pidáis asistencia militar ya que *no es nada agradable esperar ser asesinado y* por lo que puedo saber se trata *de un asunto bastante serio.*

Sreecond — Vuestro y etc.
7 de Julio de 1855 — /Firmado/ W.C Taylor

Nada podría ser más inmediato que estos textos. Escritos mientras los hechos ya eran reconocidos como una rebelión por aquellos que más debían temerla, figuran entre los primeros registros que poseemos en las colecciones de la Biblioteca Oficial de la India y en los Archivos de Estado del Oeste de Bengala. Como muestra el testimonio de la *bidroha* de 1831,[7] no fue hasta el 10 de noviembre que las autoridades de Calcuta reconocieron la violencia de que se informaba desde la región de Barasat como lo que realmente era: una sangrienta insurrección dirigida por Titu Mir y sus hombres. La carta del Coronel Casement identifica para nosotros el momento en que, el hasta entonces desconocido líder de un campesinado local, salió a la palestra contra el Raj y como resultado de ello entró en la historia. La fecha del otro documento también conmemora un comienzo —el de la *hool* de los Santal. Fue en este mismo día, el 7 de julio de 1855, cuando el asesinato del *daroga* Mahesh a consecuencia de una refriega entre la policía y los campesinos reunidos en Bhagnadihi hizo estallar la insurrección. El informe iba a producir una impresión lo suficientemente fuerte como para que se registrase en la nota apresuradamente escrita en Sreecond por un empleado europeo de la Compañía de Ferrocarriles de las Indias Orientales para información de su colega y del *sarkar.* Estas palabras también transmiten, lo más directamente posible, el impacto de una revuelta campesina sobre sus enemigos en sus primeras horas sanguinarias.

7. *BC* 54222: *JC*, 3 de abril de 1832: Alexander a Barwell (28 de noviembre de 1831).

III

Nada tiene de inmediato el siguiente nivel —el del discurso secundario. Éste se inspira en el discurso primario como una fuente pero, al mismo tiempo, lo transforma. Contrastando los dos tipos se podría juzgar el primero como historiografía en estado bruto, primordial, o como un embrión que ha de articularse en un organismo con otros miembros, y el segundo como el producto procesado, aunque sea con una elaboración elemental, un discurso-niño, debidamente constituido.

La diferencia es obviamente una función del tiempo. En la cronología de este corpus particular el secundario sigue al primario a cierta distancia, e inaugura una perspectiva que transforma un acontecimiento en historia no sólo según la percepción de quienes están fuera de él, sino también de los participantes. Esto es lo que Mark Thornhill, magistrado de Mathura durante el verano de 1857 cuando el motín de la Guardia del Tesoro provocó insurrecciones en todo el distrito, iba a reflejar en el alterado estado de su relato, en el que figuraba él mismo como protagonista. Presentaba sus conocidas memorias, *The Personal Adventures And Experiences Of A Magistrate During The Rise, Progress, And Suppression Of The Indian Mutiny* (Londres, 1884) veintisiete años después del acontecimiento:

> Después de la supresión del Motín indio, empecé a escribir una versión de mis aventuras... para cuando acabé mi relato, el público ya no tenía ningún interés por el tema. Los años han pasado y han surgido otros tipos de intereses. Los hechos de aquel tiempo se han convertido en historia, y respecto de esa historia mi relato puede significar una contribución... He decidido por tanto publicar mi narración...

Desprovisto de contemporaneidad, el discurso se recupera como un elemento del pasado y se clasifica como historia. Este cambio, tanto de aspecto como de categoría, lo sitúa en la intersección de colonialismo e historiografía, dotándolo de un doble carácter,

vinculado al mismo tiempo a un sistema de poder y al método particular de su representación.

Su autoría es, en sí misma, testimonio de esta intersección, pero Thornhill no fue el único administrador convertido en historiador. Fue uno de los muchos funcionarios, civiles y militares, que escribieron retrospectivamente sobre los disturbios populares en la India rural bajo el Raj. Sus exposiciones, tomadas en conjunto, caen en dos categorías. En primer lugar nos encontramos con aquellas que se basan en la propia experiencia de los escritores como participantes. Estas memorias, de una u otra clase, se escribían considerablemente después de acaecidos los hechos narrados o casi simultáneamente a ellos, pero estaban pensadas, a diferencia del discurso primario, para la lectura del público. La última, y ésta es una importante distinción, muestra cómo la mente colonialista conseguía servir al mismo tiempo a Clío y a la contrainsurgencia, de modo que la supuesta neutralidad de una difícilmente podía dejar de verse afectada por la pasión de la otra, aspecto al que pronto regresaremos. Las reminiscencias de ambas clases abundan en la literatura sobre el Motín, que se ocupaba de la violencia del campesinado (especialmente en las provincias del noroeste y centro de la India) así como de la de los cipayos. Relatos como el de Thornhill, escrito mucho después de los acontecimientos, competían con otros casi contemporáneos como *Service and Adventure with Khakee Ressallah,* o *Meerut Volunteer Horse during the Mutinies of 1857-58* (Londres, 1858), de Dunlop; y *Personal Adventures during the Indian Rebellion in Rohilcund, Futtehghur, and Oudh* de Edwards (Londres, 1858) por citar sólo dos piezas de una vasta producción destinada a satisfacer la demanda de un público que no se saciaba de las historias de horror y gloria.

La otra clase de literatura calificada como discurso secundario es también obra de administradores. Se dirigía también predominantemente a lectores que no eran funcionarios pero se ocupaba de temas que no estaban relacionados directamente con su propia experiencia. Su trabajo incluye algunas de las versiones más ampliamente utilizadas y apreciadas de las insurrecciones campesinas, escritas como monografías sobre hechos particulares, tales como la de Jamini Mohan Ghosh sobre los disturbios de Sannyasi y Faqir y la de J.C. Price sobre la Rebelión de Chuar, o como declaraciones

incluidas en una historia más global, como la historia de la *hool* de los santal de W.W. Hunter en *The Annals of Rural Bengal.* Además, había las excelentes contribuciones hechas por algunos de los mejores talentos del Servicio Civil a los capítulos históricos de los *Districts Gazetteers.* En conjunto constituyen un cuerpo substancial de literatura que goza de mucha autoridad entre los estudiosos del tema y apenas hay ninguna historiografía en el siguiente nivel de discurso, o sea en el terciario, que no se base en ella.

El prestigio de este género se debe en gran medida al aura de imparcialidad que lo rodea. Al mantener su relato más allá de la relación personal, estos autores consiguieron, aunque fuese sólo por implicación, conferirle un aspecto de verosimilitud. Como funcionarios eran sin duda transmisores de la voluntad del estado. Pero desde el momento que escribían sobre un pasado en que no figuraban como funcionarios, sus narraciones se consideran más auténticas y menos sesgadas que las de aquellos cuyos relatos, basados en sus recuerdos, estaban forzosamente contaminados por su intervención en los disturbios rurales como agentes del Raj. Por contraste a los primeros se les supone haberse aproximado a los acontecimientos que narran desde fuera. Como observadores clínicamente separados del lugar y del sujeto a diagnosticar, se da por supuesto que han encontrado para su discurso un hueco en este reino de la neutralidad perfecta —el reino de la historia— en que presiden el Pretérito Perfecto y la Tercera Persona.

IV

¿Qué validez tiene esta presunción de neutralidad? Para responder a esta pregunta no debemos dar por sentada ninguna tendencia en este tipo de trabajo histórico por el mero hecho que provenga de autores comprometidos con el colonialismo. Aceptarlo como evidente sería negar a la historiografía la posibilidad de reconocer su propia incompetencia y en consecuencia defraudar el propósito del presente ejercicio. Como debería resultar claro de lo que sigue, es precisamente al rehusar *demostrar* lo que parece obvio que los historiadores de la insurgencia campesina quedan atra-

pados —en lo obvio. La crítica debe, por lo tanto, empezar no denunciando una tendencia sino examinando los componentes del discurso, vehículo de toda ideología, por la manera en que pudieran haberse combinado para describir cualquier figura particular del pasado.

Los componentes de ambos tipos de discurso y las variantes discutidas hasta ahora son lo que denominaremos segmentos. Confeccionados con el mismo material lingüístico, es decir, conjuntos de palabras de extensión variable, son de dos clases que pueden designarse, según su función, como indicativos e interpretativos. Esta diferenciación implica asignarles, dentro de un texto, el papel respectivamente de informar y de explicar. Sin embargo, esto no conlleva su segregación mutua. Al contrario a menudo se encuentran asociadas no sólo de hecho sino por necesidad.

Uno puede comprobar en los *Textos 1* y *2* cómo funciona tal imbricación. En los dos, la letra redonda simboliza los segmentos indicativos y la cursiva los interpretativos. Escritos sin ninguna pauta previa, éstos se interpenetran y se sostienen uno a otro para poder dar a los documentos su significado, y en este proceso dotan a algunos de los conjuntos de una ambigüedad que inevitablemente se pierde en esta manera particular de representación tipográfica. Sin embargo, el bosquejo primario de una división de funciones entre las dos clases emerge incluso de este esquema —la indicativa narrando (es decir informando) de las acciones reales y anticipadas de los rebeldes y de sus enemigos, y la interpretativa comentándolas para poder entender (es decir explicar) su significado.

La diferencia entre ellas corresponde a la que existe entre los dos componentes básicos de cualquier discurso histórico que, utilizando la terminología de Roland Barthes, llamaremos *funciones* e *indicios*.[8] Los primeros son los segmentos que ordenan la secuencia lineal de una narrativa. Contiguos, operan en una relación de solidaridad en el sentido de implicación mutua y reúnen

8. Debo a Roland Barthes muchos de los términos analíticos y procedimientos usados en este artículo y, de manera general, en todo este ensayo, lo cual resultará obvio para todos aquellos familiarizados con su «Análisis Estructural de los Relatos» («*Structural Analysis of Narratives*») y «La Lucha con el Ángel» («*The Struggle with the Angel*») en Barthes, *Image-Music-Text*, Glasgow, 1977, pp. 79-141, y «*Historical Discourse*» en M. Lane (ed.), *Structuralism, A Reader*, Londres, 1970, pp. 145-155.

conjuntos cada vez mayores que se combinan para elaborar la narración agregada. Los segundos se pueden considerar como la suma de microsecuencias a cada una de las cuales, al margen de su importancia, debiera ser posible asignar nombres mediante una operación metalingüística, usando términos que puedan o no pertenecer al texto estudiado. Es así como las funciones de un cuento popular han sido denominadas por Bremond, siguiendo a Propp, como *Fraude, Traición, Lucha, Contrato,* etc., y las de una trivialidad tal como el ofrecimiento de un cigarrillo en una de las historias de James Bond lo han sido por Barthes como *ofrecer, aceptar, encender,* y *fumar.* Uno quizá pueda seguir el ejemplo de este procedimiento para definir una narración histórica como un discurso con un nombre que subsume un número dado de secuencias identificadas. Por lo tanto debiera ser posible hablar de una narrativa hipotética llamada «La insurrección de Titu Mir» compuesta por un número de secuencias, incluyendo el *Texto 1* citado más arriba.

Demos a este documento un nombre y llamémosle *Actas del Consejo de Calcuta (*Alternativas tales como *Estallido de Violencia* o *El ejército Movilizado* podrían usarse también y ser analizables en términos correspondientes, aunque no idénticos, a los que siguen). A grandes rasgos el mensaje *Actas del Consejo de Calcuta (C)* en nuestro texto puede interpretarse como una combinación de dos grupos de secuencias llamadas *alarma* (a) e *intervención* (b), cada una de las cuales está constituido por un par de segmentos —el primero de *la insurrección estalla* (a') e *información recibida* (a") y el segundo de *decisión de movilizar el ejército* (b') y *orden dada* (b"), cada uno de los constituyentes de cada par está representado a su vez por otra serie concatenada— (a') por *atrocidades cometidas* (a^1) y *autoridad desafiada* (a^2), y (b") por *infantería que actúa* (b^1), *artillería que defiende* (b^2) y *magistrado que coopera* (b^3). En resumen la narrativa de este documento se puede escribir en tres pasos equivalentes de manera que

$$C = (a + b) \quad \text{I}$$
$$= (a' + a'') + (b' + b'') \quad \text{II}$$
$$= (a^1 + a^2) + a'' + b' + (b^1 + b^2 + b^3) \quad \text{III}$$

Debería resultar evidente de esta ordenación que no todos los elementos del paso II pueden expresarse en microsecuencias del mismo orden. Nos encontramos en el paso III con una concatenación en que los segmentos tomados de diferentes niveles del discurso se imbrican para constituir una estructura entrecortada e irregular. Mientras unidades funcionales de categoría inferior como éstas sean lo que una narrativa tiene como su *relata* sintagmático su curso nunca podrá ser uniforme. El hiato entre los segmentos acoplados laxamente se carga necesariamente de imprecisión, con 'momentos de riesgo', y cada microsecuencia termina por abrir posibilidades alternativas, una tan sólo de las cuales será tomada por la siguiente secuencia cuando se prosiga con la historia. 'Du Pont, el futuro compañero de Bond, le ofrece fuego de su encendedor pero Bond lo rechaza; el significado de esta bifurcación es que Bond teme instintivamente que el artilugio sea una trampa explosiva'.[9] Lo que Barthes identifica así como 'bifurcación' en la ficción, también tiene un paralelismo en el discurso histórico. La pretendida realización de atrocidades (a^1) en el despacho oficial de 1831 niega la creencia en la propagación pacífica de la nueva doctrina de Titu que las autoridades ya conocían, pero que hasta entonces habían ignorado considerándola sin importancia. La expresión, *autoridad desafiada* (a^2), que hace referencia a los rebeldes habiendo 'desafiado y repelido la máxima fuerza que la Autoridad Civil pudo reunir para su captura', tiene como su otro, aunque no explícito, término, sus esfuerzos para persuadir al Gobierno mediante peticiones y delegaciones para que ofrezca reparación por los agravios de sus correligionarios. Y así sucesivamente. Cada una de estas unidades funcionales elementales implica, por lo tanto, un nódulo que no acaba de materializarse en un desarrollo real, una especie de símbolo cero mediante el cual la narrativa afirma su tensión. Y es precisamente porque la historia como representación verbal por el hombre de su propio pasado está por su misma naturaleza tan llena de azar, tan llena de la verosimilitud de elecciones netamente diferenciadas, que nunca cesa de emocionar. El discurso histórico es el 'thriller' más antiguo del mundo.

9. Barthes, *Images Music Text*, p. 102.

V

El análisis secuencial muestra que la narración es una concatenación de unidades funcionales no muy estrechamente alineadas. Éstas últimas son disociativas en su operación y enfatizan más el aspecto analítico del discurso que el sintético. Como tales no generan por sí mismas su significado. Del mismo modo que el sentido de una palabra (por ejemplo 'hombre') no está representado parcialmente en cada una de las letras (por ejemplo H, O, M, B, R, E) que componen su imagen gráfica, ni el de una frase (por ejemplo 'érase una vez') en el de las palabras que la constituyen tomadas independientemente, tampoco los segmentos individuales de un discurso pueden decirnos por si solos lo que significa. En cada ejemplo el significado es obra de un proceso de integración que complementa el de la articulación secuencial. Tal como afirma Benveniste, en cualquier lenguaje «es su disociación la que nos revela su constitución formal y la integración, sus unidades significativas».[10]

Esto es también verdad respecto del lenguaje de la historia. La operación integradora se realiza en su discurso por la otra clase de unidades narrativas básicas, esto es *indicios,* que son un necesario e indispensable correlato de las *funciones* y se distinguen de ellas en algunos aspectos importantes:

> Los indicios, debido a la naturaleza vertical de sus relaciones, son unidades verdaderamente semánticas: contrariamente a las 'funciones'... remiten a un significado, no a una 'operación'. La ratificación de los indicios es 'más arriba'... una ratificación paradigmática. La de las funciones, por el contrario, es siempre 'más adelante', es una ratificación sintagmática. *Funciones* e *indicios* recubren así otra distinción clásica: las funciones implican *relata* metonímicos, los indicios *relata* metafóricos; los primeros correspon-

10. Émile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale,* I, París, 1966, p. 126. «La dissociation nous livre la constitution formelle; l'intégration nous livre des unités signifiantes» [Hay trad. cast.: *Problemas de lingüística general,* Siglo XXI, México, 1997].

den a una funcionalidad del hacer, los segundos a una funcionalidad del ser.[11]

La intervención vertical de los indicios en un discurso es posible a causa de la ruptura de su linealidad por un proceso que corresponde a la distaxia en la conducta de muchos lenguajes naturales. Bally, que ha estudiado este fenómeno con detalle, descubre que una de las condiciones de su existencia en francés se produce «cuando las partes de un mismo signo son separadas», la expresión «elle a pardonné», pasada al negativo, se fragmenta y reconstruye como «elle *ne nous a jamais plus pardonné»*.[12]

De forma similar el predicativo simple en Bengalí "shé jàbé" puede ser reescrito por la inserción de una forma interrogativa o una sucesión de condicionales negativos entre las dos palabras para producir respectivamente "shé *ki* jãbé" y "shé *nã hoy nã* jãbé".

En una narración histórica es también un proceso de "distensión y expansión" de su sintagma lo que ayuda a elementos paradigmáticos a infiltrar y reconstituir los segmentos discontinuos en un conjunto lleno de sentido. Es precisamente así como la coordinación de los ejes metonímicos y metafóricos se efectúa en una exposición y se realiza la necesaria interacción de sus funciones e indicios. Sin embargo, estas unidades no se distribuyen en proporciones iguales en todos los textos: algunas son más frecuentes en una categoría que en otra. En consecuencia, un discurso podría ser predominantemente metonímico o metafórico dependiendo de si un número significativamente mayor de sus componentes son ratificados sintagmática o paradigmáticamente.[13] Nuestro *Texto 1* pertenece al primer tipo. Se puede observar la formidable y aparentemente impenetrable disposición de sus *relata* metonímicos en el paso III del análisis secuencial que se ha dado más arriba. Aquí por fin tenemos la autentificación perfecta de la estúpida visión de la historia como una condenada cosa tras otra: *levantamiento – información – decisión –*

11. Barthes, *Images-Music-Text,* p .93.

12. Charles Bally, *Linguistique Générale et Linguistique Française,* Berne, 1965, p. 144.

13. Barthes, *Elements of Semiology,* Londres, 1967, p. 60. [Hay trad. cast.: *Elementos de semiología,* Alberto Corazón, Madrid, 1970].

orden. No obstante, un examen más atento del texto puede descubrir resquicios que permiten "comentarios", que se abren camino a través de la armadura del "hecho". Las expresiones en letra cursiva son un testimonio de esta intervención paradigmática y nos dan su medida. Los indicios desempeñan la función de *adjetivos* o *epítetos* en contraposición a los verbos que, por hablar en términos de homología entre sentencia y narración, desempeñan la de funciones.[14] Actuando conjuntamente, convierten el despacho en algo más que un simple registro de sucesos y ayudan a inscribirle un significado, una interpretación para que los protagonistas emerjan de ella no como campesinos sino como «*Insurgentes*» no como Musalman sino como «*fanáticos*»; su actuación, no como resistencia a la tiranía de la élite rural sino como «*las atrocidades más atrevidas y libertinas sobre los habitantes*»; su proyecto, no como una revuelta contra los zamindari sino como «*desafiar la autoridad del Estado*», no como la búsqueda de un orden alternativo en que la paz del campo no fuese violada por la anarquía oficialmente tolerada del sistema de los terratenientes semifeudales sino como «*perturbar la tranquilidad pública*».

Si la intervención de los indicios «substituye el significado por una copia directa de los acontecimientos narrados»,[15] en un texto tan cargado de metonimia como el que hemos discutido, puede confiarse en que lo hará en grado todavía mayor en discursos que son predominantemente metafóricos. Esto debiera resultar evidente en el *Texto 2* donde el elemento de comentario, puesto en cursiva por nosotros, tiene más importancia que el de informe. Si éste está representado como una concatenación de tres secuencias funcionales, es decir, *reunión de santal armados*, *que se alerte a las autoridades*, *petición de ayuda militar*, se puede observar como el primero se ha separado del resto por la introducción de un amplio fragmento de material explicativo y como los otros dos también se envuelven y se rematan con comentarios. El último está inspirado por el temor que Sreecond, siendo «*el punto más cercano a la reunión... será el primero atacado*» y desde luego «*no es nada agradable esperar ser asesinado*». Fijaos, sin embargo, que este temor se justifica a si mismo *políticamente*, esto es, imputando a los santal

14. Barthes, *Images-Music-Text,* p. 128.
15. Barthes, *Images-Music-Text,* p. 119.

una «*intención de atacar... robar... y dar muerte a todos los europeos y Nativos influyentes*» a fin de que «*uno de sus Dioses*» con apariencia humana pueda «*reinar como Soberano en toda esta parte de la India*». Por consiguiente, este documento no es neutral en su actitud respecto a los acontecimientos de que da testimonio y que presenta como "evidencia" ante el tribunal de la historia, en el que no se puede esperar que testifique con imparcialidad. Bien al contrario, es la voz del colonialismo comprometido. Ha hecho ya su elección entre la perspectiva de un autogobierno de los santal en Damin-i-Koh y la continuación del Raj británico e identifica lo que es bueno para la promoción del primero como temible y catastrófico para el otro —como «*un asunto bastante serio*». En otras palabras los indicios en este discurso —así como del discutido más arriba— nos introducen en un código particular constituido de tal modo que para cada uno de sus signos tenemos un antónimo, un contra-mensaje, en otro código. Si tomamos en préstamo la representación binaria que hizo famosa Mao Tse-tung,[16] la lectura, «*¡Es terrible!*» para cualquier elemento de uno debe aparecer en el otro como «*¡Es magnífico!*» para un elemento correspondiente y viceversa. Para expresar esta oposición de códigos gráficamente se pueden ajustar los indicios escritos en cursiva de los *Textos 1* y *2* en una matriz llamada "TERRIBLE" (de acuerdo con el atributo adjetival de unidades de esta clase) de tal manera que indique su relación con los términos implicados, pero no manifiestos (escritos en redonda) de una matriz correspondiente a "MAGNÍFICO".

TERRIBLE	MAGNÍFICO
Insurgentes	campesinos
fanático	puritano islámico
las atrocidades más atrevidas y libertinas sobre los habitantes	resistencia a la opresión

16. *Selected Works of Mao Tse-tung*, vol. I, Pekín, 1967, pp. 26-27. [Hay trad. cast.: *Obras escogidas de Mao Tse-tung*, Fundamentos, Madrid, 1974].

desafío a la autoridad del Estado	revuelta contra los zamindari
perturbación de la tranquilidad pública	lucha por un orden mejor
intención de atacar, etc.	intención de castigar a los opresores
uno de sus Dioses reinará como Soberano	autogobierno de los santal

Lo que se desprende del juego de estas matrices mutuamente relacionadas pero opuestas es que nuestros textos no son registros de observaciones no contaminadas por tendencias, juicios y opiniones. Al contrario, hablan de una complicidad total. Ya que si las expresiones de la columna de la derecha agrupadas puede decirse que implican la insurgencia, el código que contiene todos los significantes de la práctica subalterna de "subvertir el mundo" y de la conciencia que lo informa, entonces la otra columna debe representar su opuesto, esto es, la contrainsurgencia. El antagonismo entre las dos es irreductible y no deja ninguna opción a la neutralidad. De ahí que estos documentos no tengan sentido salvo en términos de un código de pacificación que, bajo el Raj, era una combinación de intervención coercitiva del Estado y de sus protegidos, la élite nativa, con armas y con palabras. Representativos del tipo de discurso primario en la historiografía de las revueltas campesinas, son ejemplos de la prosa de la contrainsurgencia.

VI

¿Hasta qué punto el discurso secundario comparte tal compromiso? ¿Le es posible hablar en otra prosa que no sea la de la contrainsurgencia? Las narraciones pertenecientes a esta categoría en que sus autores figuran entre los protagonistas son sospechosas casi por definición, y la presencia de la primera persona gramatical debe reconocerse como un signo de complicidad. Sin embargo, la

cuestión es si la pérdida de objetividad en estos relatos está adecuadamente disfrazada por el uso del verbo en pasado perfecto. Ya que como observa Benveniste, la expresión histórica admite tres variantes de tiempos pasados, es decir, el perfecto, el imperfecto y el pluscuamperfecto, quedando el presente excluido por completo.[17] Ésta condición se satisface con reminiscencias separadas por un hiato de tiempo lo suficientemente grande de los acontecimientos afectados. Lo que debe averiguarse, por tanto, es hasta qué punto la fuerza del pretérito corrige la tendenciosidad causada por la ausencia de la tercera persona.

Las memorias de Mark Thornhill sobre el Motín nos proporcionan un texto en que el autor evoca una serie de acontecimientos que había experimentado hacía veintisiete años. «Los acontecimientos de aquel tiempo» se habían «convertido en historia», y él pretende, como dice en el extracto citado más arriba, contribuir «a esa historia», y producir así lo que hemos definido como un tipo particular de discurso secundario. La diferencia que ha originado en él este intervalo tal vez se pueda apreciar mejor si se compara con algunos ejemplos de discurso primario que tenemos sobre el mismo tema y del mismo autor. Dos de éstos[18] pueden leerse conjuntamente como un testimonio de su percepción de los hechos acaecidos en la base sadar de Mathura y en la comarca circundante entre el 14 de mayo y el 3 de junio de 1857. Escritas por él, tocado con el sombrero de magistrado del distrito, y destinadas a sus superiores —una el 5 de junio de 1857, es decir, a cuarenta y ocho horas de la fecha final del período de qué hablamos, y la otra el 10 de agosto de 1858, cuando los acontecimientos eran todavía un recuerdo vivido como un pasado reciente— estas cartas coinciden temáticamente con el relato que cubre las mismas tres semanas en las primeras noventa páginas de su libro, escrito casi tres décadas después, tocado con el sombrero de historiador.

Ambas cartas son de carácter predominantemente metonímico. Concebidas como fueron, casi desde el interior de la experiencia misma que cuentan, son necesariamente como esbozos y hablan al lector en rápidas secuencias de algunos de los acontecimientos de

17. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, p. 239.
18. *Freedom Struggle in Uttar Pradesh*, vol. V, pp. 685-692.

aquel extraordinario verano. Por tanto el sintagma asume una apariencia factual, sin apenas dar lugar al comentario. Pero aquí también puede advertirse que la fusión de las unidades funcionales, si se mira de cerca, es menos sólida de lo que parece a primera vista. Incrustados en ellas hay indicios que revelan la angustia del custodio local de la ley y el orden («el estado del distrito es tal que *desafía cualquier intento de control*»; «la *ley* está en *punto muerto*»), sus temores («rumores *muy alarmantes* sobre la aproximación del ejército rebelde»), su desaprobación moral de las actividades de los campesinos armados («los disturbios en el distrito... aumentan... en... *enormidad*»), su aprecio por contraste de los colaboradores nativos hostiles a los insurgentes («... la casa de Seths... *nos recibió amablemente*»). Indicios como éstos, son marcas ideológicas que aparecen prominentemente en este tipo de material relativo a las revueltas campesinas. Si se examinan en conjunto con otras características textuales relevantes —por ejemplo, el modo abrupto de expresión de estos documentos, tan revelador de la conmoción y el terror causado por la revuelta— acusan a la supuesta evidencia "objetiva" sobre la militancia de las masas rurales de estar tarada en su origen por el prejuicio y la visión partidista de sus enemigos. Si los historiadores no prestan atención a esos signos reveladores marcados sobre la materia prima de su oficio, ello deberá explicarse en términos de la óptica de la historiografía colonial en lugar de interpretarlo a favor de la supuesta objetividad de sus "fuentes primarias".

No hay nada inmediato o abrupto en el correspondiente discurso secundario. Por el contrario, contiene en su interior distintas perspectivas para darle una profundidad en el tiempo y, como resultado de esta determinación temporal, un sentido. Comparemos la narración de los acontecimientos en las dos versiones de cualquier día concreto —tomemos, por ejemplo, el 14 de mayo de 1857, al comienzo de nuestro período de tres semanas. Narrado en un párrafo muy breve de cincuenta y siete palabras en la carta de Thornhill del 10 de agosto de 1858, puede representarse plenamente en cuatro segmentos concisos sin que se produzca una pérdida significativa del mensaje: *amotinados aproximándose; información recibida de Gurgaon; confirmada por los europeos del norte del distrito; mujeres y no combatientes enviados a Agra.* Como la

narración comienza, a efectos prácticos, con esta entrada, no hay exordios que le sirvan de contexto, lo cual da a este arranque instantáneo un sentido, como hemos observado, de sorpresa total. En el libro, sin embargo, este mismo instante está acompañado por unos antecedentes que se extienden a lo largo de cuatro meses y medio y de tres páginas (pp. 1-3). Todo este tiempo y este espacio están dedicados a algunos detalles cuidadosamente elegidos de la vida y experiencia del autor durante el período que precedió al Motín. Estos resultan ser realmente *significativos*. Como indicios preparan al lector para lo que vendrá y le ayudan a *entender* los sucesos del 14 de mayo y posteriores, cuando éstos se introducen en la narración en etapas escalonadas. Así la misteriosa circulación de chapatis en enero y la callada pero expresiva preocupación del hermano del narrador, un funcionario superior, acerca de un telegrama recibido en Agra el 12 de mayo que comunicaba las noticias aún no confirmadas de la insurrección de Meerut, presagian los acontecimientos de dos días más tarde en las bases de su propio distrito. Por otra parte las trivialidades sobre sus "grandes ingresos y autoridad", su casa, caballos, criados, "una cómoda llena de vajilla de plata en el salón... una gran provisión de chales de cachemir, perlas, y diamantes", todo ayuda a indiciar, por contraste, el holocausto que iba pronto a reducir su autoridad a la nada, y a convertir a sus criados en rebeldes, su casa en un desorden, su propiedad en un botín para los saqueadores pobres de la ciudad y del campo. Al prever los acontecimientos narrados, aunque sea por implicación, el discurso secundario destruye la entropía del primero, su materia prima. De ahora en adelante no existirá nada en la historia que pueda decirse que resulte totalmente imprevisto.

Este efecto es obra de los llamados "shifters o conectores"[19] que ayudan al autor a superponer una temporalidad propia a la de su tema, es decir, «a "destemporalizar" el hilo narrativo histórico y re-

19. Para la exposición de Roman Jakobson sobre este concepto clave, ver sus *Selected Writings, 2: Word and Language,* La Haya y París, 1971, pp. 130-147 [Hay trad. cast.: *Obras selectas,* Gredos, Madrid, 1988, 2 vol.]. Barthes desarrolla la noción de cambios (shifters) de organización en su ensayo «Historical Discourse», pp. 146-148. Todos los extractos citados en este párrafo han sido tomados de este ensayo, si no se dice lo contrario.

cuperar, aunque sea a modo de reminiscencia o de nostalgia, un Tiempo a la vez, complejo, paramétrico, y no lineal… entrelazando la cronología de la materia con la del acto de lenguaje que la relata». En el caso presente el cruce no sólo consiste en adaptar un contexto evocativo a la simple secuencia narrada en el breve párrafo de su carta. Los "shifters" rompen el sintagma por dos veces para insertar en la ruptura, en ambas ocasiones, un momento de tiempo del autor suspendido entre dos polos de "espera", una figura constituida idealmente para permitir un juego de digresiones, apartes y paréntesis que forman nudos y zigzags en una línea histórica y le añaden con ello profundidad. Así, mientras aguarda las noticias acerca de los movimientos de los amotinados, reflexiona sobre la paz al comienzo del atardecer en la base de sadar y se aparta de su narración para contarnos, violando el canon historiográfico de tiempo y persona: «La escena era simple y llena de la calma de la vida de Oriente. Volvió a menudo a mi mente en los tiempos que siguieron». Y, otra vez, mientras espera más tarde el transporte que ha de llevarse a los evacuados reunidos en su salón, se evade de aquella noche particular con unas pocas palabras para comentar: «Era una hermosa habitación, muy luminosa, alegrada con flores. Fue la última vez que la vi así, y así permanece impresa en mi memoria».

¿Cómo ayuda la operación de estos "shifters" a corregir los sesgos resultantes de la intervención del escritor en primera persona? No mucho según lo que hemos visto. Porque cada uno de los indicios introducidos en la narrativa representa una elección de principio entre los términos de una oposición paradigmática. Entre la autoridad del jefe del distrito y el desafío de las masas armadas, entre el servilismo habitual de sus criados y su afirmación de autoestima como rebeldes, entre los signos de su riqueza y poder (como oro, caballos, chales, quintas) y su apropiación o destrucción por las turbas subalternas, el autor, apenas distinguible del administrador que era veintisiete años atrás, elige siempre lo primero. La nostalgia hace su elección todavía más elocuente —un recuerdo de lo que se considera que era "magnífico", como una tarde apacible o una habitación elegante, enfatizando por contraste los aspectos 'terribles' de la violencia popular dirigida contra el Raj. Hay una lógica muy clara en esta preferencia. Se afirma a sí misma al negar una serie de inversiones que, combi-

nadas con otros signos del mismo orden, constituyen un código de insurgencia. La pauta de la elección del historiador, idéntica a la del magistrado, conforma de este modo un contra-código, el código de la contrainsurgencia.

VII

Si el efecto neutralizador del pasado no prevalece sobre la subjetividad del protagonista como narrador en este género particular de discurso secundario, ¿de qué manera se manifiesta el equilibrio entre tiempo y persona en el otro tipo de escrito dentro de la misma categoría? Se puede ver aquí la acción de dos lenguajes distintos, ambos identificados con el punto de vista del colonialismo pero distintos en la manera de expresarlo. La variedad más elemental está bien representada en *La rebelión de los Chuar de 1799 (The Chuar Rebellion of 1799)* de J. C. Price. Escrito mucho después de que el acontecimiento tuviese lugar, en 1874, el autor, en aquel tiempo funcionario de Asentamiento de Midnapur, pretendía proporcionar una narración histórica sencilla sin ningún objetivo administrativo. La dirigía al «lector ocasional», así como «a cualquier futuro recaudador de Midnapore», esperando compartir con ambos «el profundo interés que he sentido leyendo los antiguos documentos de Midnapore».[20] Pero el «placer» del autor, «experimentado al sumergirse en estos papeles» parece haber producido un texto casi imposible de distinguir del discurso primario que ha utilizado como fuente. Éste último se hace notar, para empezar, por su considerable presencia física. Cerca de una quinta parte de esta mitad del libro que trata específicamente de los acontecimientos de 1799 está compuesta de citas directas de los documentos y otra gran parte, de resúmenes apenas modificados. Más importante para nosotros, sin embargo, es la evidencia que tenemos de cómo el autor identifica sus propios sentimientos con los de aquel pequeño grupo de blancos que estaban recogiendo la tormenta que era fruto de los vientos del cambio violentamente disruptivo que el Gobierno de la Compañía había sembrado en el su-

20. Price, *The Chuar Rebellion of 1799*, p. CLX.

roeste de Bengala. Tan sólo el miedo de los oficiales sitiados en la base de Midnapur en 1799 se transforma setenta y cinco años después en este odio genocida característico de los escritos británicos posteriores al motín. «La falta de interés de las autoridades, civiles o militares, para proceder en persona a ayudar a sofocar los disturbios resulta sorprendente», escribe avergonzando a sus compatriotas y sigue entonces jactándose:

> En nuestros días de armas de retrocarga media docena de europeos habrían sido bastante para veinte veces este número de Chuars. Por supuesto que con la naturaleza imperfecta de las armas de aquellos días no podía esperarse que los europeos se lanzasen en vano al peligro, pero debía haberse esperado que los funcionarios europeos de la base hubiesen, por lo menos en algunas ocasiones, buscado y atacado personalmente y rechazado a sus asaltantes. Me sorprende que ningún funcionario europeo, civil o militar, a excepción tal vez del teniente Gill, tuviese esa sensación de alegre entusiasmo que la mayoría de jóvenes sienten hoy en los deportes de campo, o en cualquier actividad donde haya un elemento de peligro. Pienso que muchos de nosotros, si hubiésemos vivido en 1799, habríamos considerado mejor deporte atrapar a un merodeador chuar oliendo a sangre y despojos que al mayor oso que las junglas de Midnapore puedan criar.[21]

Está claro que la separación del autor de su tema y la diferencia entre el tiempo del acontecimiento y el de su narración han servido de poco para inspirarle objetividad. Su pasión es aparentemente del mismo orden que la del soldado británico que escribía en vísperas del saqueo de Delhi en 1857: «Yo sinceramente confío en que la orden que se nos dé cuando ataquemos Delhi será... "Matadlos a todos; no hay que dar cuartel"».[22] La actitud del historiador hacia los rebeldes es en este caso indistinguible de la del Estado —la actitud del cazador en relación con su presa. Mirado así un insurgente no es un objeto de comprensión o interpretación

sino de exterminio, y el discurso de la historia, lejos de ser neutral, sirve directamente para instigar la violencia oficial.

Sin embargo, se sabe que había otros escritores que trabajaban en el mismo género y se expresaron en un lenguaje menos sanguinario. Uno de los mejores representantes de este tipo es W.W. Hunter en su relato de la insurrección de los santal de 1855, *The Annals of Rural Bengal*. Éste es, en muchos aspectos, un texto notable. Escrito una década después del Motín y doce años después de la *hool*,[23] no tiene el tono revanchista y racista común en buena parte de la literatura anglo-india del período. El autor trata a los enemigos del Raj no sólo con consideración sino con respeto, aunque le hubiesen echado de tres distritos del este en cuestión de semanas y hubiesen resistido durante cinco meses al poder combinado del ejército colonial y de sus nuevos auxiliares —los ferrocarriles y el "telégrafo eléctrico". Como uno de los primeros ejercicios modernos en la historiografía de las revueltas campesinas indias, sitúa la insurrección en un contexto cultural y socioeconómico, analiza sus causas, y toma de la documentación local y de los relatos contemporáneos las evidencias de su progreso y su eventual supresión. Aquí tenemos, según todas las apariencias, un ejemplo clásico de cómo el sesgo y las opiniones del propio autor se esfumarían bajo la acción del tiempo pasado y de la tercera persona. Aquí, quizás, el discurso histórico se ha encontrado a sí mismo y ha alcanzado ese ideal de un «modo de narrativa... impersonal... diseñado para eliminar la presencia del interlocutor».[24]

Esta apariencia de objetividad, de falta de un sesgo demostrable, no tiene sin embargo nada que ver con «los hechos hablando por sí mismos» en un estado de pura metonimia sin mancha de comentario. Al contrario, el texto está lleno de comentarios. Basta compararlo con algo como el artículo casi contemporáneo sobre este tema en la *Calcutta Review* (1856), o incluso con la historia de la *hool* de K.K. Datta, escrita mucho después de su supresión, para

23. Se deduce de una nota de esta obra que fragmentos de ella fueron escritos en 1866. La dedicatoria está fechada el 4 de marzo de 1868. Todas nuestras referencias corresponden al capítulo IV de la séptima edición (Londres, 1897) a menos que se indique de otra forma.

24. Barthes, *Image Music-Text*, p. 112.

percatarse de cuán poco hay en ella de los detalles de lo que realmente sucedió.[25] En efecto la narración de los acontecimientos ocupa en el libro sólo el 7 por 100 del capítulo que nos conduce hacia ellos y algo menos del 50 por 100 del texto dedicado específicamente al tema dentro de este capítulo. El sintagma se quiebra una y otra vez por distaxia y la interpretación se filtra para combinar los segmentos en un conjunto significativo de carácter principalmente metafórico. La consecuencia de esta operación, que es especialmente relevante para nuestro propósito, es la manera en que distribuye los *relata* paradigmáticos a lo largo de un eje de continuidad histórica, entre un "antes" y un "después", ampliándolo con un contexto y prolongándolo en una perspectiva. La representación de la insurgencia termina así alcanzando su momento intercalado entre su pasado y su futuro, de modo que los valores particulares de uno y otro son introducidos en el acontecimiento para darle un significado específico.

VIII

Para empezar por el contexto, dos tercios del capítulo que culmina con la historia de la insurrección están dedicados a un relato inaugural de lo que se puede denominar la historia natural de sus protagonistas. Se trata de un ensayo etnográfico que habla de las características físicas, lenguaje, tradiciones, mitos, religión, rituales, hábitat, medio ambiente, prácticas de caza y agricultura, organización social y gobierno comunal de los santal de la región de Birbhum. Hay aquí muchos detalles que marcan el inicio del conflicto como un choque de contrarios entre los nobles salvajes de las colinas y los malvados explotadores de las llanuras; referencias a su dignidad personal («no se humillan como los hindúes rurales»; las mujeres santal «desconocen los tímidos remilgos de las hembras hindúes», etc.) que implican el contraste entre su supuesta reducción a servidumbre por los prestamistas hindúes y su honestidad

25. Anon, «The Sonthal Rebellion», *Calcutta Review*, 1856, pp. 223-264; K.K. Datta, «The Santal Insurrection of 1855-57», en *Anti-British Plots and Movements before 1857*, Meerut, 1970, pp. 43-152.

(«A diferencia del hindú, nunca piensa en ganar dinero a costa de un forastero, evita escrupulosamente toda cuestión de negocios, y se aflige si se le insiste en que acepte un pago por la leche y la fruta que su esposa ofrece»), la codicia y el fraude de los comerciantes y terratenientes extranjeros conduce eventualmente a la insurrección, su alejamiento («Los santal viven tan alejados como les es posible de los hindúes»), la intrusión de los *diku* en su vida y en su territorio y el holocausto que inevitablemente se siguió de ello.

Estos indicios dan al levantamiento no sólo una dimensión moral y unos valores de guerra justa, sino también una profundidad temporal. Ésta se obtiene mediante una operación de marcadores diacrónicos en el texto —un pasado imaginario, por la creación de mitos (apropiado para una empresa que se inicia por consejo de Thakur) y un pasado real pero remoto (que cuadra con una revuelta empapada de tradición), bajo la capa de la prehistoria en los rituales y en el habla, con la ceremonia de «Purificación para el muerto» de los santal mencionada como vestigio de «una memoria vaga del tiempo lejano en que habitaban junto a grandes ríos» y su lenguaje como «ese documento intangible donde el pasado de la nación está esculpido más profundamente que sobre tablas de cobre o en inscripciones en la roca».

A medida que se aproxima al acontecimiento el autor le añade un pasado reciente que cubre aproximadamente un período de sesenta años de «administración directa» en el área. Los aspectos morales y temporales del relato se funden aquí en la figura de una contradicción irreconciliable. Por una parte existían, según Hunter, una serie de medidas benéficas introducidas por el gobierno: el Asentamiento Decenal que ayuda a extender el área cultivada e induce a los santal, desde 1792, a alquilarse como trabajadores agrícolas; la creación, en 1832, de un cercado de pilares de mampostería donde podían colonizar tierra y selva vírgenes sin el temor de ser acosados por las tribus hostiles; el desarrollo de la «empresa inglesa» en Bengala en la forma de factorías de índigo a las cuales «los inmigrantes santal proporcionaron una población de jornaleros»; y el último, pero no menos importante, de los beneficios, su entrada a miles en las cuadrillas para la construcción del ferrocarril de la región en 1854. Pero había también, por otra parte, dos series de factores que se combinaban para anular todo el bien re-

sultante del gobierno colonial, esto es, la explotación y la opresión de los santal por los codiciosos y defraudadores terratenientes, prestamistas y comerciantes hindúes, y el fracaso de la administración local, su policía y sus tribunales para protegerles o remediar los agravios que sufrían.

IX

Este énfasis en la contradicción sirve obviamente para un propósito interpretativo del autor. Le permite situar la causa del levantamiento en el fracaso del Raj en conseguir que sus aspectos de mejora prevalecieran sobre los defectos y las limitaciones que persistían en su ejercicio de la autoridad. La narración del acontecimiento se ajusta directamente al objetivo manifestado al principio del capítulo, esto es, el de hacer que interese no sólo a los estudiosos «de estas estirpes atrasadas» sino también a los políticos. «El estadista indio descubrirá», había escrito refiriéndose eufemísticamente a los responsables de la política británica en la India, «que estos Hijos del Bosque pueden... ser sensibles a las mismas influencias de reforma que el resto de los hombres, y que la futura extensión de la empresa inglesa en Bengala depende en gran medida de su capacidad para la civilización». Es esta preocupación por la «reforma» (es decir, acelerar la transformación de los campesinos tribales en trabajadores a sueldo y aprovecharse de ellos para proyectos colonialistas de explotación de los recursos indios) lo que explica la mezcla de firmeza y «comprensión» en la actitud de Hunter con respecto a la rebelión. Siendo un imperialista-liberal, la veía a la vez como una amenaza a la estabilidad del Raj y como una crítica útil de una administración que estaba lejos de ser perfecta. Así, mientras censuraba al gobierno de aquella época por no haber declarado la ley marcial más pronto con el fin de reducir la *hool* desde el principio, se mostraba cauto para diferenciarse de aquellos de sus compatriotas que querían castigar a la comunidad entera de los santal por el crimen de los rebeldes y deportar a ultramar a toda la población de los distritos implicados. Imperialista previsor, aguardaba el día en que la tribu, como muchos otros pueblos aborígenes del subcontinente, demostrase su «capacidad para

la civilización» actuando como una fuente inagotable de mano de obra barata.

Esta visión se inscribe en la perspectiva con que la narración concluye. Culpando directamente del estallido de la *hool* a aquella «administración práctica y barata» que ignoró las quejas de los santal y se preocupó tan sólo de la recaudación de impuestos, sigue catalogando los un tanto ilusorios beneficios del «sistema más justo que se introdujo después de la revuelta» para mantener el poder de los usureros sobre los deudores dentro de los límites de la ley, desterrar el uso de pesos y medidas falsos en la venta al por menor, y asegurar el derecho de los trabajadores forzados a escoger la libertad por deserción o por cambio de patrones. Pero más que la reforma administrativa fue nuevamente la «empresa inglesa» la que contribuyó radicalmente al bienestar de la tribu. El ferrocarril «transformó completamente la relación del trabajo con el capital» y eliminó aquella «razón natural para la esclavitud»: a saber, «la falta de un fondo de salarios para los trabajadores libres». La demanda de trabajo de las plantaciones en los distritos de té de Assam «estaba destinada a mejorar todavía más la posición de los santal», al igual que el estímulo para contratar culís para Mauricio y para las islas de Caribe. Fue así como el campesino tribal prosperó gracias al desarrollo de un vasto mercado de trabajo en el Imperio británico, tanto en el subcontinente como en ultramar. En los huertos de té de Assam «su familia entera puede conseguir empleo, y cada niño que nace, en vez de incrementar la pobreza de la familia, se convierte en una fuente de riqueza», mientras los culís volvían de África o de las Indias Occidentales «cuando expiraba su contrato con ahorros de unas 20 libras esterlinas, una suma suficiente para que un santal se convierta en un importante propietario en su propio pueblo».

Muchas de estas llamadas mejoras eran, como sabemos ahora, volviendo la vista un siglo atrás, el resultado de simples ilusiones o tan efímeras como para no importar en absoluto. La conexión entre la usura y el trabajo forzado continuó durante todo el dominio británico, e incluso en la India independiente. La libertad del mercado de trabajo estaba seriamente restringida por la falta de competencia entre el capital británico y el indígena. El empleo de familias tribales en las plantaciones de té llegó a ser una fuente de cínica ex-

plotación del trabajo de las mujeres y los niños. Las ventajas de la movilidad y la contratación quedaban anuladas por las irregularidades en el proceso de reclutamiento y por la manipulación de los factores contrarios de dependencia económica y diferenciación social por *arkatis*. El sistema de contrato a largo plazo, como el de los culís, sirvió menos para liberar trabajo servil que para desarrollar una especie de segunda servidumbre, y así lo demás.

No obstante esta visión que nunca llegó a materializarse ofrece una vía de penetración en el carácter de este tipo de discurso. La perspectiva que lo inspiró implicaba de hecho un acto de fe en el colonialismo. La *hool* fue asimilada aquí a la carrera del Raj y la actuación militante de los campesinos tribales para liberarse del triple yugo de los *sarkari, sahukari* y *zamindari* a la «empresa inglesa» —la infraestructura del Imperio. De aquí que el objetivo manifestado al principio de la narración podía reiterarse hacia el final con el autor diciendo que había escrito al menos, «en parte por la instrucción que su [de los santal] historia reciente proporciona acerca del método mejor para tratar con las razas aborígenes». La supresión de las revueltas campesinas locales era una parte de este método, pero era incorporada ahora a una estrategia más amplia diseñada para abordar los problemas económicos del Gobierno Británico en la India como un elemento de los problemas globales de la política imperial. «Éstos son los problemas», dice Hunter al concluir el capítulo, «que los estadistas indios tendrán que resolver durante los cincuenta próximos años. Sus predecesores han dado la civilización a la India; será ahora su deber hacer que esa civilización resulte beneficiosa para los nativos y segura para nosotros». En otras palabras esta historiografía se asignaba un papel en el proceso político que debía garantizar la seguridad del Raj mediante una combinación de fuerza para reprimir la rebelión donde surgiese y de reforma para prevenirla, sacando al campesinado tribal de sus bases rurales y distribuyéndolo como mano de obra barata para que el capital británico la explotase en la India y fuera de ella. La prosa agresiva y vigorosa de la contrainsurgencia, nacida de las preocupaciones de los primeros tiempos coloniales, vino a adoptar en este género de literatura histórica el idioma firme pero benigno, autoritario pero comprensivo, de un imperialismo maduro y seguro de sí mismo.

X

¿Cómo es que incluso el discurso secundario de tono más liberal es incapaz de liberarse del código de la contrainsurgencia? Con todas las ventajas que tiene escribir en tercera persona y dirigirse a un pasado distante, el funcionario convertido en historiador está todavía lejos de ser imparcial allí donde están implicados los intereses oficiales. Su simpatía por el sufrimiento de los campesinos y su comprensión de lo que les incitaba a rebelarse, no le impide, cuando llega la crisis, defender la causa de la ley y el orden y justificar el traspaso de la campaña contra la *hool* de manos civiles a militares para poder sofocarla completa y rápidamente. Como se ha visto más arriba, su simpatía por la rebelión estaba contrarrestada por su compromiso con los objetivos e intereses del régimen. El discurso de la historia, apenas distinguible del político, acaba por absorber los compromisos y objetivos de éste.

En esta afinidad con la política, la historiografía revela su carácter como una forma de *conocimiento colonialista.* Es decir, deriva directamente de ese conocimiento que la burguesía había utilizado durante el período de su ascenso para interpretar el mundo con el fin de dominarlo y establecer su hegemonía sobre las sociedades occidentales, pero que convirtió en un instrumento de opresión nacional cuando empezó a ganarse "un lugar al sol". Fue así como esa ciencia política, que había definido el ideal de ciudadanía para las naciones-estado europeas, fue usada en la India colonial para establecer instituciones y articular leyes pensadas específicamente para crear una ciudadanía mitigada y de segunda clase. La economía política que se había desarrollado en Europa como una crítica del feudalismo se usó para promover un sistema de tenencia de la tierra neo-feudal en la India. La historiografía también se adaptó a las relaciones de poder bajo el Raj y fue utilizada cada vez más para el servicio del estado.

Fue gracias a esta conexión, y a mucho talento para sostenerla, que la literatura histórica sobre temas del período colonial tomó forma como un discurso muy codificado. Actuando dentro del marco de una afirmación diversificada del dominio británico en el

subcontinente, asumió la función de representar el pasado más reciente de su pueblo como la "Obra de Inglaterra en la India". Era un discurso de poder que mostraba cada uno de sus momentos como un triunfo, esto es, como el resultado más favorable para el régimen de una serie de posibilidades en conflicto. En su forma madura, por tanto, como en los *Annals* de Hunter, la continuidad figura como uno de sus aspectos necesarios y cardinales. A diferencia del discurso primario no puede ser un esbozo sin consecuencia. El acontecimiento no constituye su único contenido, sino que es el término medio entre un principio que sirve como contexto y un final que es al mismo tiempo una perspectiva enlazada a la siguiente secuencia. El único elemento que es constante en estas series ininterrumpidas es el Imperio y la política que se precisa para salvaguardarlo y perpetuarlo.

Funcionando como lo hace dentro de este código, Hunter, pese a la buena voluntad solemnemente anunciada en su dedicatoria («Estas páginas... tienen poco que decir con respecto de la raza gobernante. Me ocupo del pueblo») relata la historia de una lucha popular como un conflicto donde el sujeto real no es la gente sino, por el contrario, «la raza gobernante» institucionalizada como el Raj. Como cualquier otra narración de este género su relato de la *hool* se hace para celebrar una continuidad —la del poder británico en la India. La exposición de causas y reformas no es nada más que un requisito estructural para este *continuum* al que proporciona, respectivamente, contexto y perspectiva. Éstos sirven admirablemente para registrar el acontecimiento como un dato en la historia de la vida del Imperio, pero no hacen nada para iluminar esta conciencia llamada insurgencia. El rebelde no tiene lugar en esta historia como sujeto de la rebelión.

XI

No hay nada en el discurso terciario que disimule esta ausencia. Más distante en el tiempo de los acontecimientos que toma como asunto, los contempla siempre en tercera persona. Se trata de la obra de escritores que no son funcionarios en la mayoría de los ca-
[illegible] que no tienen obligación o compro-

miso profesional alguno de representar el punto de vista del gobierno. Si ocurre que expresen un punto de vista oficial es sólo porque el autor lo ha decidido por voluntad propia más que por haber sido condicionado para hacerlo por una lealtad o un compromiso basados en una relación administrativa. Hay en efecto algunas obras históricas que muestran tal preferencia y que son incapaces de hablar con otra voz que no sea la de los custodios de la ley y el orden —un tipo de discurso terciario que adopta ese estado de identificación elemental con el régimen tan característico del discurso primario.

Pero hay también otros y muy distintos idiomas dentro de este género, que oscilan entre una perspectiva liberal y una de izquierdas. Ésta última resulta particularmente importante ya que tal vez sea la variedad más influyente y prolífica del discurso terciario. Le debemos algunos de los mejores estudios sobre la insurgencia campesina india y siguen surgiendo cada vez más nuevos estudios de este tipo que evidencian un creciente interés académico por el tema y la relevancia que los movimientos subalternos del pasado tienen para las tensiones contemporáneas de esta parte del mundo. Esta literatura se distingue por su esfuerzo para apartarse del código de la contrainsurgencia. Adopta el punto de vista del insurgente y lo juzga, con él, como "magnífico" lo que los otros estiman "terrible", y viceversa. No deja al lector ninguna duda de que desea que venzan los rebeldes y no sus enemigos. Aquí, a diferencia del discurso secundario del tipo imperialista-liberal, el reconocimiento de los agravios cometidos contra los campesinos conduce directamente a apoyar su lucha para buscar reparación mediante las armas.

No obstante, estos dos tipos de discurso, tan diferentes y contrapuestos en orientación ideológica, tienen otras muchas cosas que les son comunes. Tomemos por ejemplo esa extraordinaria contribución de la erudición radical, *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Samgram*[26] de Suprakash Ray y comparemos su relato del levantamiento santal de 1855 con el de Hunter. Los textos se asemejan como narrativa. La obra de Ray, siendo más reciente, tiene la ventaja de basarse en investigaciones más actuales, como las

26. Vol. I, Calcuta, 1966, capítulo 13.

de Datta, y por lo tanto ofrece mayor información. Pero mucho de lo que tiene que decir sobre el comienzo y desarrollo de la *hool* está tomado —de hecho, está citado directamente— de los *Annals* de Hunter.[27] Y los dos autores confían en los artículos de la *Calcutta Review* (1856) como parte esencial de su evidencia. Hay por lo tanto poco en la descripción de este acontecimiento que difiera significativamente entre los discursos de tipo secundario y terciario.

Ni hay tampoco mucho que diferencie a los dos en cuanto a su admiración por el valor de los rebeldes y su aborrecimiento por las actuaciones genocidas organizadas por las fuerzas de la contrainsurgencia. De hecho, en estos dos puntos Ray reproduce *in extenso* el testimonio de Hunter, recogido de primera mano de los funcionarios directamente implicados en la campaña, que los santal «no se proponían ceder», mientras para el ejército, «no fue una guerra... fue una ejecución».[28] La simpatía expresada por los enemigos del Raj en el discurso terciario radical encaja plenamente con la del discurso secundario colonialista. En efecto, para ambos, la *hool* fue una lucha eminentemente justa, una evaluación que procede de su mutuo acuerdo acerca de los factores que la habían provocado. Terratenientes malvados, usureros extorsionistas, comerciantes deshonestos, policía venal, funcionarios irresponsables y procesos legales injustos, todos figuran con la misma prominencia en los dos relatos. Los dos historiadores se basan en la evidencia sobre este asunto aportada en el ensayo de la *Calcutta Review*, y para mucha de su información sobre el endeudamiento y el trabajo forzado de los Santal, sobre la opresión de los prestamistas y de los terratenientes y sobre la complicidad administrativa con estos abusos Ray confía mucho en Hunter, como lo demuestran los fragmentos citados abundantemente de la obra de éste.[29]

Sin embargo, los dos escritores usan la causalidad para desarrollar perspectivas enteramente diferentes. La exposición de las causas tiene el mismo papel que representar en la narración de Hunter

27. Sobre esto ver. Ray, *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Samgram,* pp. 323, 325, 327, 328.

28. Ray, *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Samgram,* p. 337; Hunter, *Annals*, pp. 247-249.

29. Ray, *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Samgram,* pp. 316-319.

que en cualquier otro relato del tipo secundario: esto es, la de un aspecto esencial del discurso de la contrainsurgencia. A este respecto sus *Annals* pertenecen a una tradición de historiografía colonialista que, para este acontecimiento particular, está típicamente ejemplificada por ese ensayo racista y vengativo, "The Sonthal Rebellion". En él, un funcionario experto pero inflexible, atribuye el levantamiento, como lo hace Hunter, al fraude de los banias, a los negocios de los mahajani, al despotismo zamindari y a la ineficiencia sarkari. En una línea semejante *Personal Adventures,* de Thornhill, atribuye la insurrección rural del período del Motín en Uttar Pradesh a la ruptura de las relaciones tradicionales agrarias como consecuencia del advenimiento del dominio británico. O'Malley identifica las raíces de la *bidroha* Pabna de 1873 con las rentas desorbitadas que exigían los terratenientes, y la Comisión de las revueltas del Deccan, la de los disturbios de 1875 con la explotación de los campesinos kunbi por prestamistas extranjeros en los distritos de Poona y Ahmednagar.[30] Se podrían añadir muchos otros acontecimientos y textos a esta lista. El espíritu de todos ellos está bien representado en el siguiente extracto de las *Resoluciones del Departamento Judicial* de 22 de noviembre de 1831 sobre la insurrección dirigida por Titu Mir:

> La grave naturaleza de los últimos disturbios en el distrito de Baraset convierte en un asunto de capital importancia que la *causa* que los provocó deba ser plenamente *investigada* para que los motivos que incitaron a los insurgentes puedan ser correctamente *entendidos* y se puedan adoptar las medidas que se juzguen convenientes para *prevenir una repetición de similares desórdenes.*[31]

Esto lo resume todo. Conocer la causa de un fenómeno es ya un paso dado para controlarlo. El hecho de *investigar* y con ello *en-*

30. Anon, «The Sonthal Rebellion», pp. 238-241; Thornhill, *Personal Adventures,* pp. 33-35; L.S.S. O'Malley, *Bengal District Gazetteers: Pabna,* Calcuta, 1923, p. 25; *Informe de la Comisión Nombrada en la India para investigar las Causas de los disturbios que tuvieron lugar en 1875 en los Distritos Poona y Ahmednagar de la Presidencia de Bombay,* Londres, 1878, *passim.*

31. *BC* 54222: *JC*, 22 de noviembre de 1831 (no. 91). *La cursiva es mía.*

tender la causa de los disturbios rurales es una ayuda «conveniente para *prevenir una repetición de similares desórdenes*». Con esta finalidad el corresponsal de la *Calcutta Review* (1856) recomendaba «la debida retribución», es decir, «que ellos [los santal] debieran ser rodeados y cazados en todas partes... que debieran ser obligados, si fuese necesario por la fuerza, a regresar a Damin-i-koh, y a los campos devastados de Bhaugulpore y Beerbhoom, para que reconstruyeran los pueblos en ruinas, recuperasen para el cultivo los campos desolados, abriesen caminos, y trabajasen en las obras públicas; y que hicieran eso bajo vigilancia y guardia... y que esta situación debiera continuarse hasta que se calmen completamente, y se conformen con sus deberes de sumisión».[32] La alternativa más tolerante propuesta por Hunter era, como ya hemos visto, una combinación de Ley marcial para sofocar una revuelta inacabable y medidas impulsadas por la "Empresa Inglesa" con el fin de (como su compatriota había sugerido) absorber el campesinado rebelde como mano de obra barata en la agricultura y en las obras públicas para el beneficio, respectivamente, de los mismos *dikus* e ingenieros de ferrocarril y caminos, contra los cuales habían tomado las armas. Con todas sus variaciones de tono, sin embargo, ambas prescripciones para «hacer... la rebelión imposible por la elevación de los sonthals»[33] —como todas las soluciones colonialistas a las que se llegó por la explicación causal de nuestros levantamientos campesinos— fueron aprovechadas por una historiografía comprometida en la causa de asimilarlos al Destino trascendental del Imperio británico.

XII

La causalidad sirve, en el relato de Ray, para incorporar la *hool* a un tipo diferente de Destino. Pero éste también sigue, para alcanzarlo, las mismas etapas que Hunter —es decir, *contexto-acontecimiento-perspectiva* ordenadas a lo largo de un *continuum* histórico. Hay algunos paralelismos obvios en el modo en que el

32. Anon, «The Sonthal Rebellion», pp. 263-264.
33. Anon, «The Sonthal Rebellion», p. 263.

acontecimiento adquiere un contexto en las dos obras. Las dos empiezan en la prehistoria (tratada más brevemente en la obra de Ray que en la de Hunter) y continúan con un estudio del pasado más reciente desde 1790, cuando la tribu entró en contacto por primera vez con el régimen. Es aquí, para los dos, donde se encuentra la causa principal de la insurrección, pero con la diferencia. Para Hunter los disturbios tuvieron su origen en un foco maligno local dentro de un cuerpo sano; el fracaso de la administración del distrito para mostrarse a la altura del ideal entonces emergente del Raj como el *ma-baap* de los campesinos y protegerles de la tiranía de los elementos malignos dentro de la propia sociedad nativa. Para Ray fue la presencia misma del poder británico en la India la que empujó a los santal a la revuelta, puesto que sus enemigos, los terratenientes y los prestamistas, debían su autoridad y su propia existencia a las nuevas disposiciones sobre la propiedad de la tierra introducidas por el gobierno colonial y al desarrollo acelerado de una economía monetaria como consecuencia de ello. El levantamiento constituía, pues, una crítica no sólo a la administración local sino al propio colonialismo. En efecto Ray utiliza la misma evidencia de Hunter para llegar a una conclusión muy diferente, y hasta contraria:

> Se demuestra en la propia exposición de Hunter que la responsabilidad por la miseria extrema de los santal reside en el sistema administrativo inglés, tomado en su conjunto con los zamindares y mahajans. Ya que fue el sistema administrativo inglés el que creó los zamindares y mahajans para satisfacer su propia necesidad de explotación y de gobierno, y les ayudó directa e indirectamente, ofreciéndoles su protección y patronazgo.[34]

Con el colonialismo, o sea, el Raj como sistema en su totalidad (más que cualquiera de sus disfunciones locales) identificado como la primera causa de la rebelión, su resultado adquiere valores radicalmente distintos en los dos textos. Mientras Hunter es explícito acerca de su preferencia por una victoria del régimen, Ray lo es igualmente, pero en favor de los rebeldes. Y en correspondencia

34. Ray, *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Samgram*, p. 318.

con esto cada uno tiene una perspectiva opuesta que contrasta acusadamente con la del otro. Para Hunter se trata de la consolidación del dominio británico basado en una administración reformada que no incita a la revuelta por su fracaso para proteger a los *adivasis* de los explotadores nativos, sino que los transforma en una mano de obra abundante y movible empleada libremente y con provecho por los terratenientes indios y por la "empresa Inglesa". Para Ray el acontecimiento es «el precursor de la gran rebelión» de 1857 y un eslabón vital en una lucha pertinaz del pueblo indio en general, y de los campesinos y los trabajadores en particular, contra sus opresores, tanto extranjeros como indígenas. La insurrección armada de los santal, dice, ha mostrado un camino al pueblo indio. «Ese camino particular se ha convertido, gracias a la gran rebelión de 1857, en la gran ruta de la lucha de la India por la libertad. Una ruta que se extiende hasta el siglo XX. Los campesinos indios están marchando por esta misma senda».[35] Al introducir la *hool* en una perspectiva de lucha continuada de las masas rurales el autor se basa en una tradición bien establecida de la historiografía radical como lo muestra, por ejemplo, el siguiente extracto de un panfleto que tuvo muchos lectores en los círculos políticos de izquierda hace cerca de treinta años:

> El estruendo de las batallas de la insurrección se ha apagado. Pero su eco no ha dejado de vibrar a través de los años, haciéndose cada vez más fuerte en tanto que más campesinos se unen a la lucha. La llamada que convocó a los santal a la batalla... se escuchó en otras partes del país en tiempos de la Huelga del Índigo de 1860, de la Insurrección de Pabna y Bogra de 1872, del levantamiento campesino Maratha en Poona y Ahmednagar en 1875-76. Se fundiría, finalmente, en la demanda en masa de los campesinos de todo el país para que se acabase con la opresión de los zamindari y los prestamistas... ¡Gloria a los santal inmortales que...mostraron el camino de la batalla! Desde entonces la bandera de la lucha militante ha pasado de mano en mano a lo ancho y largo de la India.[36]

35. Ray, *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Samgram*, p. 340.
36. L. Natarajan, *Peasant Uprisings in India, 1850-1900*, Bombay, 1953, pp. 31-32.

La fuerza de este pensamiento asimilador de la historia de la insurgencia campesina puede ilustrarse con las palabras de conclusión de un ensayo escrito por un veterano miembro del movimiento campesino y publicado por el Pashchimbanga Pradeshik Krishak Sabha en vísperas del centenario de la revuelta de los santal. Dice así:

> Las llamas del fuego encendido por los mártires campesinos de la Insurrección de los Santal hace cien años se habían extendido a muchas regiones por toda la India. Esas llamas se pudieron contemplar ardiendo en la rebelión de los cultivadores de índigo en Bengala (1860), en el levantamiento de los raiyats de Pabna y Bogra (1872), en el de los campesinos Maratha del Deccan (1875-76). El mismo fuego se encendió una y otra vez en el transcurso de las revueltas campesinas de los Moplah de Malabar. Este fuego no se ha extinguido todavía, sino que arde en los corazones de los campesinos indios...[37]

El propósito de este discurso terciario es claramente el de recuperar la historia de la insurgencia de ese *continuum* que está diseñado para asimilar cada revuelta a "la Obra de Inglaterra en la India" con el fin de situarlo en el eje alternativo de una campaña pertinaz por la libertad y el socialismo. Sin embargo, como sucede con la historiografía colonialista, esto implica también un acto de apropiación que excluye al rebelde como sujeto consciente de su propia historia y lo incorpora como un elemento contingente en otra historia con otro protagonista. Así como no es el rebelde sino el Raj el protagonista real del discurso secundario y la burguesía india lo es del discurso terciario del género de la Historia-de-la-lucha-por-la-libertad, del mismo modo es una *abstracción* llamada Obrero y Campesino, *un ideal más que la personalidad histórica real del insurgente*, la que viene a reemplazarlo en el tipo de literatura que hemos discutido ahora.

Decir esto no significa negar la importancia política de esta apropiación. Dado que cada lucha por el poder realizada por las clases históricamente ascendentes en cualquier época implica una

37. Abdulla Rasul, *Saontal Bidroher Amar Kahini*, Calcuta, 1954, p. 24.

tentativa de adquirir una tradición, está en el orden de las cosas que los movimientos revolucionarios de la India reivindicaran, entre otras, la rebelión de los santal de 1855 como parte de su patrimonio. Pero por noble que sea la causa y el instrumento de esta apropiación, la verdad es que conduce a la mediación de la conciencia de los insurgentes por la del historiador —o sea, de una conciencia del pasado por otra condicionada por el presente. La distorsión que se sigue necesaria e inevitablemente de este proceso es una función de este hiato entre el acontecimiento-tiempo y el discurso-tiempo que lleva, en el mejor de los casos, a que la representación verbal del pasado no sea exacta. Y como el discurso se refiere, en este ejemplo concreto, a propiedades de la mente —a actitudes, creencias, ideas, etc., más que a características externas que son más fáciles de identificar y describir, la tarea de la representación se hace incluso más complicada de lo habitual.

No hay nada que la historiografía pueda hacer para eliminar totalmente esta distorsión, puesto que está inscrita en su propia óptica. Lo que puede hacer es reconocer esta distorsión como paramétrica —como un dato que determina la forma del ejercicio mismo, y dejar de pretender que puede comprender *plenamente* una conciencia del pasado y reconstituirla. Entonces y sólo entonces podrá reducirse significativamente la distancia entre ésta y la percepción del historiador hasta llegar a una buena aproximación, que es lo mejor que se puede esperar. La brecha, tal como está por el momento, es tan amplia que hay mucho más que un grado irreducible de error en la literatura existente sobre este punto. Incluso una breve ojeada a algunos de los discursos sobre la insurrección de 1855 debiera mostrarlo.

XIII

La religiosidad fue, según dicen todos, central para el desarrollo de la *hool*. La noción de poder que la inspiró estaba compuesta de ideas y se expresaba en palabras y actos que eran de carácter explícitamente religioso. No es que el poder fuese un contenido envuelto en una forma externa a él llamada religión. Era que ambos estaban inseparablemente ensamblados como significado y sig-

nificante (*vãgarthãviva samprktau)* en el lenguaje de esa violencia masiva. De ahí la atribución del levantamiento a una orden divina más que a cualquier agravio particular; la realización de rituales tanto antes (por ejemplo ceremonias propiciatorias para prevenir el apocalipsis de la serpiente primigenia —Lag y Lagini, la distribución de *tel-sindur*, etc.) y durante el levantamiento (por ejemplo el culto a la diosa Durga, los baños en el Ganges, etc.); la generación y la circulación del mito en su vehículo característico —rumor (por ejemplo sobre el advenimiento del "ángel exterminador" encarnado como un búfalo, el nacimiento de un héroe prodigioso de una virgen, etc.).[38] La evidencia es inequívoca y amplia en este punto. Las manifestaciones que tenemos de los principales protagonistas y de sus seguidores son claras e insistentes acerca de este aspecto de su lucha, como debiera resultar obvio incluso de los pocos extractos de fuentes materiales reproducidos en el Apéndice. En resumen, no es posible hablar de insurgencia en este caso, salvo como una conciencia religiosa —esto es, como una demostración masiva de alienación (por tomar prestado el término de Marx acerca de la esencia de la religiosidad) que hizo que los rebeldes considerasen su proyecto como algo afirmado por una voluntad superior a la suya: «Kanoo y Seedoo Manjee no están luchando. Es el propio Thacoor quien luchará».[39]

¿Hasta qué punto se ha representado esto con autenticidad en el discurso histórico? Se identificó en la correspondencia oficial de la época como un caso de "fanatismo". La insurrección llevaba ya tres meses y mantenía su fuerza cuando J.R. Ward, un comisionado especial y uno de los administradores más importantes de la región de Birbhum, escribió con cierta desesperación a sus superiores de Calcuta: «Soy incapaz de atribuir la insurrección de Beerbhoom a otra razón que el *fanatismo*». La expresión que usó para describir el fenómeno era propia de la respuesta sorprendida y culturalmente arrogante del colonialismo del siglo XIX a cualquier movimiento radical inspirado por una doctrina no cristiana

38. Los ejemplos son demasiado numerosos como para citarlos todos en este ensayo, pero para algunos de los ejemplos ver *Mare Hapram ko Reak Katha,* capítulo 79, en A. Mitra (ed.), *District Handbooks: Bankura*, Calcuta, 1953.

39. Ver Apéndice: *extracto 2.*

entre una población sometida: «Estos santal han sido inducidos a unirse a la rebelión por la convicción, que procede claramente de sus hermanos en Bhaugulpore, de que un ser Todopoderoso e inspirado ha aparecido como redentor de su Casta y su *ignorancia y superstición* se ha convertido en un *frenesí religioso* que no se detiene ante nada».[40] Ese lenguaje se encuentra también en el artículo de la *Calcutta Review.* Allí el santal es reconocido como «un hombre eminentemente religioso» y su revuelta comparada a otros acontecimientos históricos en que «*el espíritu fanático de la superstición religiosa*» había sido «sido exhibido para reforzar y promover una querella que estaba ya a punto de estallar y que se basada en otras razones».[41] Sin embargo, el autor da a esta identificación un sentido muy distinto del que tiene el informe citado anteriormente. En aquél, un Ward atónito, atrapado por el estallido de la *hool,* parece impresionado por la espontaneidad de «un frenesí religioso que... no se detenía ante nada». En contraposición el artículo escrito después de que el régimen hubiese recuperado la confianza en sí mismo, gracias a la campaña de búsqueda y destrucción en las zonas insurrectas, interpreta la religiosidad como un ardid propagandista utilizado por los jefes para mantener la moral de los rebeldes. Refiriéndose, por ejemplo, a los rumores mesiánicos que circulaban dice: «Todos estos absurdos eran sin duda *ideados* para sostener el ánimo de la chusma».[42] Nada podría resultar más elitista. Los insurgentes son vistos aquí como una "chusma" estúpida desprovista de voluntad propia y fácilmente manipulable por sus jefes.

Pero un elitismo de este tipo no es patrimonio sólo de la historiografía colonialista. El discurso terciario en su variante radical exhibe también el mismo desprecio por la conciencia política de las masas campesinas cuando está mediada por la religiosidad. Como ejemplo volvamos al relato que Ray hace del levantamiento. En él cita las siguientes líneas del artículo de la *Calcutta Review* en una traducción algo descuidada pero claramente reconocible:

40. *JP,* 8 de noviembre: Ward al Gobierno de Bengala (13 de octubre 1855). *La cursiva es mía.*

41. Anon, «The Sonthal Rebellion», p. 243. *La cursiva es mía.*

42. Anon, «The Sonthal Rebellion», 246. *La cursiva es mía.*

> Seedo y Kanoo estaban por la noche sentados en su casa, revolviendo diversas cosas... un pedazo de papel cayó sobre la cabeza de Seedo y de repente el (dios) Thakoor apareció ante la mirada atónita de Seedoo y Kanoo; parecía un hombre blanco aunque vestido al estilo nativo; tenía diez dedos en cada mano; llevaba un libro blanco, escrito; entregó a los hermanos el libro y con él 20 hojas de papel; ascendió por los aires y desapareció. Otro trozo de papel cayó sobre la cabeza de Seedoo, y entonces vinieron dos hombres... les dieron a entender el propósito de la orden del Thakoor, y se desvanecieron igualmente. Pero no hubo solamente una aparición del sublime Thakoor; cada día de la semana, durante un breve período de tiempo, hizo sentir su presencia a sus apóstoles favoritos... En las páginas plateadas del libro, y sobre las hojas blancas de los pedazos de papel, había palabras escritas; éstas fueron después descifradas por letrados santal, capaces de leer e interpretar; pero su significado había sido ya suficientemente indicado a los dos líderes.[43]

Con cambios mínimos de detalle (inevitables en un folclore vivo) éste es realmente un relato auténtico de las visiones que los dos jefes santal creían haber tenido. Sus manifestaciones, reproducidas en parte en el Apéndice (*extractos 3* y *4*), así lo corroboran. Éstas, dicho sea de paso, no se habían hecho en público para impresionar a sus seguidores. A diferencia de "El Perwannah del Thacoor" (Apéndice: *extracto 2*), destinado a dar a conocer sus puntos de vista a las autoridades antes del levantamiento, éstas eran palabras de cautivos que se enfrentaban a una ejecución. Dirigidas a interrogadores hostiles en campamentos militares podían ser de poca utilidad como propaganda. Pronunciadas por hombres de una tribu que, según todas las opiniones, no había aprendido a mentir,[45] representaban la verdad y nada más que la verdad para quienes las pronunciaban. Pero no es por este motivo que Ray se las atribuye. Lo que aparece como una mera insinuación en la *Calcutta Review* se eleva a la categoría de un recurso de propaganda elaborada en sus observaciones preliminares sobre el pasaje citado más arriba:

43. Anon, «The Sonthal Rebellion», pp. 243-244. Ray, *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Sangram*, pp. 321-322.

> Los dos, Sidu y Kanu, sabían que el eslogan *(dhwani)* que podía tener el mayor efecto entre los *atrasados* santal era uno de carácter religioso. En consecuencia, *para animar* a los santal a la lucha *difundieron* las palabras sobre la orden de Dios en favor de lanzarse a la lucha. La historia *inventada (kalpita)* por ellos es como sigue.[44]

Hay poco aquí que sea diferente de lo que el escritor colonialista tenía que decir sobre el supuesto retraso del campesinado santal, las intenciones manipuladoras de sus jefes y el uso de la religión como medio para esta manipulación. En efecto, en cada uno de estos puntos, Ray supera y es sin duda el más explícito de los dos autores al atribuir una gran mentira y un engaño descarado a los jefes rebeldes, sin tener ninguna prueba. La invención es toda suya y demuestra el fracaso del radicalismo superficial en el intento de concebir la mentalidad insurgente salvo en términos de un laicismo total. Incapaz de comprender la religiosidad como la modalidad central de la conciencia campesina en la India colonial, no se atreve a reconocer su mediación de la idea de poder de los campesinos ni las contradicciones resultantes. Está obligado por ello a racionalizar las ambigüedades de la política de los rebeldes asignando una conciencia realista a los líderes y otra contrapuesta a sus seguidores, convertidos en inocentes engañados por hombres astutos armados con todas las argucias de un político moderno indio que solicita los votos rurales. Adónde lleva todo esto al historiador es algo que podemos ver más claramente en la proyección de sus tesis en un estudio sobre la *ulgulan* de Birsaite, su obra siguiente. Allí escribe:

> Con el fin de propagar esta doctrina religiosa, Birsa adoptó un *nuevo ardid (kaushal)* —como Sidu, el líder santal, había hecho en vísperas de la rebelión de los santal en 1885. Birsa sabía que los Kol eran *gente muy atrasada* y que estaban llenos de *supersticiones religiosas* como consecuencia de la propaganda misionera hindú-brahmánica y cristiana que se había hecho entre

44. Ray, *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Sangram*, p. 321. *La cursiva es mía.*

> ellos desde hacía mucho tiempo. Por lo tanto, no eludiría la cuestión de la religión, si los kol podían ser liberados de aquellas influencias religiosas perniciosas y llevados al camino de la rebelión. Antes bien, para superar las malas influencias de las religiones hindú y cristiana, sería necesario propagar su nueva fe religiosa entre ellos en nombre de su propio Dios, e introducir nuevos preceptos. *Con este fin debía recurrirse a la falsedad, si fuera necesario, por el interés del pueblo.*
>
> Birsa *propagó* la voz de que había recibido esta nueva religión suya de la propia deidad principal de los Mundas, Sing Bonga.[45]

Así el historiador radical se ve conducido por la lógica de su propia incomprensión a atribuir una falsedad deliberada a uno de nuestros más grandes rebeldes. La ideología de esta poderosa *ulgulan* no es otra cosa que pura invención. Y él no es el único que interpreta mal la conciencia insurgente. Baskay le hace eco casi palabra por palabra al describir la pretensión del jefe santal de contar con apoyo divino para la *hool* como propaganda destinada «a incitar a los santal a alzarse en revuelta».[46] Formulaciones como éstas se pueden encontrar en otros escritos del mismo género que resuelven el enigma del pensamiento religioso entre los rebeldes santal limitándose a ignorarlo. Un lector que tenga los un día influyentes ensayos de Natarajan y Rasul como su única fuente de información sobre la insurrección de 1855, apenas sospechará la existencia de religiosidad en ese gran acontecimiento. Éste se ve representado ahí *exclusivamente* en sus aspectos laicos. Esta actitud no está, sin duda, limitada a los autores discutidos en estas páginas. La misma mezcla de miopía y rechazo categórico a contemplar la evidencia caracteriza una buena parte la literatura existente sobre el tema.

45. Ray, *Bharater Baiplabik Samgramer Itihas*, vol. I, Calcuta, 1970, p. 95. *La cursiva es mía.* La frase en cursiva se lee como sigue en bengalí: «*Eijanyo prayojan hoiley jatir svarthey mithyar asroy grahan karitey hoibey*».

46. Dhirendranath Baskay, *Saontal Ganasamgramer Itihas*, Calcuta, 1976, p. 66.

XIV

¿Por qué el discurso terciario, incluso en su variante radical, es tan reacio a reconocer el elemento religioso en la conciencia rebelde? Porque está todavía atrapado en el paradigma que inspiró el discurso ideológicamente contrario, por colonialista, de los discursos de tipo primario y secundario. Esto resulta, en cada caso, de un rechazo a reconocer al insurgente como sujeto de su propia historia. Ya que cuando una rebelión campesina ha sido asimilada a la carrera del Raj, la Nación o el Pueblo, resulta fácil para el historiador renunciar a la responsabilidad que tiene de explorar y describir la conciencia específica de esta rebelión y se contenta con adscribirla a una conciencia trascendental. En términos operativos, esto significa negar una voluntad a la masa de los rebeldes y representarlos meramente como instrumentos de otra voluntad. Es por ello que en la historiografía colonialista la insurgencia se contempla como la articulación de una espontaneidad pura opuesta a la voluntad del Estado, personificado en el Raj. Si se atribuye alguna conciencia a los rebeldes, ésta se limita tan sólo a unos cuantos de sus jefes —con frecuencia a algunos miembros individuales o a pequeños grupos de la burguesía rural. También en la historiografía nacionalista-burguesa se lee una conciencia de élite como fuerza motivadora de todos los movimientos campesinos. Esto había conducido a extremos tan grotescos como la caracterización de la Rebelión del Índigo de 1860 como «el primer movimiento de masas no violento»[47] y, en general, de todas las luchas populares en la India rural durante los primeros ciento veinte años de dominio británico como el antecedente espiritual del Congreso Nacional Indio.

De modo muy parecido, la especificidad de la conciencia rebelde ha escapado también a la historiografía radical. Ha sucedido así porque se basa en un concepto de las revueltas campesinas como una sucesión de acontecimientos alineados en una línea directa de

47. Jogesh Chandra Bagal (ed.), *Peasant Revolution in Bengal*, Calcuta, 1953, p. 5.

descendencia —como un patrimonio, como a menudo se dice— en que todos los constituyentes tienen la misma genealogía y repiten su compromiso con los más altos ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Desde esta perspectiva ahistórica de la historia de la insurgencia todos los momentos de conciencia son asimilados al definitivo y más elevado momento de la serie —a una Conciencia Ideal. Una historiografía consagrada a este propósito (incluso cuando se hace, lamentablemente, en nombre del marxismo) está mal equipada para enfrentarse con las contradicciones que son de hecho la materia de que está hecha la historia. Como se supone que el Ideal es de carácter cien por 100 secular, el seguidor tiende a apartar la mirada cuando se enfrenta a la evidencia de la religiosidad como si no existiese o la explica como un fraude hábil pero bienintencionado perpetrado por jefes ilustrados sobre sus estúpidos seguidores —hecho todo ello, por supuesto, por «el interés del pueblo». De ahí que el rico material de los mitos, los rituales, los rumores, las esperanzas en una Edad de Oro y los temores de un inminente Fin del Mundo que hablan de la alienación del rebelde, se desperdicie en este discurso abstracto y estéril. Puede hacer muy poco para iluminar la combinación de sectarismo y militancia que es un rasgo tan importante de nuestra historia rural. La ambigüedad de tales fenómenos, visibles durante el movimiento Tebhaga en Dinajpur, cuando campesinos musulmanes venían al Kisan Sabha «sobreponiendo a veces una hoz y un martillo a la bandera de la Liga Musulmana» y jóvenes maulavis «recitaban versos melodiosos del Corán» en los mítines de los pueblos, mientras «condenaban el sistema jotedari y la práctica de cobrar tipos de interés elevados»,[48] quedará más allá de su capacidad de comprensión. La rápida transformación de la lucha de clases en una contienda comunal y viceversa en nuestros campos suscita de él o una disculpa forzada o un simple gesto de molestia, pero no una explicación real.

Sin embargo, no es tan sólo el elemento religioso de la conciencia rebelde lo único que esta historiografía no consigue comprender. La especificidad de una insurrección rural se expresa también en términos de otras muchas contradicciones, que también se pierden. Cegados por el brillo de una conciencia perfecta e

48. Sunil Sen, *Agrarian Struggle in Bengal, 1946-47*, Nueva Delhi, 1972, p. 49.

inmaculada, el historiador no ve nada más, por ejemplo, que solidaridad en el comportamiento rebelde y no repara en su Otro, esto es en la traición. Comprometidos inflexiblemente con la noción de la insurgencia como un movimiento generalizado, subestiman el poder de los frenos que representan el localismo y la territorialidad. Convencidos de que la movilización para una insurrección rural emana exclusivamente de una autoridad total de la élite, tienden a ignorar la operación de otras muchas autoridades dentro de las relaciones básicas de una comunidad rural. Prisionero de abstracciones vacías, el discurso terciario, incluso de tipo radical, se ha alejado de la prosa de la contrainsurgencia tan sólo por una declaración de intenciones. Tiene todavía que recorrer un largo camino antes de demostrar que el insurgente puede confiar en su trabajo para recuperar su lugar en la historia.

Abreviaturas

BC: Board's Collections, India Office Records (Londres).
JC: Fort William Judicial Consultations in *BC*.
JP: Judicial Proceedings, West Bengal State Archives (Calcuta).
MDS: *Maharaja Deby Sinha,* Nashipur Raj Estate, 1914.

Apéndice

Extracto 1

> Vine a saquear... Sidoo y Kaloo [Kanhu] se declararon a sí mismos Rajas y [dijeron] que saquearían todo el país y tomarían posesión de él —también dijeron, nadie puede pararnos ya que es la orden de Takoor. Por este motivo hemos venido todos con ellos.

Fuente: JP, 19 de julio de 1855. Declaración de Balai Majhi (14 de julio de 1855).

Extracto 2

El Thacoor ha descendido en la casa de Seedoo Manjee, Kanoo Manjee, Bhyrub y Chand, en Bhugnudihee en Pergunnah Kunjeala. El Thakoor en persona está conversando con ellos, él ha descendido del Cielo, está conversando con Kanoor y Seedoo, los Sahibs y los Soldados blancos lucharán. Kanoo y Seedoo no luchan. El mismo Thacoor luchará. Por lo tanto vosotros Sahibs y Soldados lucháis con el mismo Thacoor la Madre Ganges vendrá para (ayudar) al Thacoor. Lloverá fuego del Cielo. Si estáis de acuerdo con el Thacoor entonces debéis ir al otro lado del Ganges. El Thacoor ha ordenado a los santal que por un arado tirado por bueyes debe pagarse 1 anna de renta. Por un arado tirado por búfalos 2 annas. El reino de la Verdad ha empezado. Se administrará una justicia Verdadera a Aquel que no diga la verdad no se le permitirá permanecer en la Tierra. Los Mahajuns han cometido un gran pecado. Los Sahibs y el amlah lo han hecho todo mal, en esto los Sahibs han pecado grandemente.

Aquellos que dicen cosas al Magistrado y aquellos que investigan casos para él, reciben 70 u 80 R.s. con gran opresión en esto los Sahibs han pecado. Por este motivo el Thacoor me ha ordenado que diga que el país no es de los Sahibs...

P.D. Si vosotros Sahibs estáis de acuerdo, entonces deberíais quedaros al otro lado del Ganges, y si no estáis de acuerdo no podéis quedaros en esta parte del río, Yo lloveré fuego y todos los Sahibs morirán por las propias manos de Dios y Sahibs si vosotros lucháis con escopetas los santal no serán alcanzados por las balas y el Thacoor dará vuestros Elefantes y caballos por su voluntad a los santal... si vosotros lucháis con los santal dos días serán como un día y dos noches como una noche. Esta es la orden del Thacoor.

Fuente: JP, 4 de octubre de 1855. "The Thacoor's Perwannah" (fechada "10 Saon 1262").

Extracto 3

Entonces los Manjees y Purgunnaits se reunieron en mi Veranda, y nosotros deliberamos durante dos meses, «que Pontet y Mohesh Dutt no escuchan nuestras quejas y nadie actúa como nuestro Padre y Madre» entonces un Dios descendió del cielo en la forma de una rueda de carro y me dijo «Matad a Pontet y los Darogah y los Mahajuns y entonces tendréis justicia y un Padre y una Madre»; entonces el Thacoor regresó al cielo; tras esto dos hombres como Bengalíes vinieron a mi Veranda; cada uno de ellos tenía seis dedos, medio trozo de papel cayó sobre mi cabeza antes de que el Thacoor viniese y otro medio cayó después. No podía leerlo pero Chand y Seheree y un Dhome lo leyeron, ellos dijeron «El Thacoor os ha escrito para que luchéis contra los Mahajens y entonces tendréis justicia»...

Fuente: JP, 8 de noviembre de 1855, "Interrogatorio del santal Sedoo último Thacoor".

Extracto 4

En Bysack el Dios descendió en mi casa yo envié un perwannah al Burra Sahib en Calcuta... Escribí que Thacoor había venido a mi casa y estaba conversando conmigo y había dicho que todos los santal iban a estar bajo mi cargo y que yo iba a pagar todos los impuestos al Gobierno y no iba a oprimir a nadie y los zamindars y Mahajans estaban cometiendo mucha opresión cogiendo 20 piezas por una y que yo iba a alejarlos de los santal y si ellos no se marchan luchar con ellos.

Ishwar era un hombre blanco con solo una dootee y chudder se sentó en el suelo como un sahib escribió sobre este trozo de papel. Me dio 4 papeles pero después presentó 16 más. El Thacoor tenía 5 dedos en cada mano. Yo no le vi durante el día le vi tan sólo de noche. Los santal entonces se reunieron en mi casa para ver al Thacoor.

[En Maheshpur] llegaron las tropas y nosotros luchamos... después viendo que los hombres de nuestro lado estaban cayendo nos volvimos ambos por dos veces contra ellos y una vez les expulsamos, entonces yo hice poojah... y entonces vinieron grandes bolas y Seedoo y yo fuimos heridos. El Thacoor había dicho «las escopetas dispararán agua» pero mis tropas cometieron algún crimen y por lo tanto las predicciones del thacoor no se cumplieron alrededor de 80 santal fueron muertos.

Todos los papeles en blanco cayeron del cielo y el libro en que todas las páginas están en blanco cayó también del cielo.

Fuente: JP, 20 de diciembre de 1855. “Interrogatorio del santal Kanoo”.

ASPECTOS ELEMENTALES DE LA INSURGENCIA CAMPESINA EN LA INDIA COLONIAL

La historiografía de la insurgencia campesina en la India colonial es tan antigua como el propio colonialismo. Nació de la intersección de los intereses políticos de la Compañía de las Indias Orientales, y de una visión de la historia característica del siglo XVIII —una visión de la historia como política y del pasado como guía para el futuro. Les preocupaba impedir que sus recién adquiridos dominios se desmembrasen como el imperio moribundo de los mongoles bajo el impacto de las insurrecciones campesinas. Ya que los disturbios agrarios en multitud de formas y a una escala que iba desde los levantamientos locales hasta campañas militares que se extendían por muchos distritos, fueron endémicos durante los primeros tres cuartos del dominio británico hasta el mismo final del siglo XIX. Contando por encima[1] los acontecimientos catalogados, se encontrarán no menos de 110 ejemplos conocidos, incluso para el período más breve de 117 años —desde el *dhing* de Rangpur al *ulgulan* de Birsaite— incluido en esta obra.

1. La estimación se basa en acontecimientos catalogados en tres trabajos conocidos, como son los de S.B. Chaudhuri, *Civil Disturbances during the British Rule in India,* Calcuta, 1995; y S. Ray, *Bharater Baiplabik Samgramer Itihas,* Calcuta, 1970, y *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Samgram,* vol. I, Calcuta, 1966. Una lista completa, realizada por diferentes historiadores, sin duda mostraría un número aún mayor. Para los eruditos que trabajan en las diversas regiones específicas, obviamente, estas compilaciones, basadas en fuentes publicadas y obras secundarias, no incluyen muchos casos locales que podrían recuperarse de los archivos y de la literatura oral.

Los cimientos del desarrollo del estado se agrietaban una y otra vez como consecuencia de estos movimientos sísmicos hasta que aprendieron a adaptarse a la peculiar situación a través de pruebas y tanteos, y se consolidaron aumentando la sofisticación de los controles legislativos, administrativos y culturales.

La insurgencia fue así la necesaria antítesis del colonialismo durante toda la fase entre su inicio y su mayoría de edad. La tensión de esta relación requería un registro al que el régimen pudiera acudir para tratar de entender la naturaleza y la motivación de cualquier estallido considerable de violencia a la luz de la experiencia previa y, entendiéndola, pudiese reprimirla. La historiografía intervino aquí para proporcionar este discurso vital para el estado. Así fue como las primeras versiones sobre las insurrecciones campesinas durante el período de dominio británico se escribieron como documentos administrativos de una u otra clase: despachos sobre las operaciones de contrainsurgencia, actas departamentales sobre las medidas para ocuparse de una insurrección todavía activa e informes de la investigación de algunos de los casos más importantes de alborotos. En toda esta literatura, conocida en la profesión como "fuentes primarias", se puede entrever la mente oficial que lucha por comprender estos fenómenos aparentemente imprevistos mediante analogías, esto es, para decirlo como Saussure, «por el conocimiento y comprensión de una relación entre formas».[2] Tal como se hace cuando se aprende el uso de un nuevo lenguaje, que exploramos el paso de los elementos conocidos a los desconocidos, comparando y contrastando sonidos y significados desconocidos con otros familiares, los primeros administradores trataron de dar sentido a una revuelta campesina en términos de lo que la hacía semejante o diferente a otros incidentes de la misma clase. Así los levantamientos de Chota Nagpur de 1801 y 1817 y la *bidroha* de Barasat de 1831 sirvieron como puntos de referencia en algunas de las manifestaciones políticas más autorizadas sobre la insurrección de los kol de 1831-32; ésta a su vez figuró en el pensamiento oficial al más alto nivel con motivo de la *hool* de los santal de 1855, y este último acontecimiento fue citado por la Comisión de Disturbios del Deccan

2. F. Saussure, *Course in General Linguistics*, Glasgow, 1974, p. 165 [Hay trad. cast.: *Curso de lingüística general*, Planeta Agostini, Barcelona, 1985].

como un paralelo histórico del tema que investigaban —la revuelta kunbi de 1875 en los distritos de Poona y Ahmadnagar.[3]

El discurso sobre la insurgencia campesina hizo su debut, claramente, como un discurso de poder. Parecía racional en su representación de un pasado lineal y secular más que cíclico y mítico, pero no tenía más que las razones de estado como su *raison d'être.* Diseñado para el servicio del régimen como un instrumento directo de su voluntad, no se molestó siquiera en ocultar su carácter partidista. En efecto, a menudo se fundía, tanto en sus formas narrativas como analíticas, con lo que era explícitamente un documento oficial. Porque la práctica administrativa convirtió casi en un convencionalismo que un magistrado o un juez elaborase su informe sobre un levantamiento local como una narración histórica, tal como lo atestigua la serie clásica de *Narraciones de Acontecimientos*, producida por los jefes de los distritos afectados por los disturbios de los años del Motín. Y a su vez, la explicación causal usada en la historiografía occidental para alcanzar lo que sus profesionales creían que era la verdad histórica, sirvió en la historiografía colonialista tan sólo como una apología de la ley y el orden —la verdad de la fuerza con la cual los británicos se habían anexionado el subcontinente. Cuando las autoridades judiciales de Calcuta presentaron una declaración, poco después de la insurrección dirigida por Titu Mir, resultó ser «un objeto de la mayor importancia» para el gobierno «que la causa que provocó [estos disturbios] fuera plenamente investigada a fin de que los motivos que alentaron a los insurgentes [pudiesen] ser debidamente comprendidos y se adoptasen medidas oportunas para prevenir que se repitiesen hechos similares».[4] En consecuencia, se asoció la causalidad a la contrainsurgencia y el sentido de la historia se convirtió en un elemento de incumbencia administrativa.

La importancia de tal representación puede difícilmente sobrestimarse. Al hacer de la seguridad del estado la problemática

3. BC 1363 (54227): nota del vicepresidente (30 de marzo de 1832); nota de Blunt (24 de marzo y 4 de abril de 1832). BC 1363 (54228). JP, 19 de julio de 1855; Elliott a Grey (15 de julio de 1855). JP, 8 de noviembre de 1855: nota del teniente-gobernador (19 de octubre de 1855).

4. JC, 22 de noviembre de 1831 (n. 91).

central de la insurgencia campesina, se convirtió ésta en un mero elemento en la carrera del colonialismo. En otras palabras, al campesino se le negó el reconocimiento como protagonista de la historia por derecho propio, incluso dentro de un proyecto que le pertenecía. Esta negación llegó a codificarse en la historiografía dominante, que era el único tipo de historiografía que se escribía sobre tal tema. Incluso un escritor que no tuviera, por lo menos aparentemente, obligación de pensar como un burócrata afectado por el trauma de una insurrección reciente se veía condicionado a rescribir la historia de una revuelta campesina como si fuese otra historia —la del Raj, o la del nacionalismo indio, o la del socialismo, según fuese su inclinación ideológica. El resultado, cuya responsabilidad deben compartir por igual todas las escuelas y tendencias, ha sido el de excluir al insurgente como protagonista o sujeto de su propia historia.[5]

Reconocer a los campesinos como autores de su propia rebelión representa atribuirles, como hemos hecho aquí, una conciencia. Por lo tanto, la palabra "insurgencia" se ha utilizado en el título y en el texto como el nombre de esta conciencia que da forma substancial a la actividad de las masas rurales, conocida como revuelta, levantamiento, rebelión, etc., o, por utilizar sus designaciones homólogas indias: *dhing, bidroha, ulgulan, hool, fituri*, etc.[6] Esto equivale, por supuesto, a rechazar la idea que considera tal actividad como puramente espontánea, una idea que es a la vez elitista y errónea. Es elitista porque convierte la movilización del campesinado en dependiente por completo de la intervención de líderes carismáticos, de organizaciones políticas avanzadas o de las clases altas. En consecuencia, la historiografía nacionalista burguesa tiene que esperar hasta la aparición de Mahatma Gandhi y del Partido del Congreso para explicar los movimientos campesinos del período colonial para que de esta manera todos los acontecimientos más importantes de este tipo has-

5. Para una presentación más elaborada sobre este argumento véase Guha, «The Prose of Counter-insurgency», en R. Guha (ed.), *Subaltern studies*, II, Delhi, 1983 (*N. del T.:* texto incluido en el presente volumen).

6. Al final del volumen se adjunta un glosario de las palabras indias usadas en

ta el final de la Primera Guerra Mundial puedan tratarse como la prehistoria del "Movimiento de la Libertad". Una perspectiva igualmente elitista, inclinada a la izquierda, percibe en los mismos acontecimientos la prehistoria de los movimientos socialistas y comunistas en el subcontinente. Lo que ambas interpretaciones asimilistas comparten es «una perspectiva histórico-política escolástica y académica que considera reales y dignos de consideración únicamente los movimientos de revuelta que son cien por 100 conscientes, esto es, los movimientos que están dirigidos por planes elaborados de antemano hasta el último detalle o que se sitúan en la línea de la teoría abstracta (que viene a ser lo mismo)».[7]

Pero como ha dicho Antonio Gramsci, cuyas palabras acabo de citar, no hay lugar para la pura espontaneidad en la historia. Aquí es precisamente donde yerran los que no saben reconocer la impronta de la conciencia en los movimientos aparentemente no estructurados de las masas. El error deriva, por lo general, de dos nociones casi intercambiables de organización y política. Lo consciente se supone en esta perspectiva que es idéntico a lo que está organizado en el sentido de que tiene, en primer lugar, un "liderazgo consciente", en segundo lugar, algún objetivo bien definido, y en tercer lugar, un programa que especifica los componentes de este programa como objetivos particulares, así como los medios para alcanzarlos (La segunda y tercera condición se funden en algunas versiones). La misma ecuación se escribe a veces con la política substituyendo la organización. Para aquellos que lo usan, este recurso ofrece la ventaja especial de identificar la conciencia con sus propios ideales y normas políticos, de forma que la actividad de las masas que no cumplen estas condiciones puede caracterizarse como inconsciente, y por tanto prepolítica.

La imagen del rebelde campesino prepolítico en sociedades que todavía no están enteramente industrializadas debe mucho a la obra pionera de E.J. Hobsbawm, publicada hace más de dos dé-

7. Ésta y otras observaciones atribuidas a Gramsci sobre la cuestión de la espontaneidad han sido tomadas de «Spontaneity and Conscious Leadership» en Gramsci, en *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, 1971, pp. 196-200. [Hay trad. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, Era, México, 1984].

cadas.[8] Hobsbawm ha escrito sobre la "gente pre-política" y las "poblaciones pre-políticas". Usa este término una y otra vez para describir un estado de absoluta o casi absoluta ausencia de conciencia política o de organización que supone que ha sido característico de estas gentes. Así, «el bandido social aparece», según él, «sólo antes de que los pobres hayan alcanzado la *conciencia política* o adquirido *métodos más efectivos de agitación social*», y lo que entiende por tales expresiones (la cursiva es mía) queda claro en la siguiente frase: «El bandido es un *fenómeno prepolítico* y su fuerza es *inversamente* proporcional a la del *revolucionarismo organizado* y a la del *Socialismo o Comunismo*». Y encuentra que «las formas tradicionales del descontento campesino» han estado «virtualmente desprovistas de cualquier ideología, *organización o programa* explícitos». En general, la «gente pre-política» se define como los «que todavía no han encontrado, o están justamente empezando a encontrar, un lenguaje específico en que expresar sus aspiraciones sobre el mundo».

El material de Hobsbawm procede casi enteramente de la experiencia europea y sus generalizaciones están quizás de acuerdo con ésta, aunque se detecta cierta contradicción cuando dice al mismo tiempo que «el bandidaje social no está cerca de *ninguna organización o ideología*», y que «en un cierto sentido el bandolerismo es más bien una forma primitiva de *protesta social organizada*». Tampoco su caracterización, en *Captain Swing*, del movimiento de los trabajadores agrícolas ingleses de 1830 como «espontáneo y no organizado» está enteramente de acuerdo con la observación de su coautor, George Rudé, en el sentido de que muchas de sus «actuaciones» agresivas, tales como disturbios por el salario, destrucción de máquinas y «asaltos» de capataces y sacerdotes, «aunque hubiesen estallado espontáneamente, desarrollaron muy pronto el núcleo de una organización local».

Sea cual fuere su validez para otros países, la noción de la insurgencia prepolítica campesina no ayuda a entender la experien-

8. Las citas que siguen corresponden a E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels,* Manchester, 1959, pp. 2, 5, 13, 23, 96 y 118 [Hay trad. cast.: *Rebeldes primitivos,* Crítica, Barcelona, 2001]; y Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing,* Londres, 1969, pp. 19 y 205 [Hay trad. cast.: *Revolución industrial y revuelta agraria,* Siglo XXI, Madrid, 1978].

cia de la India colonial. Pues aquí no hubo nada en los movimientos militantes de sus masas rurales que no fuese político. No podía ser de otro modo en las condiciones en que trabajaban, vivían y concebían el mundo. Considerando el subcontinente como una totalidad, el desarrollo capitalista en la agricultura siguió siendo incipiente y débil a lo largo de un siglo y medio, hasta 1900. Las rentas constituían la parte más substancial de los ingresos producidos por la propiedad de la tierra. Sus titulares estaban relacionados con la vasta mayoría de productores agrícolas como terratenientes, arrendatarios, aparceros, trabajadores agrícolas y muchos otros tipos intermedios con características derivadas de cada una de estas categorías. El elemento que era constante en esta relación, con toda su variedad, era la extracción del excedente campesino por medios que estaban menos determinados por las fuerzas de una economía de mercado que por la fuerza extraeconómica de la posición del terrateniente en la sociedad local y en la política colonial. En otras palabras, se trataba de una relación de dominio y subordinación —una relación política de tipo feudal, o como se ha descrito adecuadamente, una relación semifeudal, que derivaba su subsistencia material de unas condiciones precapitalistas de producción, y su legitimidad, de una cultura tradicional todavía dominante en la superestructura.

La autoridad del estado colonial, lejos de ser neutral con respecto a esta relación, fue uno de sus elementos constitutivos, ya que bajo el Raj el estado apoyó directamente la reproducción del sistema de tenencia de la tierra. Tal y como Murshid Quli Khan había reorganizado el sistema fiscal de Bengala con el fin de reemplazar una aristocracia agraria ineficiente y en bancarrota por un conjunto solvente y relativamente vigoroso de terratenientes,[9] del mismo modo los ingleses introdujeron sangre nueva para reemplazar la vieja en el cuerpo de propietarios mediante el Permanent Settlement en el este, el ryotwary en el sur y algunas permutaciones de los dos en la mayoría de las otras partes del país. El resultado revitalizó una estructura casi feudal al transferir recursos de los miembros más viejos y menos efectivos de la clase de terratenientes a otros más jóvenes y más fiables para el régimen, desde un

9. J. Sarker (ed.), *The History of Belgan*, Dacca, 1948, pp. 409-410.

punto de vista político y financiero. Para el campesino esto significó, en muchos casos, una explotación más intensiva y sistemática: el tipo brutal de opresión medieval del campo, emanada de la voluntad arbitraria de los déspotas locales bajo el sistema anterior, fue substituido ahora por la voluntad más reglamentada de un poder extranjero, que durante mucho tiempo daría a los terratenientes libertad para recaudar *adwab* y *mathot* de sus arrendatarios, fijarles rentas abusivas o echarlos de la tierra. Obligado por la presión a legislar contra tales abusos, el régimen fue incapaz de eliminarlos del todo porque sus agentes para hacer cumplir la ley a escala local servían como instrumento de la autoridad de los terratenientes, y la ley, tan equitativa sobre el papel, podía ser manipulada por los funcionarios de los tribunales y por los abogados en favor de los propietarios. El Raj permitió incluso que el poder de castigar, esa facultad fundamental del estado, fuese compartido hasta cierto punto por la élite rural en nombre del respeto por la tradición indígena, lo que en la práctica significaba cerrar los ojos ante la burguesía agraria que aplicaba la justicia criminal, ya fuese como miembros de la clase dominante operando desde *kachạri* y *gadi,* o de las castas dominantes, atrincherados en los panchayats de los pueblos. La connivencia entre *sarkar* y zamindar a escala local formó parte de la experiencia común de los pobres y de los subalternos casi en todas partes.

Una consecuencia importante de esta revitalización del sistema de propiedad de la tierra bajo el control británico fue el fenomenal desarrollo del endeudamiento campesino. Porque con un mercado de la tierra floreciente bajo el triple impacto de la legislación agraria, el crecimiento demográfico y una provisión cada vez mayor de dinero, muchos *mahajans* y *banias* adquirieron docenas de fincas en las subastas en que se vendían las de terratenientes empobrecidos y arrendatarios desahuciados. Establecidos como propietarios rurales, concentraron toda su pericia de usureros en su función de rentistas. Les incitó a hacerlo un conjunto de factores específicos del control colonial —la casi total ausencia de leyes sobre la renta para proteger a los arrendatarios-cultivadores hasta el último cuarto del siglo XIX, la falta de topes efectivos y aplicables para los tipos de interés locales, la ausencia de coordinación entre el calendario de la cosecha, adaptado a las prácticas agrícolas tradicio-

nales, y un calendario fiscal ajustado a la rutina de la administración imperial, y el desarrollo de una economía de mercado que incitaba a unos campesinos con poco o ningún capital a transformar su campo en el sentido de la agricultura comercial y, en consecuencia, a convertirse en deudores a perpetuidad. Un resultado acumulado de todo esto fue convertir a los terratenientes en prestamistas —alrededor de un 46 por 100 de todas las deudas en las entonces llamadas Provincias Unidas se debían a los terratenientes en 1934—[10] lo que dio lugar a otra de esas paradojas históricas características del Raj, esto es, la de asignar al poder capitalista más avanzado del mundo la tarea de fusionar el sistema de tenencia de la tierra y la usura en la India, de forma que impedía el desarrollo del capitalismo tanto en la agricultura como en la industria.

Así fue como los poderes hasta entonces separados de los terratenientes, los prestamistas y los funcionarios llegaron a formar, bajo el gobierno colonial, un aparato compuesto de dominio sobre los campesinos. Su sujeción a este triunvirato —*sarkari, sahukari* y zamindari— era de carácter primariamente político, siendo la explotación económica tan sólo una, aunque la más obvia, de sus diversas instancias. Porque la apropiación de su excedente se efectuaba por la autoridad ejercida sobre las sociedades y mercados locales por los terratenientes-prestamistas y un capitalismo secundario que funcionaba estrechamente asociado a ellos y por la inclusión de esta autoridad en el poder del estado colonial. El elemento de coerción era tan explícito y estaba tan presente en todos sus tratos con el campesino que éste debía necesariamente considerar tal relación como política. Por la misma razón, al emprender la destrucción de esta relación se comprometía en lo que era esencialmente una tarea política, una tarea en que el nexo de poder existente tenía que ser derrocado como una condición necesaria para la reparación de cualquier agravio particular.

No había forma de que el campesino se lanzase a tal proyecto inconscientemente. Porque esta relación estaba tan reforzada por el poder de aquellos que se beneficiaban de ella, y por su determinación, sostenida por los recursos de la cultura gobernante, de cas-

10. Gobierno de Bengala, *Report of the Land Revenue Comission,* vol. I, Alipore, 1940, p. 98.

tigar la menor infracción, que tenían que arriesgarlo todo tratando de subvertirla o destruirla con la rebelión. Este riesgo implicaba no sólo la pérdida de sus tierras y de su ganado, sino también la de su posición moral que derivaba de una subordinación incondicional a sus superiores, que la tradición había convertido en su *dharma*. No es de extrañar, pues, que la preparación de una insurrección estuviese casi invariablemente marcada por muchas contemporizaciones y por la evaluación de los pros y los contras por parte de sus protagonistas. En muchas ocasiones intentaban al principio conseguir justicia de las autoridades enviando una delegación (por ejemplo en la *bidroha* de Titu, en 1831), haciendo una petición (por ejemplo en los alzamientos de Khandesh, en 1852), o mediante manifestaciones pacíficas (por ejemplo en la sublevación del Índigo, en 1860) y se alzaban en armas sólo como último recurso, cuando todos los otros medios habían fracasado. Además, una revuelta estaba precedida, en la mayoría de los casos, por una consulta entre los campesinos que dependía de las diversas formas organizativas de la sociedad local donde se iniciaba. Había asambleas de ancianos del clan y panchayats de casta, convenciones de vecinos, reuniones más amplias de masas, etc. Estos procesos de consulta eran con frecuencia muy prolongados y podían durar semanas e incluso meses antes de alcanzar el consenso necesario en diversos niveles hasta que la mayoría de una comunidad entera se movilizaba por el uso sistemático de canales fundamentales y de medios muy diferentes de comunicación verbal y no verbal.

No había nada de espontáneo en esto, en el sentido de ser irreflexivo y no deliberado. El campesino sabía lo que hacía cuando se sublevaba. El hecho que su acción se dirigiese sobre todo a destruir la autoridad de la élite que estaba por encima de él y no implicase un plan detallado para reemplazarla no lo pone fuera del reino de la política. Por el contrario, la insurgencia afirmaba su carácter político precisamente por este procedimiento negativo que trataba de invertir la situación. Al tratar de forzar la substitución mutua del dominante y del dominado en la estructura de poder no dejaba ninguna duda sobre su identidad como proyecto de poder. Como tal era tal vez menos primitivo de lo que a menudo se presume. Con frecuencia no careció ni de liderazgo ni de objetivo, ni incluso de algunos rudimentos de programa, aunque ninguno de

estos atributos podía compararse, en madurez o en sofisticación, con los de los movimientos históricamente más avanzados del siglo XX. La evidencia es amplia e inequívoca en este punto. De los muchos casos discutidos en este trabajo no hay ninguno que pueda decirse que careció por completo de dirigentes. Casi todos tenían algún tipo de dirección central, por así llamarla, y alguna cohesión, aunque en ninguno de ellos existiese un control total de las muchas iniciativas locales nacidas de dirigentes surgidos de abajo cuya autoridad era limitada y de corta duración. Por supuesto estamos tratando de un fenómeno que no tiene nada que ver con la dirección de los partidos modernos, y que tal vez podría describirse mejor, en palabras de Gramsci, como «múltiples elementos de "dirección consciente" pero ninguno de ellos... predominante». Lo que es algo muy distinto a estigmatizar estas luchas vagamente orientadas como estallidos "subpolíticos" de impetuosidad de masas sin ninguna dirección ni forma.

Además, si objetivo y programa son una medida de la política, las movilizaciones militantes de nuestro período deben considerarse como más o menos políticas. Ninguna de ellas carecía por completo de objetivos, aunque éstos fuesen más elaborados y estuviesen definidos de manera más precisa en algunos acontecimientos que en otros. Los campesinos de Barasat dirigidos por Titu Mir, los santal bajo los hermanos *Subah* y los Munda bajo Birsa, todos manifestaron su objetivo de conseguir el poder de una forma u otra. Los reyes campesinos eran un producto característico de la revuelta rural en todo el subcontinente, y la anticipación de poder se indicó en algunas ocasiones por los rebeldes al designarse a sí mismos como un ejército formalmente constituido (*fauj*), sus comandantes, como personal que hace cumplir la ley (por ejemplo *daroga, subahdar, nazir,* etc.), y otros líderes, como funcionarios civiles de rango (por ejemplo *dewan, naib,* etc); todo ello para simular las funciones de un aparato de estado. Si el nuevo raj con el que pretendían reemplazar al que intentaban destruir no se ajustaba del todo al modelo de un estado nacional y secular, y su concepto de poder no lograba superar el localismo, el sectarismo y las divisiones étnicas, eso no eliminaba por completo el carácter esencialmente político de su actividad, pero definía la cualidad de esta política al especificar sus limitaciones.

Sería equivocado sobreestimar la madurez de esta política y buscar en ella las calidades de una fase posterior de conflicto de clase más intenso, una lucha antiimperialista general y un mayor nivel de militancia de las masas. Comparados con éstos, los movimientos campesinos de los tres primeros cuartos del dominio británico representaban un estado de conciencia todavía incipiente y un tanto ingenuo. No obstante, nos proponemos el estudio de esta conciencia como nuestro tema central, porque no es posible que se entienda la experiencia de la insurgencia como una simple historia de acontecimientos sin un sujeto. Es para rehabilitar este sujeto que debemos tomar la concepción que el campesino-rebelde tenía de su propio mundo y su voluntad de cambiarlo como nuestro punto de partida.

Por débiles y trágicamente ineficaces que puedan haber sido esta concepción y esta voluntad, significaban nada menos que los elementos de una conciencia que estaba aprendiendo a compilar y clasificar los momentos individuales y dispares de la experiencia y a organizarlos en alguna especie de generalizaciones. Eran, en otras palabras, los comienzos mismos de una conciencia teórica. La insurgencia era, en efecto, el lugar de encuentro en que las dos tendencias mutuamente contradictorias de esta aún imperfecta, casi embrionaria, conciencia teórica —esto es, una tendencia conservadora constituida por el material heredado y absorbido sin crítica de la cultura dominante, y otra radical, orientada hacia la transformación práctica de las condiciones de existencia del rebelde—[11] se encontraron para realizar una prueba de fuerza decisiva.

El objeto de este trabajo es analizar y describir esta lucha no como una serie de encuentros específicos sino en su forma general. Los elementos de esta forma derivan de la larga historia de la subalternidad del campesino y de su esfuerzo por acabar con ella. De éstos, el primero está más plenamente documentado y representado en el discurso de la élite, a causa del interés que siempre ha tenido para sus beneficiarios. Sin embargo, la subordinación difícilmente puede justificarse como un ideal y como una norma, sin reconocer el hecho y la posibilidad de la insubordinación, de modo que la afirmación de la dominación en la cultura dominante habla también elocuentemente de su Otro, esto es, de la resistencia. Am-

11. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, p. 333.

bas corren en trayectorias paralelas en los mismos períodos de la historia, como aspectos mutuamente implicados pero opuestos de un par de conciencias antagónicas.

Es así como la opresión de los campesinos y sus revueltas contra ella figuran una y otra vez en nuestro pasado, no sólo como materias entremezcladas de hecho, sino también como tradiciones hostiles pero concomitantes. Igual como la práctica milenaria de mantener a las masas rurales en servidumbre ha ayudado a desarrollar códigos de deferencia y lealtad, así también la práctica recurrente de la insurgencia ha ayudado a desarrollar estructuras bien establecidas de desafío a lo largo de los siglos. Tales estructuras son operativas, aunque sea de una manera débil y fragmentaria, incluso en la vida cotidiana y en la resistencia individual y de grupos minoritarios, pero alcanzan su más enfático y amplio aspecto cuando estas masas comienzan a trastornar el orden del mundo y los rituales, los cultos y las ideologías moderadores no bastan ya para mantener la contradicción entre los subalternos y los dominadores en un nivel no antagónico. Estas grandes estructuras de resistencia varían en detalle según las diferencias entre culturas regionales, así como entre estilos de dominación y el peso relativo de los grupos dominantes en cada situación. Pero dado que la insurgencia, con todas sus variantes locales, se relaciona de forma antagónica con esta dominación en todas partes a lo largo del período histórico estudiado, hay mucho en ella que se combina en pautas que se extienden por todas sus expresiones particulares. Porque, como se ha dicho:

> La historia de todas las sociedades del pasado ha consistido en el desarrollo de los antagonismos de clase, antagonismos que asumieron diferentes formas en épocas diferentes. Pero sea cual fuere la forma que puedan haber tomado, hay un hecho común a todas las edades pasadas, esto es la explotación de una parte de la sociedad por la otra. No es de extrañar, pues, que la conciencia social de épocas pasadas, a pesar de la multiplicidad y variedad que exhibe, gire en torno a ciertas formas comunes, o ideas generales, que no pueden desvanecerse por completo, excepto con la desaparición total de los antagonismos de clase.[12]

12. MECW: VI 504.

Nuestro objetivo en este trabajo será buscar e identificar algunas de esas «formas comunes o ideas generales» de la conciencia rebelde durante el período colonial. Sin embargo, dentro de esta categoría hemos elegido centrar la atención en «los primeros elementos» que hacen posible que las ideas generales se combinen en formaciones complejas y constituyan lo que Gramsci ha descrito como «los pilares de la política y de cualquier acción colectiva».[13] Estos *aspectos elementales*, como nos proponemos llamarlos, son abundantes y repetidos: precisamente porque ocurren una y otra vez y casi en todas partes en nuestros movimientos agrarios, son aquellos que pasan más desapercibidos. El resultado ha sido no sólo excluir la política de la historiografía de la insurgencia campesina india, sino reducirla a un simple ornato, una especie de detalle decorativo y folclórico que sirve principalmente para realzar los *curricula vitae* de las élites indígenas y extranjeras. Por contraste, será la conciencia rebelde la que va a dominar este ejercicio. Queremos enfatizar su soberanía, su consistencia y su lógica para compensar su ausencia de la literatura sobre el tema y actuar, si es posible, como un correctivo al eclecticismo común a mucho de lo que se ha escrito sobre esto.

La mayor parte de la evidencia utilizada, aunque no toda, es de origen elitista. Esta evidencia nos ha llegado en forma de documentos oficiales de una u otra clase —informes policiales, despachos del ejército, registros administrativos, actas y resoluciones de los departamentos gubernamentales, etc. Las fuentes no oficiales de nuestra información sobre el tema, tales como los periódicos o la correspondencia privada entre personas de autoridad, hablan también con la misma voz elitista, aunque sea la de la élite indígena o la de los no indios que están al margen de la burocracia. Elemento básico de la mayor parte de la literatura histórica sobre temas coloniales, la evidencia de este tipo tiene una forma de imprimir los intereses y la perspectiva de los enemigos de los rebeldes en cada narración de nuestras rebeliones campesinas.

Un modo obvio de combatir este sesgo podría ser convocar el folclore, oral y escrito, en ayuda del historiador. Desafortunadamente no es bastante para servir a este propósito ni en cantidad ni

13. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, p. 144.

en calidad, a pesar de las ilusiones populistas en un sentido contrario. Por una parte, el volumen real de evidencia que ofrecen las canciones, poesías, baladas, anécdotas, etc., es exiguo, hasta el punto de resultar insignificante, comparado con la gran cantidad de documentación disponible de las fuentes elitistas sobre casi todos los movimientos agrarios de nuestro período. Esto representa una medida no sólo del monopolio que los enemigos de los campesinos tuvieron de la literatura bajo el Raj, sino de su preocupación por vigilar y registrar cada gesto hostil de las masas rurales. Tenían simplemente demasiado que perder, y el miedo que obsesiona a toda autoridad basada en la fuerza, hizo de ellos unos archiveros cuidadosos. Tomemos, por ejemplo, la *hool* Santal de 1855, que en este aspecto es más rica que otros movimientos. Tan sólo lo que de ella sabemos a partir de las series de *Judicial Proceedings* de los Archivos del Estado del Oeste de Bengala, sin contar con los documentos de los distritos, sobrepasa con mucho la información que puede obtenerse de los recuerdos de Jugia Harom y Chotrae Desmanjhi, unidos al folclore compilado por Sen, Baskay, y Archer y Culshaw.[14] Para la mayoría de los otros acontecimientos la proporción resulta todavía más a favor de las fuentes elitistas. En efecto, para uno de los más importantes, la revuelta de Barasat de 1832, sería difícil encontrar algo que no proceda de una fuente identificada con opiniones hostiles a Titu y sus seguidores.

Un aspecto igualmente decepcionante del folclore relacionado con la militancia campesina es que también puede ser elitista. No todos los cantantes ni intérpretes de baladas tenían una visión que simpatizase con los rebeldes. Algunos pertenecían a familias de casta superior venidas a menos en tiempos difíciles o a otros grupos empobrecidos de las capas medias de la sociedad rural. Separados de los cultivadores de la tierra por su estatus, si no por su riqueza, buscaban el patronazgo de la burguesía rural y expresaban sus angustias y prejuicios en sus composiciones sobre los disturbios agrarios. Así, la voz insurgente que nos llega a través de la poesía

14. Ver MHKRK: *passim,* y especialmente pp. CLXXVI-VIII; W. J. Culshaw y W. G. Archer, «The Sontal Rebellion», *Man in India,* vol. 25 (4), diciembre de 1945, pp. 218-239; D. C. Sen (ed.), *Eastern Bengal Ballads,* vol. 2, Calcuta, 1926, pp. 265-271; D. Baskay, *Saontal Ganasamgramer Itihas,* Calcuta, 1976, *passim.*

de Mundari y de las homilías publicadas por Singh, o la canción contra la medición de tierras en dialecto Sandip publicada por Grierson, están más que compensadas en la literatura popular por la representación de los puntos de vista de los terratenientes en algunos de los versos citados en el relato de Saha de la bidroha de Pabna, en el de la insurrección Pagalpanthi de Ray, etc.[15]

¿Cómo podemos entrar en contacto con la conciencia de la insurgencia cuando nuestro acceso a ella está cerrado de este modo por el discurso de la contrainsurgencia? La dificultad es quizás menos insalvable de lo que parece a simple vista. Porque la contrainsurgencia, que deriva directamente de la insurgencia y está determinada por ella en todo lo que es esencial para su forma y articulación, no puede apenas permitirse un discurso que no esté plena y compulsivamente implicado con los rebeldes y sus actividades. Es verdad que los informes, despachos, actas, juicios, leyes, cartas, etc., en que, policías, soldados, burócratas, terratenientes, usureros y otros, igualmente hostiles a la insurgencia, reflejan sus sentimientos, equivalen a una representación de su voluntad. Pero estos documentos no derivan su contenido tan sólo de esta voluntad, dado que ésta se afirma en otra voluntad, la del insurgente. Debiera ser posible, en consecuencia, leer la presencia de una conciencia rebelde como un elemento necesario que está difundido dentro de este cuerpo de evidencia.

Hay dos formas en que esta presencia se deja sentir. En primer lugar, aparece como una información directa de las manifestaciones rebeldes interceptadas de tanto en tanto por la autoridad y usadas para las campañas de pacificación, las promulgaciones legales, los procedimientos judiciales y las otras intervenciones del régimen contra sus adversarios. Testimonio de una especie de espionaje oficial, este discurso entra en los documentos de la contrainsurgencia de forma muy diversa, como mensajes y rumores que circulan dentro de una comunidad rural, fragmentos de conversación escuchados por espías, declaraciones hechas por cautivos

15. S. Singh, *Dust-storm and Hanging Mist*, Calcuta, 1966, apéndices H, I y K; G. A. Grierson, *Linguistic Survey of India*, Delhi, 1968, p. 257; R. Saha, Pabna Jelar Itihas, vol. III, pp. 97-100; y Ray, *Bharater Krishak bidroha O Ganatantrik Samgram*, p. 235.

en los interrogatorios policíacos o ante los tribunales, etc. Destinados a ayudar al Raj a suprimir la rebelión e incriminar a los rebeldes, su utilidad en ese aspecto particular resulta una medida de su autenticidad como documentación de la voluntad del insurgente. En otras palabras, el discurso interceptado de este tipo da testimonio tanto de la conciencia de los campesinos rebeldes como de las intenciones de sus enemigos, y puede servir legítimamente como evidencia para una historiografía no comprometida con el punto de vista de estos últimos.

La presencia de esta conciencia se afirma también por una serie de indicios dentro del discurso de la élite. Éstos tienen la función de expresar la hostilidad de las autoridades británicas y de sus protegidos nativos hacia los ingobernables perturbadores del campo. Las palabras, las frases y los fragmentos enteros de prosa destinados a este propósito están diseñados principalmente para indicar la inmoralidad, la ilegalidad, la barbarie, etc., de la práctica insurgente y para anunciar por contraste la superioridad de la élite en cada aspecto. Como medida de la diferencia entre dos percepciones mutuamente contradictorias, tienen mucho que decirnos, no sólo sobre la mentalidad de la élite, sino también sobre lo que se opone a ella, es decir, sobre la mentalidad subalterna. El antagonismo es, en efecto, tan completo y está tan firmemente estructurado que, a partir de los términos declarados por uno, debería ser posible, invirtiendo sus valores, derivar los términos implícitos del otro. Cuando, por tanto, un documento oficial habla de bandidos como participantes en los disturbios rurales, no significa (según el sentido normal de la palabra Urdu) una colección ordinaria de delincuentes, sino de campesinos implicados en una lucha agraria militante. En el mismo contexto, una referencia a algún "pueblo dacoit" (como se encuentra tan a menudo en las narraciones del Motín) indicaría la población entera de un pueblo unido para resistir a las fuerzas armadas del estado; "contagio", el entusiasmo y la solidaridad generada por un alzamiento entre diversos grupos rurales dentro de una región; "fanáticos", rebeldes inspirados por alguna especie de doctrina de restauración de creencias antiguas o de puritanismo; "anarquía", el desafío por parte de la gente de lo que se había establecido como delito, etc. En efecto, las presiones ejercidas por la insurgencia en el discurso de la élite

obligan a reducir el campo semántico de muchas palabras, y a asignarles significados especializados con el fin de identificar a los campesinos como rebeldes, y su intento de transformar el mundo, como un crimen. Gracias a este proceso de limitación es posible para el historiador usar este lenguaje empobrecido y casi técnico como una clave para las antonimias que hablan por una conciencia rival, la del rebelde. Una parte de esta conciencia que está tan firmemente inscrita dentro del discurso de la élite, podrá, esperamos, hacerse visible en nuestra lectura de ella.

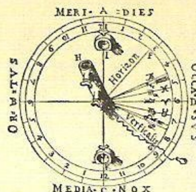
GLOSARIO

Abwab	Fuentes de rentas públicas. En la India, cualquiera de los varios tipos de tributos, multas o impuestos exigidos por un jefe nativo a los propietarios de la tierra o a cualquier sujeto.
Arkatis	Nombre dado a los reclutadores locales.
Banias	Banyan. Hindi baniyã. Mercader. Perteneciente a una casta de comerciantes y mercaderes hindúes.
Bidroha	Revuelta, insurrección, levantamiento...
Dacoit	En hindi dakait. Una de las clases criminales de la India y Birmania. Actuaban en bandas de ladrones y asesinos.
Daroga	Gobernador, superintendente, funcionario. Bajo el Imperio mongol, gobernador de una provincia o ciudad.
Deccan	Península del sur de la India.
Dewan	Empleado nativo del servicio de vigilancia en las plantaciones de Índigo.
Dharma	Costumbre social observada como deber.
Dhing	Insurgencia, insurrección, revuelta...
Fauj	Ejército rebelde formalmente constituido.
Fituri	Revuelta, insurrección, rebelión....
Gadi	Hindi gaddi. Hombre de posición elevada que ayuda a los miembros de su tribu en asuntos oficiales.
Hool	Insurrección, revuelta, levantamiento...
Kackari	Cachari. Gorro.
Kol	Miembros de Bengalá y Chota Nagpur.

Kunbi	Kurmi. Miembro de una importante casta distribuida por toda la India, excepto en el sur.
Mahajans	Prestamistas.
Naib	Administrador de las fincas de los terratenientes.
Panchayats	Consejo del pueblo. Grupo de cinco ancianos influyentes, reconocidos por toda la comunidad como un cuerpo de gobierno.
Perwannah	Orden. Orden escrita.
Prayaschitta	Expiación ritual.
Ryotwary	Sistema de recaudación de rentas y tasas de la tierra en que el Government Settlement recauda las rentas directamente de los ryots (campesinos hindúes); es decir, sistema directo de asiento entre el gobierno y los cultivadores, sin la intervención del zamindar.
Samaj	Asociación usualmente, aunque no siempre, basada el estatus social de sus miembros.
Samsarga	Impureza por asociación.
Santal	Pueblo melanohindú del este de la India (Estados de Bihãr, Bengala occidental y Orissa) perteneciente al grupo de los Mundas.
Sarkar	Gobierno, régimen.
Sarkari	Adjetivo perteneciente al sarkar.
Ulgulan	Insurgencia, revuelta, levantamiento…
Zamindar	Recaudador de rentas de los cultivadores de un distrito específico de la India, durante el período de gobierno musulmán. Bajo el gobierno británico recibió una nueva definición legal. Se convirtió en un feudatario que tenía los derechos de propiedad privada de gran cantidad de tierra. Pagaba al gobierno una renta fija sustancial que, a su vez, extraía de los impuestos coercitivos sobre los agricultores.
Zamindari	Finca del zamindar.

Índice

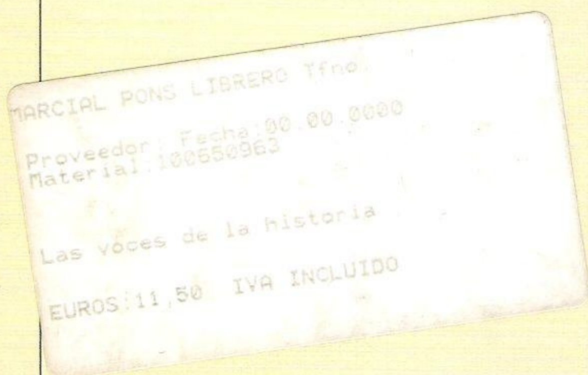
Este libro, publicada por
EDITORIAL CRÍTICA, se acabó de imprimir
en los talleres de DOMINGRAF
el 20 de marzo de 2002





Ranahit Guha, el historiador indio que puso en marcha la publicación de la serie *Subaltern studies*, con el doble propósito de renovar los planteamientos con que se escribía la historia de los pueblos colonizados, siguiendo las pautas pretendidamente universales establecidas por el academicismo europeo, y de devolver su protagonismo a los grupos sociales subalternos, se convirtió, por el primero de estos propósitos, en uno de los inspiradores de las actuales tendencias postcolonialistas, pero ha sido tal vez el segundo el que ha dado un valor más universal a sus trabajos.

En este volumen se ha reunido una muestra de lo mejor de su obra, que abarca desde los escritos en que muestra los efectos «perversos» de los planes británicos para modernizar la India (que engendraron neofeudalismo allí donde pretendían crear capitalismo), hasta sus estudios sobre la insurgencia campesina, pasando por un análisis demoledor de la lógica de la historiografía de la contrainsurgencia y por ese texto tan sugerente que es «Las voces de la histora», donde la potencia generalizadora de sus ideas alcanza la máxima expresión, en una propuesta para una renovación profunda del trabajo de los historiadores que les permita recuperar las voces silenciadas de tantos protagonistas subalternos (mujeres, campesinos, trabajadores) que son generalmente olvidados por la línea dominante del discurso historiográfico. Una propuesta que debería servirnos para elaborar una historia distinta, que no sea una mera genealogía del poder, sino que se esfuerce en hacernos escuchar polifónicamente todas las voces de la historia.





966420-3

